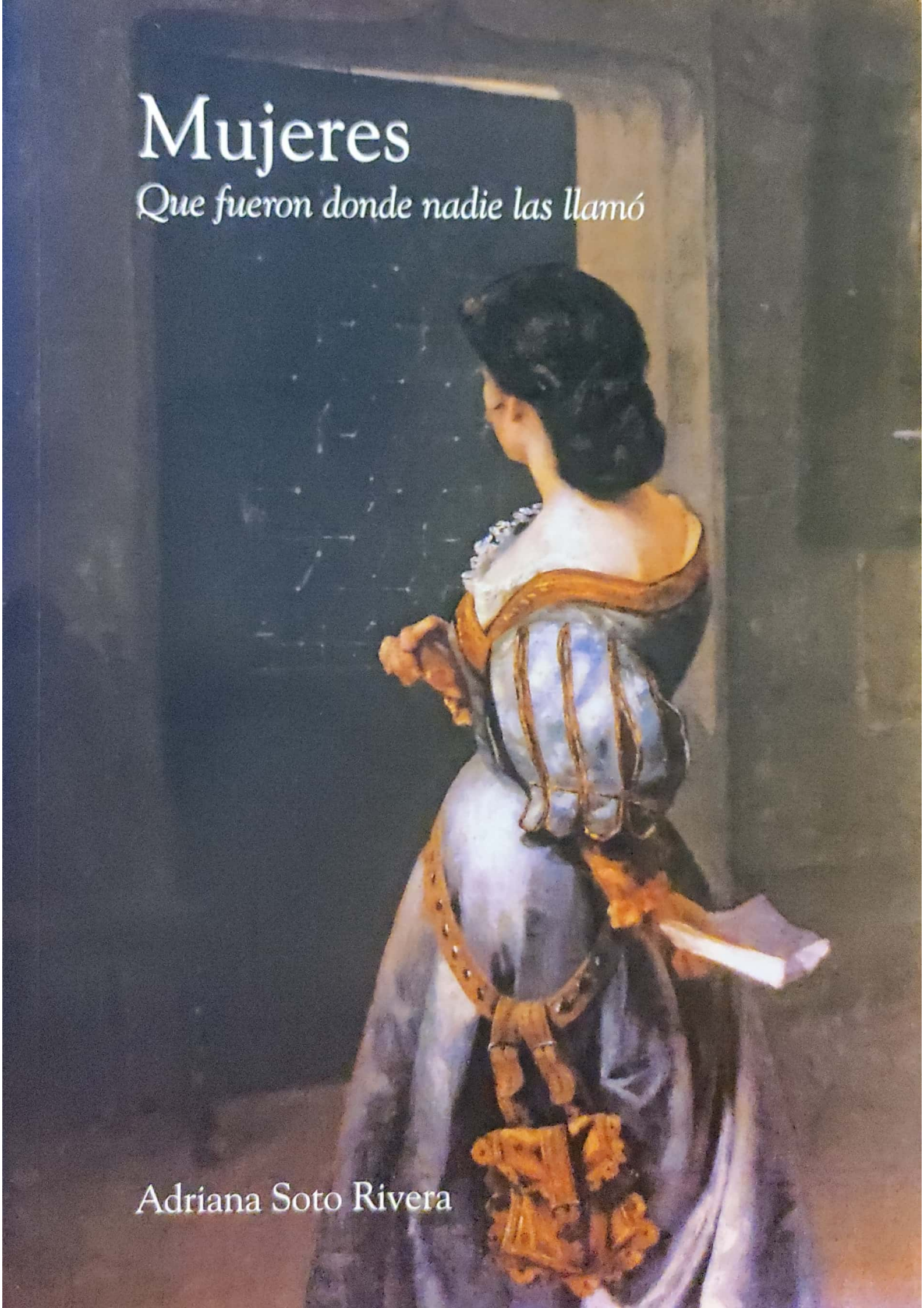

Mujeres
Que fueron donde nadie las llamó
Adriana Soto Rivera

Adriana Soto Rivera, escritora chilena comenzó su desafío literario en el taller de Ramón Díaz Eterovic y prosiguió en el taller que dictaba Guillermo Blanco, en la Escuela de Periodismo de la Universidad Diego Portales.

Están en librerías sus libros *Cuentos tardíos* (Editorial Andrés Bello 2001) y los cuatro volúmenes de su tetralogía titulada *Historias de las tierras…*: *Historias de las tierras del maíz*; *Historias de las tierras del trigo*; *Historias de las tierras del arroz* e *Historias de las tierras del chuño y el charqui, de mistelas y alfajores y de piñones y maquis* (Editorial Cuarto Propio 2010).

Los cuatro últimos libros encierran ***cuentos históricos***, basados en la historia, con el fin de acercar por este género literario breve, al lector de cualquiera edad, al conocimiento del pasado en América, Europa, Asia y Chile.

Adriana Soto ha terminado su sexta obra basada en el aporte que ha hecho la mujer chilena a su país, en el ámbito en que ella determinó o tuvo que desempeñarse, titulado: *Mujeres que fueron donde nadie las llamó*. Estos relatos están basados en la época en que ellas vivieron y en las biografías de las protagonistas.

En estos cinco últimos títulos, la autora, para concretar su propósito, ha hecho investigación en textos de historia, museos, bibliotecas, monasterios, templos, entrevistas, archivos, biografías y enciclopedias, además de sus experiencias de viaje.

El lector junto con aprender, encontrará en un buen lenguaje, amplia entretención.

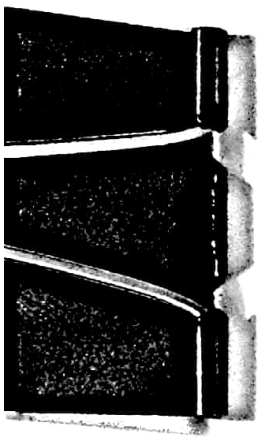
PATROCINIOS:

Fundación PRODEMU
Promoción y Desarrollo de la Mujer

Mundo Mujer
www.mundomujer.cl

Mujeres

Que fueron donde nadie las llamó



© Adriana Soto Rivera, 2014.

Inscripción Nº 241.455
ISBN Nº 978-956-353-904-2

Derechos reservados

Agosto de 2014
Primera edición

Patrocinio:
PRODEMU – MUNDO MUJER

Diseño:
M. Francisco de la Maza
versión | producciones gráficas ltda.

Ilustraciones:
Grafitos de Adriana Soto Rivera

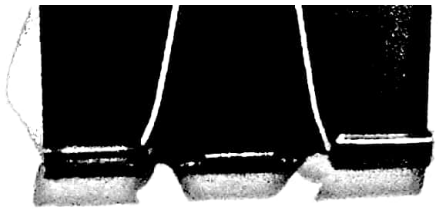
Imágen de portada:
La carta, Pedro Lira, óleo.

Impresor:
Salesianos Impresores S.A.

Mujeres

Que fueron donde nadie las llamó

Adriana Soto Rivera



A *Tita*, que me dio el ser
A *Menchito*, que me colmó de ternezas

Índice

15 Palabras preliminares

19 Madre

27 La ilustre errabunda

35 La joven santa

45 Iris, mensajera de los dioses

57 Margot, en la bóveda celeste

65 Fervor samaritano

77 Dolor, talento y cincel

85 Flor de fuego

95 Entre fusas y corcheas

107 Tadea, la ilustrada

117 Candelaria en el Pan de Azúcar

127 Medalla de oro - Medalla de plata

139 Bibliografía

Fundación
PRODEMU
Promoción y Desarrollo de la Mujer

PRODEMU
Fundación para la Promoción y Desarrollo de la Mujer

Esta obra nos ofrece una diversidad de relatos de la vida de distintas mujeres chilenas, quienes desde diferentes ámbitos, nos van develando sus historias particulares. En palabras de la autora: *...es un hecho cierto que la mujer no ha sido reconocida en su real valía y por todo eso, con respeto, he prestado la voz, la imaginación y la pluma para que sea ella misma quien cuente lo que ha vivido y lo haga, sin modestia alguna y hasta con insolencia según su carácter...*

Mediante doce cuentos, Adriana Soto Rivera nos entrega de manera entretenida, creativa y como "salida del alma" de cada una, el mundo personal de trece mujeres distintas, quienes nos cuentan sus historias, desde la intimidad de sus sueños, alegrías, logros y dolores.

Con un estilo sencillo y directo, la autora permite a cada personaje mostrarse dando a conocer cómo ha vivido (o vivió) su existencia.

Para la Fundación para la Promoción y Desarrollo de la Mujer PRODEMU, constituye una oportunidad apoyar el trabajo de Adriana, ya que releva esas historias de mujeres que se encuentran en el trasfondo de la historia oficial y que son desconocidas para muchos, pues no se enseñan en los establecimientos educacionales, pero que laboriosamente han ido dejando huellas sobre las cuales las mujeres de hoy pueden pararse, para seguir –según nos dice la propia autora–: *...brindando sus talentos hasta conseguir el lugar que realmente le corresponde en la humanidad.*

Agradecemos a Adriana Soto Rivera el hacernos parte de esta propuesta.

Pamela Farías Antognini
Directora Ejecutiva Nacional
Fundación para la Promoción y Desarrollo de la Mujer
PRODEMU

MUNDO MUJER

MUJERES que fueron donde nadie las llamó es una obra transversal al género, que en cada una de las historias, entrega una mirada diferente a partir de lo que algunas mujeres chilenas vivieron en épocas anteriores en los roles que desempeñaron y por ello es fuente de inspiración en el camino de definir un propósito individual con las decisiones que involucran las acciones a emprender.

MUNDO MUJER agradece a su autora, que a través de esta serie de relatos nos dé a conocer la vida de ellas, recopilando sus experiencias que las llevó más allá de los límites establecidos en ese entonces y que sirven de modelo para todas las mujeres, tanto para las de hoy como para las que vendrán.

La mujer en el mundo entero ha llegado a sitiales impensados y hoy, a nosotras, siendo fieles al legado que recibimos de las que fueron incomprendidas y catalogadas de transgresoras, nos ha hecho sentido tomar la responsabilidad de ser parte de un modelo basado en las características propias de nuestro género, como mujeres íntegras e integrales que aportamos al desarrollo de la sociedad.

MUNDO MUJER hace más de una década viene abriendo espacios para el encuentro entre mujeres, donde se dan las condiciones para aprender a apoyarse entre sí, compartir experiencias, facilitar el autoconocimiento y potenciar eficazmente el liderazgo de sí mismas.

Un libro como el de Adriana Soto es un valioso documento, que avala iniciativas como las que promueve nuestra empresa.

Carmen Gloria Gorigoitía
Directora Ejecutiva
MUNDO MUJER

AGRADECIMIENTOS

Mis agradecimientos:

A la institución estatal FUNDACIÓN PRODEMU, por calificar esta obra de entretenida y creativa y por avalar la motivación de la autora, aceptando ser parte de la propuesta, al otorgar su patrocinio.

A la empresa privada MUNDO MUJER que trabaja para y con la mujer y que ha considerado que este libro es un valioso documento que coincide con sus iniciativas.

A mis queridos amigos que hicieron llegar a mis manos literatura, material de consulta y datos importantes para encontrar información sobre el tema y

A todos los que hicieron posible que mi propuesta fuera una realidad.

PALABRAS PRELIMINARES

La naturaleza ha dotado a la mujer de una fuerza y resolución que van de la mano con su responsabilidad de perpetuar y preservar la especie humana, la cual, por su esencia, jamás intentará eludir.

La mujer ancestral, por la limitación corporal que impone el embarazo y luego la crianza, no podía alejarse mucho del lugar donde se había establecido para esos efectos.

Para su propia subsistencia y para alimentar a sus vástagos, además de lo que pudiera proveer el hombre, se dedicó a recolectar frutos silvestres y más tarde se ocupó del cultivo de la tierra aledaña y aprendió la alfarería y el arte del tejido, para mejorar la calidad de vida de su familia.

Cuando la prole estaba un tanto crecida, entonces ella también acompañaba al hombre en todas las jornadas así fuesen de caza o de guerra.

De este arquetipo de género ha sido heredera la mujer que ha continuado su lucha, adecuada a lo que el medio le ha ido exigiendo.

Este trabajo se basa en la intrahistoria, que muestra la vida tradicional como fondo de la historia y en ese escenario se ha querido mostrar a la mujer chilena.

Ella es continuadora de las costumbres de la mujer originaria de nuestra tierra y también de las tradiciones de la mujer española y esta, a su vez, de la mudéjar, aquella que no tenía para qué aprender a leer ni a escribir, pues no lo necesitaba para cumplir con sus deberes domésticos y menos para dar la atención reverente que debía al marido y a los hijos.

Más adelante, para la mujer chilena fue una obligación practicar la virtud religiosa, la sumisión, la urbanidad y ser poseedora de manos hacendosas y las únicas puertas que estaban abiertas para que ella pudiese salir de la casa paterna, eran las del matrimonio o las del convento.

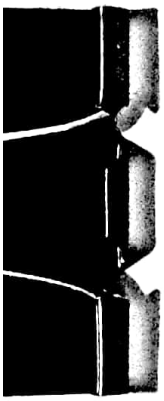
A pesar de esos atavismos ella ha sido ejemplo de tesón para ir ganando terreno en todos los ámbitos, hasta en los que se consideraron por mucho tiempo, privativos del hombre.

Ha llegado lejos en sus intentos, tanto, como para concurrir a lugares donde nadie la llamó.

Voltaire sentenció:

Para tener alguna autoridad sobre los hombres hay que distinguirse de ellos.

Si esta frase se aplica a la pareja humana no es posible compartir esa afirmación pues, afortunadamente, la naturaleza hizo distintos física y mentalmente, al hombre y a la mujer.



La costumbre impuso cánones sociales que, un gran segmento de la sociedad, aún trata de mantener. Pienso que la autoridad de uno sobre el otro puede ser indistintamente ejercida, según sus personalidades y si así lo determinan o lo aceptan y finalmente, en cualquier tipo de relación entre ellos, no importa quien mande.

Creo, como han expresado otros, que el ser humano es su pensamiento, su palabra y su acción y eso no tiene género.

Para ser basta con nacer y convertirse en persona, con derecho a ser autónoma y libre de obtener los conocimientos necesarios para su mayor evolución y así cumplir con la comunidad, donde sea y quiera que se desenvuelva.

Teniendo en cuenta lo expresado, es un hecho cierto que la mujer no ha sido reconocida en su real valía y por todo eso, con respeto, he prestado la voz, la imaginación y la pluma para que sea ella misma quien cuente lo que ha vivido, y lo haga sin modestia alguna y hasta con insolencia según su carácter y sin importar si lo hace desde el tiempo terreno o desde otro, pues, el relato permite todas esas licencias y más.

Aquí hablará la chilena sencilla, la rupturista de su tiempo, como también la insigne o aquella que se destacó contribuyendo en gran medida al desarrollo del país y la que abrió brechas haciendo más fácil el camino futuro a sus congéneres.

Para ello, procuré adentrarme en las épocas y ámbitos en que se desempeñó, como también en su mente, en sus sentimientos y sus ascendientes. Todos estos factores y circunstancias quizás expliquen su actuar de la manera en que lo ha señalado la historia.

No fue fácil encontrar información y lo que hay escrito sobre el quehacer de la mujer y su participación en el medio social, por importante que haya sido esta injerencia, en cualquier aspecto del acervo nacional, es muy escaso, escueto y de tono menor.

He querido empezar por la heroína anónima, la de la epopeya cotidiana, a la que tampoco se le han reconocido sus méritos y se cree que todo lo que hace más allá de lo que le corresponde es también su obligación. Me refiero a la misma mujer que generosamente, aún hoy, da su trabajo sacrificado y su cariño, sin esperar absolutamente nada a cambio.

Todos, en alguna etapa de la vida, hemos conocido a esa persona sencilla o hemos tenido una pariente cercana, que se prodigó al darnos muchísimas cosas buenas y que tal vez ni siquiera se nos pasó por la mente, tener un gesto de agradecimiento oportuno por lo que recibimos de ella.

Para presentar a las demás no he seguido orden alguno. Están como las fui encontrando o fueron saliendo a mi encuentro, al hurgar en el acontecer de los tiempos.

Todas tienen en común la fuerza y decisión de lograr aquello en que se empecinaron, a pesar de los obstáculos que les pusiera: el padre, el hermano, el marido o la sociedad entera.

Mi propósito es que por las páginas siguientes ellas se conozcan mejor, salgan del olvido inmerecido y que sus esfuerzos y sus logros sirvan de ejemplo a las nuevas generaciones.

Confío en que la mujer seguirá brindando sus talentos hasta conseguir ocupar el lugar que realmente le corresponde en la humanidad.

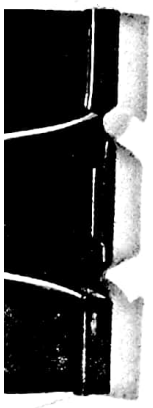
Vayan estos relatos basados en la historia y también en la experiencia de lo vivido, como un homenaje a la mujer chilena, tanto a la sencilla, como a la destacada, a la valiente, la porfiada, la rebelde, la emancipada, la luchadora y a la que aún permanece subordinada.

Nuestro suelo, situado en los confines del planeta, ha estado protegido como también aislado naturalmente por el bastión cordillerano, por el mar

flanqueante, el desierto nortino y por el extremo polo sur. Sin embargo esta lejanía no ha sido obstáculo para que Chile, como lo demuestra su trayectoria, haya sido capaz de ser reconocido por el mundo, como un país pujante, calificativo obtenido sin duda, también con el concurso de la fuerza femenina, que ha hecho patria desde siempre, en cualquier actividad y desde el peldaño social en que ella estuviese.

No se puede ignorar que se vive otra época, en que todo va cambiando vertiginosamente y que ella tiene nuevos desafíos y responsabilidades que enfrentar, pero nada, ni nadie, podrá hacer que pierda su esencia.

Adriana Soto Rivera



Viví para dar y para darme

Madre

La mujer es un continente misterioso

Julián Marías, filósofo español

Muchos dijeron de mí, que era de carácter complejo, que ni mis padres pudieron hacer que cambiara de opinión, cuando afirmaba que algo era justo.

Sí, reconozco que así fui.

Y puedo agregar que cuando amaba, amaba. No era persona de términos medios en la expresión de mis afectos.

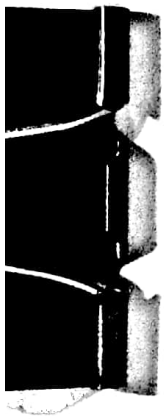
La más pequeña de mis sobrinas, me describía como la tía de piernas gordas y manos tibias, grandes y cariñosas, porque la acariciaba y le permitía que hiciera muchas cosas que nadie le habría tolerado. Confieso que la quise más que a nadie en mi vida.

No pudo ser de otra forma pues, cuando llegué a vivir a la casa de mi hermano más querido, esa niña pasó a ser la hija que nunca la vida quiso darme.

Para nosotros la mujer de mi hermano, fue una persona que había llegado a nuestra familia como la que lo había enamorado demasiado temprano, sin permitirle que disfrutara libremente su juventud y que ella era la responsable de que él tomara las obligaciones del matrimonio en cuanto se recibió de ingeniero.

Ese prejuicio negativo cambió a poco andar cuando vimos a mi hermano tan feliz, tanto, que ella jamás entró a su casa por sus propios pies, sino en brazos de su marido. Mayor razón tuvimos al conocerla realmente, aquel primer invierno cuando bajó a la ciudad desde Sewell, donde habían instalado su hogar, pues allí fue contratado mi hermano, en su primer trabajo.

Mi cuñada vino a nuestra casa en Rancagua, luciendo su señorío y brindando su cariño para nuestros padres y para mí. El propósito era compartir los dos últimos meses de su dulce espera hasta recibir a su primera hija. La llegada de esa criatura, nos cambió la vida llenándola de felicidad, pues hacía mucho que no nacía una nena en nuestra casa, la que siempre estaba llena de nietos, primos, tíos y amigos de visita, circunstancia que no dejaba tiempo nada más, que para hacer lo necesario para brindarles la mejor atención, de la que nadie más que yo, se hacía cargo.



Mi padre era constructor y tenía muchos trabajos, de manera que para guardar los materiales había arrendado la propiedad que colindaba con la nuestra por la parte trasera.

Para mayor cercanía se había abierto una puerta que comunicaba ambos sitios, convirtiendo el nuevo patio en nuestro mejor lugar de juegos, cuando éramos niños.

Como el terreno tenía algún desnivel, los chicos se metían dentro de los tubos de cemento y nosotros con un pequeño impulso lo hacíamos rodar por la pendiente.

Otras veces esos mismos tubos servían de rodaje a una bandeja metálica tan amplia que cabíamos todas las niñas y luego por nuestro propio peso íbamos raudas hacia abajo y a medio camino se desequilibraban las "ruedas" y dábamos con nuestra humanidad en el suelo sin ninguna protección. También apoyábamos en el muro un palo grueso y por él se deslizaban dentro de un cajón los más osados y muy pronto este improvisado vehículo se salía del soporte y volaba dejando de cabeza al valiente en la tierra.

Estas entretenciones terminaban con las consecuencias de esperar y teníamos que volver a casa la mayoría de nosotros contusos, sucios y con las piernas rasmilladas llenas de tierra y piedrecillas.

El gestor, director y protagonista de estos juegos y de muchos más era mi hermano preferido y yo solícita, lo secundaba en lo que me pidiera, sin objeción ninguna.

Como no podemos detener el tiempo y la niñez cumple su ciclo, hay que seguir caminando donde se nos lleve querámoslo o no.

Mi destino no fue otro, porque nadie vino por mí y no quise salir de casa como lo hicieron mis hermanos, hombres y mujeres fueron uno a uno, dejando el hogar para hacer su propias vidas.

Fui la que quedó al lado de nuestros padres y tuve que vivir la experiencia de asistirlos, hasta que ya ancianos con muchos sufrimientos y muy cerca uno del otro, abandonaron este mundo.

Me habría quedado completamente sola, si mi hermano preferido no me hubiese invitado a vivir con su familia, que ya contaba con dos hijas. Sentí la misma conexión que mantuvimos cuando pequeños y no pude negarme a su propuesta. Fui muy bien acogida por el cariño de todos, en especial el que me brindó mi cuñada y también la menor de sus niñas. De ella, la pequeña, nació pedirle a su madre que la dejara compartir habitación conmigo.

Cuando mi cuñada enfermó, como el clima era mejor para ella, nos fuimos con la chiquita que aún no asistía al colegio, a vivir gran parte del año a la casa de la playa. Esa convivencia estrecha hizo que fuésemos más unidas que antes.

Por varios años me ocupé del cuidado de la enferma, hasta el día en que la vestí como princesa para que emprendiera el último de los viajes. El sin retorno como le llamaba ella.

La pequeña decía, ya más grande, que guardaba un borroso recuerdo de esa desafortunada situación. Había olvidado que esa tarde lejana, recostada a su lado, remecía a su madre intentando despertarla. En su memoria contaba, que solamente quedaron luces, muchas luces, flores, muchas flores. Abrazos, besos y frases inconexas de personas desconocidas que en voz baja decían: "... que pena...tan joven...que lástima dejar a sus niñas aún chicas...".

Desde entonces mi vida se abocó a darles a esas niñas queridas, toda mi preocupación y un amor redoblado: el mío que era grande y el que les dejó su madre conmigo.

En esos tiempos, aún joven, tuve más de algún pretendiente, pero me alejé de los que querían casarse conmigo pensando en qué podría ser de mis sobrinas, si yo no estaba a su cuidado.

A la más pequeña por cariño siempre la nombré como *mi Perlita, mi Monina* y cuando cambió sus dientes, le llamé *mi Dientuda* y cuando pegó un

gran estirón y se me hacía interminable el tejido de las mangas de su chomba, le decía *mi flaca piernas largas y brazos de chicote*. A ella era a la que despertaba todas las mañanas con besos y con naranjas partidas.

Nunca le hablé fuerte, solo una vez le castigué. Lloró tendida en su cama por mucho rato. Esa *tragedia* ocurrió, cuando ella había comprado tantas golosinas con el dinero que había dejado su padre para el gasto diario, que pudo compartirlos con todos sus amigos del barrio. Aún tenía llenos de caramelos los bolsillos de su delantal cuando le pregunté si sabía dónde el papá había dejado el billete de todos los días, pues no estaba como de costumbre, bajo el pedestal del caballito de bronce.

–Sí, tía– me dijo, con toda inocencia. La reprimenda y el suave palmazo que le di como castigo, creo que fue más doloroso para mí, que para ella.

Cuando mi sobrina mayor se había casado y mi *Monina* ya era adolescente y yo contaba con algunos años más, que no facilitaban la tolerancia, tuve que tomar una decisión dolorosa y debimos separarnos, pues su padre se había vuelto a casar y allí no podía haber dos dueñas de casa.

En toda la familia sonó la campana de alerta y mi hermano fue criticado por no ser capaz de revertir mi determinación.

Y se siguió cumpliendo lo que parecía ser mi sino.

Entonces encontré las puertas abiertas de la casa de mi sobrina, la hija del mayor de mis hermanos. Ella tenía unos pocos años menos que yo y nos habíamos avenido siempre muy bien. Por ello nuestra amistad se incrementó al calor de la estufa, con los recuerdos de juventud y el mover de palillos consumiendo madejas de lana. Todas las tardes como verdaderas arañas, las dedicábamos a esa labor para incrementar ingresos.

Ella tenía el mejor humor que yo conociera, por eso si un pariente quería divertirse con anécdotas, chascarros familiares, chistes y recibir una taza de té con queques y nuestra simpatía, nos visitaba.

¿Por qué cuando el día a día y la compañía parecen estar especialmente gratos en la vida, se produce algo que lo quiebra?

Se dice que a todos nos dan lo que merecemos, nos parezca bueno o malo y también las fortalezas que necesitemos, así es que pude echar mano de toda mi fuerza y sabiduría para asumir lo que se me venía encima. Nuevamente cuidé por largo tiempo a esta sobrina.

Llegó un momento en que ella no podía moverse y había que levantarse varias veces en la noche a dar vuelta su cuerpo en la cama, para cuidar que su piel no se deteriorara y hacer también durante el día, todo lo que se requería

en su cuidado, pues no había dinero suficiente para pagar los servicios de una enfermera.

Su marido la había dejado por otra mujer y ella decía que él *había ahuecado el ala abandonando el nido por no haber polluelos*, tratando de restarle dramatismo a esa infidelidad imperdonable.

Ella sin perder nunca su sentido del humor, se fue consumiendo lentamente, como una vela y un mal día simplemente, se apagó.

Entonces mi estrella me llevó a casa de mi hermana menor ya por muchos años viuda, que vivía con una de sus hijas.

No parece cierto lo que digo, pero al poco tiempo ella también enfermó y como las actividades de su hija, la mantenían la mayor parte del día fuera del hogar, mi misión no fue otra que darle a mi hermana compañía, cariño y cuidado, que ella agradecía solamente con la mirada de sus ojos aún risueños. Ahí estuve a su lado, también hasta su fin.

El tiempo ya se hacía largo para mí, el cansancio de la vida me fue inclinando y sin que se escuchara ni una sola queja de mi parte, mantuve mi entereza y el buen ánimo mientras me lo permitieron mis fuerzas.

Confieso que fui algo soberbia pues nunca pedí nada y recibí, en muy pocas ocasiones, sin esperarlo y sin entusiasmo mayor, aquello escaso que algunos quisieron darme.

Como fui de carácter fuerte y con energía para resolver lo mío y también lo de los demás, me consideraban como si fuese la diosa Vesta, que como ella, yo tampoco necesitaba nada.

Con sinceridad me puedo comparar con Vesta, la diosa de los etruscos, porque ella es el fuego del núcleo, centrada feliz amando, no está en el poder y honra la castidad, la paz y la serenidad, porque esos atributos me identifican con ella. Así creo que he sido yo y lo afirmo sin modestia.

La pequeña *Monina*, a la que más quise de todos mis numerosos sobrinos, se había casado y cuando ya pensábamos que no podía tener hijos, me sorprendió con la noticia que estaba embarazada y me dio un "nieto". Como fue un niño tan esperado, di gracias al Creador por alcanzar a tenerlo en mi regazo, quererle y poder acariciarle igual como lo hice con su madre y además tener aún fuerzas y entusiasmo para tejerle su ajuar y muchas otras prendas donde puse la habilidad ya conocida.

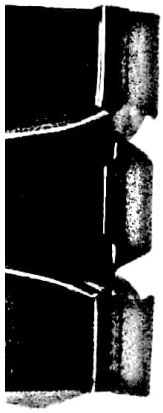
Mi querida *Monina*, la tarde que vino a visitarme, se alarmó al ver que en muy poco tiempo me había deteriorado tanto físicamente y quiso convencerme de que le permitiera llevarme a algún lugar asistencial, para que me aliviaran,

pero como yo sabía cual era el mal que me aquejaba, me opuse a ello, porque siempre dije que jamás me internaran en un hospital donde prolongaran artificialmente mi agonía.

Le agradecí su buena intención y le dije que ya estaba en las manos de Dios y había que dejar que actuaran las leyes de la naturaleza.

Ante mi obstinación me dijo, a modo de reconvención: –Siempre fuiste estoica, viviste para ayudar y para aliviar el sufrimiento de los demás y ahora que lo necesitas no permites que te mitigue el tuyo–. En su mirada vi la pena que le causó mi delgadez. –Perdona que esté tan flaca, no ha sido descuido, es que no retengo las comidas– le dije, y por largo rato, ambas, guardamos silencio con sus manos unidas a las mías.

Luego hicimos recuerdos de tantos bellos momentos que pasamos juntas, como aquellas reuniones familiares cuando con su padre y su guitarra, cantábamos canciones antiguas del repertorio español, como esa copla que tengo algo olvidada, pero que en alguno de sus versos decía:



Yo vendo castañas asadas para aquel que las quiera comer...
¡Calientitas que se acaban...!
¡Calientitas que se van...!
.....
¡Soy la reina que vende castañas...!

Ella recordó cuando en invierno le leía cuentos en la galería, junto al brasero de bronce de borde repujado, mientras ella calentaba pedacitos de queso ensartados en un palito, o cuando al regreso del colegio en días de lluvia, la esperaba con ulpo en leche y sopaipillas calientes.

También recordó, que siendo ella muy pequeña, le enseñé a hacer vestidos para las muñecas en la máquina de coser. Así pasábamos algunas tardes en que la sentaba en mi regazo mientras ella trataba de mantener en forma derecha los pedazos de trapo bajo la aguja y yo con entusiasmo daba impulso con mis pies al pedal para que avanzara la costura uniendo las telas para transformarlas en esas pequeñas prendas.

Mientras evocábamos aquellos momentos, nos dejábamos engañar. Yo haciendo esfuerzos para no demostrar mi sufrimiento y ella tratando de disimular que no se daba cuenta de ello, pero con la expresión de sus ojos trasmitiendo la impotencia que sentía de no poder aliviarme.

Como siempre, seguí tratando de no incomodarla, ni preocuparla y de evitar cualquier cosa que le pudiera provocar desdicha.

–Estaré mucho mejor cuando vengas mañana– le dije, a modo de despedida, aunque ella no me había prometido nueva visita.

Percibí todo su cariño en el beso más dulce que jamás recibí de nadie en mi vida.

Al siguiente amanecer, le avisaron que yo había muerto en la paz que me merecía.

Estuvimos a solas en la capilla ardiente, yo en mi caja mortuoria y ella a mi lado haciendo oración por mi alma. Antes de nada había querido verme y aunque intentó varias veces abrir la tapa de la urna, hice acopio de la fuerza mental que aún podía usar en esta tierra e impedí que lo lograra.

Le pareció extraño que se hubiese sellado tan pronto esta mirilla igual a la que llevan todas las urnas, las que permiten a los deudos ver el rostro del difunto a través de un vidrio y poder darle el último adiós.

Mi espíritu sintió el vacío de los que saben que nunca más volverán a tocar, recibir ni darle nada a esa persona querida.

Nadie más vino esa mañana, solo al mediodía llegó su marido a buscarla y ambos intentaron abrir la tapa de la urna. También impedí que lo hicieran. Por la tarde, cuando regresó al velatorio, el resto de la familia estaba reunida y la ventanita del féretro se encontraba abierta.

La fuerza del amor la hizo comprender mi mensaje y respetó mi voluntad de no querer que me viera muerta.

Supe que ella se fue pensando que yo soy un espíritu selecto, de aquellos que no pasan a menudo por seres que alguna vez pueblan esta tierra. Eso, de ser un espíritu selecto, quizás si en la eternidad nos será dado saberlo.

Lo que aprendí ahora, es que el amor cuando es profundo, tiene alas para ir más allá de los límites que nos pone la vida concreta por eso no me sorprendió cuando, pasados algunos días vino sin compañía a mi tumba y la llenó de *clavelinas*, mi florcita preferida, aquella que yo plantaba en el jardín de su casa. Después de rezar largo rato en silencio, con sentido de culpa en su alma, dijo en voz alta:

–Me he quedado con el sentimiento de que nunca fui capaz de expresarte todo el inmenso cariño que te tuve. Volveré aquí siempre, mientras viva, para que nunca me olvides–.

Fui una joven de grandes ojos verdes

La ilustre errabunda

Lucila de María del Perpetuo Socorro

Cuando yo estoy cantando
En la tierra se acaba el mal...

Dos primeros versos de "Suavidades". Gabriela Mistral

–¡Bienvenida Lucila!, ven conmigo, te mostraré la senda y mientras caminamos, cuéntame tu vida–.

–Contigo no me puedo negar. ¿De verdad quieres que te cuente algo de mi vida?–.

–Sí, espero escucharte–.

–Bueno, lo primero que recuerdo de pequeña, es un llamado: ¡Lucíila...

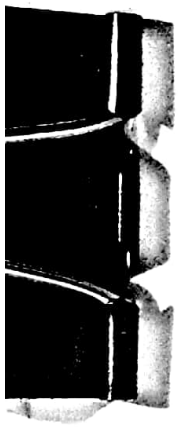
Lucíila! Era el eco de la voz de mi madre que recorría los cerros buscándome. Y yo, pequeña entre ellos por el valle fui creciendo con esos mis ojos atrapados en las formas, en los colores, en árboles, flores, piedras, montes, horizontes y cielos de esa tierra que fue la mía.

Había escuchado que mis piernas largas, daban muestra de que sería una mujer grande.

Mucho crecí desde que me bañaba en el estanque rodeado de rosas en el jardín que hiciera Jerónimo Godoy. Él dejaba que el agua me refrescara mientras me cantaba. Lo hizo como un ritual durante los veranos, hasta cuando apenas tenía cumplidos los tres años de vida.

Desde entonces aprendí a vivir en austeridad. Nunca volví a escuchar el nombre de Jerónimo en casa de tía Emelina Molina, la profesora, que nos acogió en su hogar, después que nos abandonara aquel hombre que además de maestro rural era buen latinista, hablaba francés, mejor dibujante y muy apasionado de la música folklórica.

Esas cualidades suyas, a tan corta edad no podía recordarlas y vine a saber de ellas cuando obtuve respuestas a mis indagaciones de adolescente.



En esos tiempos de niñez las mañanas eran para vagar por el entorno y las tardes, el momento de escuchar las leyendas que contaban los arrieros cuyanos. Ellos eran los únicos que transitaban por las huellas andinas y recorrían los caminos pedregosos encontrando albergue y descanso en nuestros pueblos escondidos en la serranía.

En otras ocasiones con mi madre, después de los deberes, buscábamos el espacio para compartir risas y juegos y todas las noches sin faltar una, rezábamos juntas invocando al Ángel Guardián hasta que nos invadía el sueño:

> *Ángel de mi Guarda, dulce compañía, no me desampares de noche ni de día...*

También quedaron presentes los recuerdos y los aromas de los atardeceres en el Valle de Elqui en que se hacían las "pelas de duraznos" con cuchillos filosos, mientras se contaban cuentos y leyendas. Otras veces había recitaciones de romances y cantos con guitarra o se participaba en la factura de figuras de pastas de azúcar y de frutas doradas por ese sol de Vicuña.

La libertad tan amada se acabó y llegó el tiempo de los estudios y como el progreso en conocimientos no los lograba, por insinuación de la profesora, muy a pesar mío, pronto debí dejar la escuela.

Nunca fui alguien que aceptara las derrotas pues tenía la fuerza que me

diera mi madre, mi tierra poderosa de montaña, la que hollaron mis pies muchas veces descalzos y ese cielo límpido, atiborrado de estrellas que brillaban como verdaderos diamantes, por las noches despejadas. Todo eso me hacía meditar e incrementaba el fuego primordial de mi alma.

Seguí estudiando en forma independiente. De regreso a casa al final del día y cuando tenía los ojos enrojecidos de haber leído cuanto podía, mi madre preguntaba: ¿Lucila, estudiaste tus lecciones de hoy? Y yo respondía: –Sí madre, lo hice y si usted no está muy cansada, le pediría que me interrogara–.

Con la tenacidad que jamás me abandonara así me preparé para convertirme en maestra, teniendo la convicción de que lo lograría, después de leer hasta el último volumen de la biblioteca de don Bernardo Ossandón, nuestro vecino.

Una tarde pude decir que habían aceptado los trabajos que mandé al diario *La Voz* de Elqui y al diario *El Coquimbo* de La Serena. Mucho más tarde aparecerían en otros diarios y periódicos, no solamente de Chile, sino también en diarios y revistas del extranjero, mis artículos periodísticos conocidos como "Recados".

Otro día, como siempre compartimos alegrías y penas, sorprendí a mi madre con algo que ni ella ni yo, esperábamos que ocurriera nunca, cuando le dije que había sido aceptada en la Escuela Normal de La Serena.

Este contento no duraría mucho tiempo porque las publicaciones que hacía en los diarios no fueron del agrado de las autoridades de la Escuela Normal y nuevamente vi frustradas las pretensiones de obtener un título para poder ejercer la docencia, sin reparos de nadie.

Entonces oré con fervor escribiendo:

Hazme fuerte aún en mi desvalimiento de mujer y de mujer pobre.

De cada mala experiencia tomé fuerza. Nadie me vencería, ni acallaría mi voz libertaria porque:

El habla es la segunda posesión nuestra, después del alma.

Y seguí usando mi pluma por siempre como pacifista que fui, para expresar pensamientos y anhelos de justicia y hacer viva en los escritos la exaltación del valor del campesino y de la raza amerindia de nuestro continente.

Me considero india cristiana, quizás por ser nieta de una abuela piadosa que vestía santos para las iglesias de La Serena y además por ser oriunda de un paisaje lleno de suavidad, tanto como de asperezas, que tiene a la cordillera

como baluarte y su suelo poblado por gente laboriosa hecha de arcilla y aire puro que vive entre pircas arcaicas.

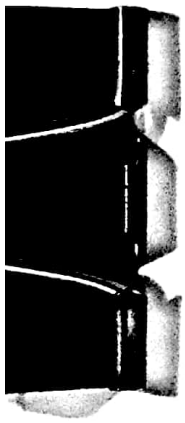
Dejé las tierras nortinas y también la enseñanza en las escuelitas rurales y siendo pertinaz como nadie, logré ingresar a la Esuela Normal N° 1 de Santiago, sin conseguir los resultados que buscaba. Pese a eso nunca llegué a pensar que estaba perseguida por algún "mal genio" que hacía sombra a los sueños y empecía cada nuevo comienzo.

Continué escribiendo sobre mis rodillas como acostumbraba, haciendo saber que era chilena, por la sobriedad y la rudeza con que relataba a través del sentimiento amor-dolor que traspasó la vida y se instaló en la obra.

Sabrás tú que:

En un valle de leche y mieles se nacía
Y su montaña me miraba y una madre me sonreía

Ese día primaveral, con serenidad contemplé lo que sostenía entre mis manos: una flor natural, una medalla de oro y una corona de laureles que me fueron entregadas como testimonio de haber ganado el primer premio en los Juegos Florales de Santiago por los "Sonetos de la muerte".



Cómo hubiese querido que el gran dolor de la partida de mi madre, no fuera el que inspiró el verso para que esas prendas llegasen a mis manos.

Ese fue el inicio de muchos premios que recibiría a lo largo de mi vida.

Cuando la Universidad de Chile, sin haber pasado por sus aulas, me otorgó el título de pedagoga, en reconocimiento solamente de mi experiencia docente, la maledicencia de algunos hirió mis oídos.

Una vez más caminé sobrepasando el infortunio, para demostrar que sería fiel servidora de la enseñanza a lo largo del país, que me haría conocida en el extranjero y que además me reconocerían sin inconveniente alguno, como figura intelectual de América.

Supe que la soledad y la nostalgia del terruño no me impedirían aceptar la invitación del ministro de Educación de México y fui a colaborar en la reforma educacional en la enseñanza primaria de ese gran país del otro hemisferio.

Desde ahí ya no pude detener el peregrinar y seguí construyendo, tal vez sin pretenderlo, la importante obra que dejé como legado literario.

El Gobierno de Chile me nombró, y por primera vez a una mujer, en cargos consulares en países de Europa y América. De ese modo llegué a Brasil y en Petrópolis, tuve la experiencia de perder trágicamente, por voluntad de

él mismo, a Juan Miguel, a quien llamaba cariñosamente Yin Yin, al único que amé como el hijo que se me dio.

Como había pasado por circunstancias similares a esta y había aprendido a tolerar el dolor de las pérdidas, solo el ejemplo de mi madre ayudaría a mitigar en parte la tristeza y la lira acentuaría el sentimiento dolor-amor cobijado en esa Lucila estoica que para los demás ya era llamada *Gabriela.*

Para acallar la angustia, que había dejado huella en la expresión de mi rostro, seguí cantando y arrullando en el recuerdo de Yin Yin a los niños de mi pueblo y en ellos a todos los del mundo, con el amor maternal que me invadía y con *voz de rezadura* que fue la forma de expresarlo, en las canciones de cuna, en las rondas y en los encuentros de las escuelas.

Como recuerdo de mis orígenes volqué en prosa o en rima todo mi lirismo al exaltar la realidad de los paisajes. La belleza de la flor de fuego de la Araucanía: el *copiú* rojo. La grandeza de la *madre yaciente* o *espinazo lítico de América*, nombres que le di a la Cordillera de Los Andes. Al destacar la claridad de los cielos estrellados del norte de Chile o intentar traducir en poema la riqueza viva de los pueblos americanos legendarios, mágicos y de inquietudes cosmogónicas ancestrales; y describir la desolación de la *finis terrae* del continente americano, que bien conocí.

El escritor Hjalmar Gullberg, Secretario de la Academia Sueca tradujo mi obra al idioma sueco y la escritora ecuatoriana Adelaida Velasco me postuló al certamen para alcanzar la obtención del Premio Nobel de Literatura, importantísimo galardón del que fui ganadora.

Confieso que no me importó que en Chile hubiera detractores a este reconocimiento que, por cierto, no consiguieron disminuir ni opacar ese éxito. Ahora recojo en la memoria esta frase o verso que alguna vez escribí entre tantos, que pareciera venir al caso:

...el cielo también se refleja en el charco...

Todos pudieron ver como avancé por el centro del salón donde se celebraba la solemne premiación. En forma serena sin demostrar la emoción que me invadía, con la sobriedad y pulcritud que me caracterizaron siempre, llevé un vestido largo de color negro en el que lucí, como único adorno, una joya prendida en mi pecho. Llegada al estrado recibí de manos del Rey Gustavo V de Suecia el Diploma de la Academia Sueca, que acredita que yo fui la merecedora del Premio Nobel de Literatura de ese año.

A los postres del banquete que se sirvió en honor de nosotros los laureados,

el Rey, la Academia, las autoridades y los invitados, escucharon el discurso de expresión de gracias, de esta primera latinoamericana premiada. Algunas de las cosas que expresé:

> *Hoy Suecia se vuelve hacia la lejana América ibera,*
> *para honrarla en uno de los muchos trabajadores de la cultura...*

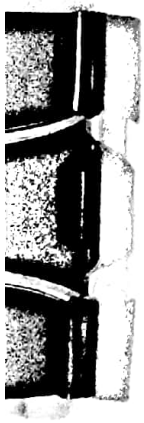
Y más adelante agregué:

> *Hija de la democracia chilena me conmueve tener delante de mí a uno de los representantes de la tradición democrática de Suecia.*

Volví de ese país nórdico portando el Diploma de pergamino con ilustraciones coloridas que representan mi temática: niños, madres, trabajadores campesinos e indígenas, insertos en la naturaleza nativa de los pueblos americanos y que en parte de su escrito se puede leer:

> *A Gabriela Mistral por su poesía lírica, inspirada por poderosas emociones y que ha hecho de su nombre un símbolo de las aspiraciones idealistas de todo el mundo latinoamericano.*

Firmado: Sigfrid Schwartz y Ander Osterling.



Además llevé conmigo un estuche de terciopelo que encierra la medalla de oro que en su anverso tiene acuñada la esfinge de Alfredo Nobel y en el reverso muestra en el centro a dos griegos: una mujer que está de pie pulsando una lira y un hombre que está sentado dispuesto a escribir y que por cierto, representan las artes de la música y de la literatura. Y al borde de la circunferencia está grabada una frase en latín del señor Nobel, que reza en español:

> *Los inventos hacen bien a la vida ordenados por las artes.*

Algunos años más tarde fui invitada a mi patria a recibir el Premio Nacional de Literatura que me había sido otorgado y a ser parte del homenaje oficial que me tributó el Gobierno de Chile.

En Italia, en Santa Margarita, mi estilo personal y mi compromiso de fe me hicieron ingresar a la Orden Tercera de San Francisco, con la que me identifiqué siempre y a la que jamás renuncié.

A esas alturas de mi vida decidí radicarme en Estados Unidos de Norte América en la ciudad de Nueva York. Allí viví esos últimos años, con un buen pasar en compañía de Doris, mi amiga y secretaria personal, sin que me

abandonara jamás ella, el buen humor que los cercanos conocieron y que me hacía reír a carcajadas, ni menos dejaron de estar conmigo las musas, para continuar con mi creatividad. Entonces sentí que cobró real valor lo que alguna vez escribí:

... el amor sin palabras nudo es, y ahoga

En mi casa de Long Island soporté una vez más el dolor pero ahora en mi cuerpo enfermo y supe que ese mal me llevaría a la muerte. Y fue en Nueva York, cerca del alba, pasados algunos días de las fiestas navideñas, cuando dejé el mundo pronunciando como última palabra el vocablo *Triunfo*. Lo dije porque deseaba que algún día existiera verdadera justicia y que disminuyera el amor al dinero y el ansia de poder entre los hombres. También lo dije por ese triunfo que finalmente obtuve, cuando los entendidos creyeron en los talentos literarios de mi trabajo.

En mi disposición testamentaria doné todos los derechos de mis obras publicadas en América del Sur a los niños de Monte Grande y establecí el deseo de yacer para siempre en el suelo patrio. Agradezco que esa voluntad haya sido cumplida.

La Orden de la Provincia Franciscana de Chile es custodia del Premio Nobel que exhibe en su Museo de Santiago.

Chile recibió mis restos con honores. Así fue como el féretro fue llevado en un carro del Ejército hasta la Plaza Ercilla, y frente al monumento a don Alonso de Ercilla y Zúñiga, el español que le cantó al indio araucano, al mapuche, que significa en mapudungún: gente de la tierra, allí, en ese espacio de honor y reconocimiento al poeta, se celebró la ceremonia de las honras fúnebres. Luego, una nave de la Fuerza Aérea de Chile, trasladó la urna a la ciudad de La Serena donde se homenajeó la memoria de la poeta por las autoridades, los escolares y rindió los honores de ordenanza el Regimiento.

Desde allí seguí viaje en un carro-bomba hasta la Plaza de Vicuña sombreada por añosos pimientos que ya me conocieran desde mi llegada al mundo y cuando el cura de almas me bautizara en la iglesia parroquial de enfrente, dejándome comprometida con la Religión Católica, Apostólica y Romana para siempre.

Finalizó el peregrinar en el Valle de Elqui en el mausoleo que levantara la Sociedad de Escritores de Chile, ese que está enclavado en la colina en Monte Grande donde, para la ocasión, estuvo flanqueado por una guardia de soldados.

En él fue depositado el cajón mortuorio cubierto por la bandera nacional y sobre ella, la capucha del hábito franciscano y dentro yazgo envuelta en la vestimenta monacal, yo la menos meritoria Hermana de la Orden Tercera de San Francisco.

Lo que más aprecié de todas esas manifestaciones fue que los niños de Monte Grande cubrieran la tumba de flores silvestres, cogidas del valle por ellos mismos y también con *Copiús* o copihues como se les llama, traídos desde la Araucanía.

En la ciudad de Vicuña fue instalada la imponente escultura de mi cabeza hecha en forma magnífica por la amiga y escultora chilena Laura Rodig, en la que dejó inmortalizado, lo que más me identificó siempre y que nunca pude cambiar: el gesto cansado de mi rostro.

En su pedestal está grabado:

Lo que el alma hace por su cuerpo, es lo que el artista hace por su pueblo.

¡Antes que me olvide! Te debo una explicación del porqué elegí el seudónimo Mistral como poeta. Simplemente, porque es el nombre del viento del Mediterráneo que al igual que yo lo hice, él también lo ha hecho, lo hace y seguirá esparciendo de sí, lo bueno. Y lo escogí además, por ser el nombre de la celda madre de las abejas maestras que, así como yo quise nutrir el espíritu del prójimo, con la docencia y la pluma, estas laboriosas incansables han alimentado a sus pares y también al hombre, desde siempre, con su miel.

¿Saliste de la curiosidad, Ángel Guardián? No te conté todo, solamente los episodios más importantes de lo que viví.

–Todo lo que me contaste de tu vida y lo demás que has omitido lo sé desde siempre, no olvides que fui testigo de tu existencia porque recorrí contigo tu camino en la Tierra. Nunca te abandoné Lucila Godoy Alcayaga, aunque muchas veces, por no escucharme, pensaste que lo hacía. Alguna vez oí que le dijiste a una amiga, que estabas segura que antes de morir, verías mi rostro. Eso no fue posible porque no está considerado en nuestros códigos. Pero como quise cumplir tu deseo, solicité poder hacerlo y fui autorizado para darte la bienvenida, coger tu mano y traerte a la Eternidad, donde has quedado inscrita como Gabriela Mistral.

Antes de entrar al Carmelo

La joven santa

Santa Teresa de Los Andes

Juana Enriqueta Josefina de los Sagrados Corazones Fernández Solar

Nadie la conoce, nadie; pero los siglos dirán

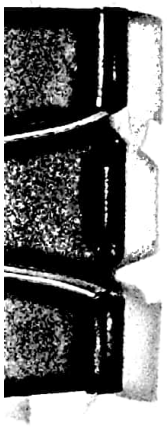
Miguel Fernández Solar, poeta

Soñé que alguien me había cortado la lengua y horrorizada la veía ahí, entera sobre la mesa en uno de los muchos platos de fina loza inglesa, la herencia más antigua y preciada de la familia.

Eso tan terrible no podía contárselo a nadie. A mi hermano Miguel, a quien tanto quiero, no, pues vive burlándose de mi mal genio y me diría: –castigo divino por ser alegadora–. A Rebeca mi hermanita menor, tampoco, porque con ella comparto mi dormitorio y cada vez que siente miedos nocturnos sin preguntarme se pasa a mi cama a dormir conmigo. Le pedí al Niño Jesús, ese que está representado con tres rayos en su cabeza, que significan las potencias de: memoria, entendimiento y voluntad, que me diera tranquilidad y como por obra de milagro, de inmediato me sentí aliviada, y me dije: –¡Gracias a Dios que fue solo un sueño!–.

Antes de abandonar la cama le prometí a mi amado Jesús, que siempre me escuchaba, rezar el rosario con Miguel todos los días, para rogar que él fuese mejor y no estuviese siempre en trasnochadas bohemias y en la luna con sus poemas, en vez de sacar mejores calificaciones en sus últimos años de estudio escolar.

También pedí que por siempre yo pudiera recorrer las cuentas del rosario diciendo las plegarias en voz alta como lo hacía mi abuelo que me enseñó la virtud de la oración, para que fuésemos iluminados todos nosotros, hasta los empleados de la casa y la humanidad entera.



Mi abuelo era excepcional, tenía sentencias muy sabias para todo. Las alusivas a los hombres decían: "El guaso es arisco como el espino y manso como el sauce". Otras veces decía: "Hay que tener cuidado porque en cada grano de uva se esconde el diablo que luego se libera en la chicha y el vino".

También recitaba sentencias dedicadas a las mujeres: "Una señorita debe ser educada para dama católica, dueña de casa y con profunda afición a las obras sociales", "En el dolor nos hacemos y en el placer nos desgastamos", "Con el calor del ejercicio se corre el carmín y el blanquete, más vale la cara lavada que quedar como muro pintado al albayalde, después de la primera lluvia".

Con este recuerdo vino a mi mente el gran dolor que sufrimos todos cuando mi abuelo Eulogio, que ya estaba obligado a guardar cama, justo cuando el sacerdote levantaba la hostia para darle la comunión, falleció.

Imposible olvidar esa imagen del salón de la casa con las paredes ocultas por pendones negros y en el centro la urna rodeada de cirios siempre encendidos. Pregunté por qué había tantas luces y alguien contestó: Se prenden para ayudar al alma a encontrar el camino al cielo. Y yo repliqué que a mi abuelo no le hacía falta la luz y lo encontraría, porque él era un santo.

Mi pena se aminoró al pensar que el alma de mi abuelo seguramente ya estaba en presencia del Padre Eterno cuando tomada de la mano de mi madre

partió su cuerpo en esa carroza enorme, con cristales laterales que permitían ver la caja mortuoria bajo una cúpula negra y brillante, que en su parte más alta lucía la cruz del Calvario. Iba tirada por seis caballos negros con sus cabezas enjaezadas con penachos de plumas y sus lomos cubiertos con mantos de redes negras orladas de pompones, tan largos que les cubría casi hasta sus patas. Desde lo alto del pescante la conducía un cochero con levita y sombrero de pelo y en la parte posterior iban dos lacayos de pie, los que habían subido al carruaje el cajón y que luego lo bajarían al llegar al mausoleo de la familia en el camposanto.

La tradición exigía que para esas infaustas ocasiones los adultos llevaran sombrero y vistieran de luto riguroso y las mujeres además, se cubrieran completamente el rostro con velo oscuro y nosotros los niños, fuésemos vestidos de pies a cabeza de color blanco.

Muy pronto se deshizo la casa del abuelo donde había vivido toda la familia y numerosa servidumbre y en la que compartíamos mucho cariño y poca privacidad y nos tuvimos que cambiar a otro lugar. Nuestra vida nunca pudo ser la misma, ahora íbamos a misa y a todas las fiestas religiosas a la Iglesia de San Lázaro, en la calle llamada Ejército Libertador.

En Semana Santa se cubrían todas las imágenes y esculturas de santos con telas de color morado tanto en las iglesias, como en las casas y yo desde pequeña también ayudaba a taparlas.

El Viernes Santo lo guardábamos en abstinencia y en riguroso silencio y cuando alguien lo rompía o destacaba un improperio, todos a coro decíamos con recogimiento y en voz baja: "Agáchate Semana Santa". Yo agregaba a modo de sacrificio personal: tratar de no tocarme, ni tocar a nadie ese día, porque me cuesta dejar de dar abrazos o caricias a mis padres o a mis hermanos, que tanto quiero. Y por la tarde asistíamos a la parroquia, a las tres horas de oración y luego recorríamos las estaciones de paso al Calvario que tuvo que hacer Jesús para llegar al lugar de su crucifixión.

El día domingo después de escuchar el repicar de las campanas de la iglesia cercana, todos gritábamos y reíamos y los niños jugábamos corriendo felices por la resurrección de Cristo Jesús y como se había terminado el duelo, en las casas y en los templos se descubrían los santos que habían permanecido ocultos.

Desde esos años empecé a rogar a mi madre que me preparara para hacer mi "primera comunión", aunque no cumplía todavía los ocho años de edad establecida, para que los niños y niñas recibieran por primera vez la hostia consagrada.

Ella nunca se negó a hacerlo, por el contrario, me enseñó el catecismo, la historia sagrada y todas las oraciones requeridas, para mantener mi ilusión y hasta había mandado cultivar nardos y azucenas en el último patio de la nueva casa, para que los llevara recién cortados, en mi mano ese gran día.

Cuando ya tenía cumplida la edad para comprender el significado de recibir el Cuerpo de Cristo, cada primavera, a pesar de mi intenso anhelo de poder comulgar, por varios años me enfermé tan gravemente que el ánimo no me permitía salir de casa. Y eso sucedía justo el día ocho de diciembre, que era el día de Nuestra Señora la Virgen, en que niños y niñas iban por primera vez al encuentro de su hijo Jesús y en que yo, como no podía hacerlo, me quería morir.

No supe como tan pronto tuve que ir a estudiar fuera de casa, fui matriculada en el Colegio de las Teresianas y como no me pude acostumbrar por lo mimada que era, al mes mi madre accedió a cambiarme al Colegio de la Alameda de las Religiosas del Sagrado Corazón.

El tan esperado día llegó, cuando ya tenía cumplido más de diez años de edad y fue en ese solemne momento en el que por fin, pude recibir la hostia consagrada y prometí en secreto: seguir el camino de la perfección y hacer votos de castidad.

También, al momento de comulgar, hice la promesa más importante de ser algún día esposa de Jesús al ser religiosa y no cualquier religiosa, me consagraría en el Carmelo, como Carmelita Descalza, de vida contemplativa, de claustro donde podría rezar por siempre y a toda hora en voz alta, por todos y cada uno de nuestro prójimo.

Después de eso Rebeca y yo nos fuimos internas al colegio de calle Maestranza de las Religiosas del Sagrado Corazón, el mejor de Santiago.

Allí contábamos con jardines, huertos y árboles frutales y al fondo del sitio con la capilla con cripta subterránea, donde eran enterradas las monjitas que habían sido llamadas a contemplar la Gloria de Dios.

Inútilmente buscaba más palabras de consuelo sin poder encontrarlas, para mi hermanita que lloraba todas las noches, añorando nuestro hogar. Aunque yo también echaba mucho de menos a mis padres y a mis cuatro hermanos, especialmente a Miguel, consideraba que estar allí era un buen ejercicio que me prepararía para cuando me fuera al Carmelo, como lo deseaba y se sabe, sin vuelta.

También estaba contenta en el internado del colegio porque antes, al estar en casa me obligaban a acompañar a mis hermanos cuando iban a fiestas. Más de una vez algún joven dijo que era la más bonita de todas. Yo había

escuchado decir a mi madre: "El elogio daña la virtud" y en ello me apoyé para excusarme de no asistir más a reuniones sociales porque quería ser virtuosa.

Me costaba mucho trabajo y oración vencer el orgullo y dejar de ser iracunda y vanidosa, que no puedo negar que también lo era, a pesar que las amigas Lyon, comentaban que me veían desabrida, que ni siquiera me ponía polvos en la cara ni menos, decían, que me hubiera atrevido a pintarme de carmín las mejillas, como todas las demás chiquillas de mi edad. Eso era cierto y si lo hubiese hecho habría traicionado mi sencillez natural.

Cuando salía del internado los días domingo después de misa aprovechaba de visitar a los pobres de mi barrio para practicar la caridad y llevar consuelo y cariño a estos desposeídos que tanto lo necesitaban. Mi madre no estaba muy de acuerdo en que lo hiciera, porque decía que de allí traía posiblemente los contagios y las plagas que mermaban mi salud. Pero yo retrucaba que Jesús había visitado no solo a los pobres sino también a los leprosos y había sufrido por los demás, infinitamente más que eso.

Después de terminado el año escolar en el internado, nos íbamos de vacaciones. El viaje lo hacíamos en dos jornadas en coche tirado por dos caballos, disfrutando del canto y de las meriendas mientras remontábamos cerros hasta llegar al campo en Chacabuco.

Allí fui feliz porque podía participar en las Misiones Cristianas y enseñar catecismo a los niños del fundo, pasear en carreta, galopar a caballo por las lomas, agradeciendo a Dios por permitirme contemplar el valle que muestra la inmensidad de la tierra hasta el horizonte y admirar la pujanza de la naturaleza, que da vida a todos hasta la más humilde de las plantas, que crece donde sea, en suelos secos o porfiando por asomar entre las piedras.

Me encantaba madrugar para después de mis oraciones, poder ver la salida del sol, caminar descalza sobre el rocío respirando el aire fresco y perfumado de la mañana; y por las tardes qué gratificante era quedarme fuera de casa hasta después de la oración del Ángelus y regresar con la imagen del cielo arrebolado a compartir la cena con todos.

La vuelta a Santiago era una pesadilla cuando a la familia se le ocurría, porque ya había cumplido quince años de edad, que les acompañara a ver una obra de teatro criolla, a pasear al cerro Santa Lucía o a la Alameda de las Delicias, cosas que eran una pérdida de tiempo, ese que podía dedicarlo mejor y con gusto a la oración y a leer.

Ya entonces Jesús me había enamorado y estaba descubriendo a Santa Teresa de Ávila la fundadora, la viajera incansable que formó tantos conventos

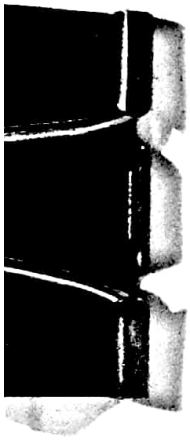
de Carmelitas Descalzas en España y que con su ejemplo de vida religiosa, me hizo querer seguir sus preceptos. Pero yo dudaba que pudiera alcanzar la perfección con este carácter que Dios me había dado, seguramente para hacerme más áspero ese desafío y que yo lo pudiera valorar en su verdadera dimensión.

Me era difícil siquiera imaginar cómo podría llegar a ser de verdad mística, como Santa Teresa.

Una mañana de las últimas vacaciones en que cabalgaba alcancé la ermita de la Virgen en la cima del cerro, sintiéndome furibunda y sumida en "la noche oscura del alma". Allí me arrodillé y como la dureza y frialdad de la piedra me traspasó hasta los huesos, esa sensación me hizo pensar que mi persona estaba más cercana a la tierra que a lo sutil del espíritu.

Con voz que resonó potente en la soledad de ese lugar, le ofrecí a Jesús entre llantos, gritos y rabia, mi vida y mi muerte, a cambio de disipar las dudas de mi vocación para convertirme en religiosa de claustro.

Al salir de allí el aire frío me hizo sentir la ropa mojada por el sudor.



Pasada aquella experiencia, ya inspirada, me atreví a escribir al Carmelo de Los Andes y la Madre Superiora me respondió dándome fecha de entrevista. Sabía que la vida de una Carmelita era sufrir, orar y amar, por eso para ser aceptada debía esperar que mi salud, precaria aún, más tarde me lo permitiera.

Después de disfrutar del campo íbamos con la familia a la playa de Algarrobo y allí nadábamos, con gusto paseábamos en carreta entre bosques de eucaliptos y pinares o jugábamos al tenis; pero cuando cabalgaba siempre lo hacía sola igual que en Chacabuco.

Cómo olvidar ese día del último verano en que llegué hasta el acantilado de Punta de Tralca a contemplar el ocaso. En esa soledad sentí las gotas de agua de las enormes olas que salpicaban el rostro, que luego de golpear con furia la roca, se convertían en láminas de espuma muriendo al besar la arena que antes fue piedra. Todo ello me habló de la majestad divina al ver con qué belleza de imágenes, la naturaleza troca la violencia en humildad.

Hace mucho que terminó el verano y desde hoy terminaron también los regaloneos, las cabalgatas, la natación y el tenis, que tanto me agradaba recibir y practicar.

No me siento fuerte, pero estoy segura que si Jesús escucha mis súplicas me dará buena salud para que me convierta en una carmelita.

Fueron escuchados mis ruegos y pude despedirme de todos con alegría porque, al fin, iba al encuentro de mi verdadera opción de vida. A cada uno le dije lo que sentía en ese momento y a mi hermano Miguel le pedí que fuera

un hombre bueno, que no faltara jamás a misa y que me recordara haciendo oración por mí.

Aquel glorioso día con mi madre, temprano por la mañana, viajamos en tren a la ciudad de Los Andes.

Desechando los pensamientos de dolor por abandonar a quienes he amado tanto y disimulando mis ansiedades, abrazo a mi madre y con la pequeña maleta donde llevo el escaso vestuario de exigencia, sin volver la mirada, cruzo resuelta el umbral del Carmelo.

Este es el reflejo del cielo en la tierra: la sencillez de mi celda de suelo enladrillado con muros blancos y desnudos, a un lado adosada a la pared la pequeña litera, una silla y sobre la mesita un misal, el reglamento carmelitano y una palmatoria y su vela, sin faltar la gran compañía de la cruz de madera sobre la cabecera de la cama. Y doy gracias a Dios porque se ha cumplido por fin mi anhelo y sé que desde hoy y para siempre, nada más tengo que hacer en este claustro que amar a Jesús y dedicar mi vida únicamente al trabajo monacal, a la contemplación y al rezo, para transformar en bien, el mal ya anidado en las almas de los seres del mundo.

Escuché antes de venirme, que este invierno iba a ser muy frío, pero aquí se está sintiendo adelantado. Al principio, el castañeteo de mis dientes no me permitía conciliar el sueño, después de los maitines del alba.

Hoy recibí el hábito de postulante. La tela de la camisola es muy áspera y produce cierta irritación en la piel, pero todo lo que me afecte lo ofreceré por amor a Jesús y sé que las cosas no son siempre como uno cree que tienen que ser, sino de muy diferentes formas y así hay que aceptarlas, por la gracia de Dios.

Cuando esté preparada y me invistan con el hábito de novicia, he de cortar mi cabello, porque es un signo de renuncia a las fuerzas generadoras de la vida y llevaré los pies con sandalias como símbolo de ir descalza porque el pie es el soporte del cuerpo en la tierra y me cubriré con el velo negro para no olvidar que en este camino mi mente me debe llevar de lo oscuro a lo luminoso del espíritu. Con la intercesión de mi amado Jesús, Dios ha de permitir que así sea.

Me han asignado como supervisora a la madre Gabriela y doy gracias a Jesús porque estoy feliz que haya sido especialmente ella, aunque debiera estar dispuesta a aceptar toda orden recibida.

También he conocido a mi confesor el Padre Avertano y me han autorizado para escribir a mi familia –cosa que esperaba con sentido de culpa, poder hacerla– y recibir también sus respuestas. Mi madre decía que la alegría que se siente al recibir una misiva, debe ser pagada con la debida respuesta.

Esa tarde en que precisamente vino mi familia y pasaron por el torno una bandeja de mis pasteles preferidos cuando estaba en el mundo, ni los quise mirar y los entregué a la Madre Gabriela, para que los compartiera con todas, pues yo había prometido hacer ayuno especial. Después me enteré que todas igualmente renunciaron a probarlos y fueron regalados al Hogar de Ancianos de la vecindad. Creo que mi madre habría hecho exactamente lo mismo si hubiera estado en nuestro lugar.

Con deleite escucho al melódico coro de hermanas acompañado por el armonio, cuando ensaya y luego alaba a Dios cada día en la santa misa.

Yo también me he atrevido a cantar con todas mis hermanas los días domingo por la tarde, acompañadas de cítaras y bandurrias. Creo que estas cantigas también serán agradables a los oídos del Señor, a pesar de la desafinada intervención, teniendo en cuenta que su misericordia es infinita.

La madre Gabriela dice que el amor es capaz de cambiar el color a las cosas y yo lo he podido comprobar en profundidad en el convento con los ejercicios de oración.

Ayudo a remendar los hábitos de cambio, que dan testimonio de nuestro voto de pobreza. Con las hermanas somos felices de ser pobres de solemnidad.

Cuando guardamos profundo silencio, se siente la quietud del espíritu y estos son los espacios en que aprovecho para reflexionar sobre mis lecturas de Santa Teresa de Ávila, que nos enseña tanto en sus obras místicas literarias como en "Avisos Espirituales" dirigido a nosotras sus monjas, "Camino de Perfección" el tratado de la ascesis también a través de la oración mental.

De todas las obras de esta santa literata, leídas hasta ahora, la que más me ha impresionado ha sido la titulada *El Libro de las Siete Moradas o Castillo Interior* donde el alma va ascendiendo y en la séptima morada alcanza la unión con Dios que habita en ella y logra sentirse segura como esposa amante en actitud de éxtasis y sosiego, en su propio castillo interior.

Me conmueve pensar que ella, educada en un hogar piadoso, fue hija de padre judío a quien, por cierto, no pudo elegir y por eso tuvo que defenderse muchas veces de quienes la perseguían por esa causa y en especial, por sus escritos.

Nadie pudo parar a esta mujer en su intensa actividad de reformadora del Carmelo y de poder fundar treinta y dos nuevos conventos, sin abandonar jamás la literatura y menos su vida contemplativa.

¡El mejor ejemplo de santidad para esta indigna seguidora!

Ser santa es una verdadera proeza sobrehumana pues requiere: la práctica

de las virtudes teologales y cardinales en vida, para, primero obtener el reconocimiento terrenal y luego ser merecedora del premio eterno de gozar en el cielo de la visión de Dios y además de intermediar ante Él por la humanidad.

Por más que me esforzara, ¡cómo yo podría alcanzar aquella cumbre!

En otro momento de oración e invocación en la soledad de la capilla frente a la custodia, siento algo como si Dios mismo hubiera bajado a mí con un ímpetu tan grande que casi no lo puedo resistir y parece que mi alma vuela arrastrando mi cuerpo. No es la primera vez que me ocurre, pero ahora pienso que sí muero. No temo a la muerte pues con ella el alma se sumerge en la eternidad del amor de Dios.

Por la tarde después de haber pasado por estas extraordinarias situaciones la madre Gabriela me informó que nuestra Madre deseaba verme en su oficina.

Al entrar sentí que nuestra Madre me escrutaba con su mirada y después que me invitó a tomar asiento frente a ella, quiso indagar qué me había pasado esa mañana en mis oraciones frente al Santísimo. Me sorprendió oírle decir eso, pues yo estaba sola en la capilla y no tendría cómo ella saber algo sobre mi experiencia mística.

Le conté todo sin omitir detalle y entonces su mirada se suavizó al decirme que yo había sido tocada con la Gracia de Dios, y que una hermana, a quien no quiso nombrar, había llegado con mucho desasosiego a pedir su bendición y a contarle que al entrar en la capilla había visto como yo levitaba frente al altar mayor.

Desde ese día paso muchas noches sin sueño, de rodillas en oración de gracias, pidiendo ayuda a Jesús para no perder la humildad de corazón y he ofrecido con fervor mi espíritu y mi vida carmelitana por siempre al Señor.

No recuerdo en cuantas oportunidades se ha repetido esta experiencia, en soledad frente al Santísimo, pero ya no me atemoriza tanto como las primeras veces.

Ha llegado la primavera y la naturaleza lo celebra mostrando todo su colorido en ofrenda a nuestro Creador y también para deleite de nuestra humilde mirada.

Ya tengo mi hábito de novicia y me hice el propósito de ser una santa carmelita. A instancias de la madre Izquierdo también prometí respetar el velo negro, porque me ha visto cuando corro o salto contagiando mi jolgorio a mis hermanas.

Desde ahora me pueden llamar Sor Teresa de Jesús y elegí este mi nombre religioso por quien si no, que por Teresa de Ávila.

No puedo dejar de pensar que esto me abre el camino de poder algún día pronunciar mis votos perpetuos. ¡Solo Jesús sabe la alegría que me embarga!

La madre Gabriela me contó que Nuestra Madre dice que poseo las virtudes teologales y cardinales y un gran equilibrio psíquico y espiritual formado en la oración y en la práctica de la ascesis desde antes de estar entre las carmelitas.

Creo que si poseo esas cualidades ha sido por el ejemplo y enseñanzas que recibí de mi abuelo materno en mi primera infancia, tradición que continuó siempre de igual manera mi pía madre.

Saber esto ha hecho que la exigencia conmigo misma en responsabilidad de trabajo con la congregación y el compromiso de mi fe religiosa sea mayor cada día, pero mi salud no ha estado a la altura que se requiere para el cumplimiento de este propósito.

Junto con el otoño entró el frío a nuestra casa, a mi celda y a mi cuerpo. Creo que este cambio de estación ha sido el responsable de que haya perdido el ánimo y la madre Gabriela se preocupó cuando falté a los maitines esa mañana y vino a mi celda para comprobar que el termómetro casi marcaba el tope.

Eso me lo contó después que, con dispensas, me visitó el doctor y cuando la temperatura se había normalizado y había dejado de delirar recobrando la conciencia. –Hemos pasado mucha inquietud, al verte tan afiebrada– me dijo, y se fue para volver luego con suaves golosinas y regalías que yo no creía merecer.

Cuando estuve algo repuesta sintiéndome aún con poco valor, Nuestra Madre me pidió que me preparara, porque faltaban muy pocos días para que profesara en nuestra Orden del Carmelo.

Jamás he sido más feliz que con este anuncio y estoy entregada a la oración día y noche y puse mi salud en las manos de Jesús para que me diera la fuerza necesaria para poder hacer los sagrados votos perpetuos.

Hoy me probaron el hábito negro y la capa blanca que simbolizan pasar de la oscuridad que me envolvía hasta ahora, a la iluminación protectora que se consigue con la obediencia de las reglas carmelitanas.

Nunca me ha interesado tener presente las fechas, salvo las de las fiestas religiosas, pero hoy es 6 de abril y me siento muy débil, sudorosa y afiebrada. No me acompaña el ánimo ni siquiera para seguir contándote más sobre mi vida religiosa, que de verdad, no es mucho más lo que hay que contar.

Espero poder continuar mañana...

No al sometimiento, sí a la justicia

Iris, mensajera de los dioses

Un atado de problemas
Dicho de mi padre referido a mí

Algunos han dicho que la palabra es de plata y de oro el silencio, pero yo creo, como también se dice, que la palabra es del tiempo y el silencio de la eternidad y por eso la he usado para defender causas que la requerían. Así ha sido el tenor de mi vida y lo he cumplido, como mujer, escritora y periodista.

Tal vez en algunas circunstancias me traicionó la pasión innata y la vehemencia incontrolable, para ir en defensa de lo que consideré que había que cambiar, alcanzar u obtener, a pesar de entenderse, desde siempre aquello, como una situación o cosa sin mayor importancia y para muchos, simplemente innecesaria. Nunca retrocedí ante nada, ni siquiera para darme impulso.

Cuando ya estoy viviendo mis últimos años, solo me arrepiento de no haber sido nunca imparcial y de no haber podido reconocer que las cosas negativas, también pudieron servir para aprender y mejorar esas mismas circunstancias en las que me vi envuelta.

Muchos odiaron mi forma de ser, otros me temieron, especialmente cuando para escrutarlos, echaba mano a los "impertinentes", mis inseparables anteojos con mango. Pero tengo la certeza que los inteligentes me respetaron.

Lo que no sé es si alguien me amó verdaderamente. Tal vez lo hizo Joaquín, mi marido. De lo que sí estoy segura es que me tuvo mucha paciencia, quizás por mantener la dignidad del matrimonio o por ser demasiado soberbio para tener que reconocer un fracaso personal. Joaquín Larraín Alcalde supo con quien se había casado pues cuando yo iba tomada de su brazo después de la ceremonia nupcial, a la salida de la iglesia, mi padre le dijo:

Joaquín, usted se lleva un atado de problemas.

Esos eran los tiempos en que había que nombrar a las personas con sus cuatro apellidos, para saber quiénes eran y la mayoría de las mujeres se casaban, que no fue mi caso, para encumbrarse, ganar posición, dinero y apellido. Luego las más osadas podían amar con libertad según su capricho.

Odié la lentitud de las horas, de los días, de los meses, de los años en nuestra casa, cuando ya había tenido tres hijas casi sin darme cuenta.

En una oportunidad Joaquín nos invitó a pasear en nuestro coche al Parque Cousiño, donde se estacionaban los carruajes cerca unos de otros para que las familias se lucieran, pero sin permitir que las niñas pasearan a pie, por ser aquello muy mal visto y solamente se saludaban con una venia, con un estiramiento y frialdad tan grande, que me pareció que lo hacían entre almas en pena.

No pude tolerar que mi marido me hiciera entrar en ese juego social tan estúpido. De vuelta en casa, Joaquín se quedó en el salón con su coñac "Napoleón" leyendo el periódico y fue tanta mi desazón que me encerré en nuestro dormitorio y permanecí muda por tres semanas, después de lanzar todo su ropero y pertenencias al pasillo.

Allí tuve tiempo de meditar y vi claramente cual sería mi futuro si consentía ser parte de esas costumbres agobiantes, heredadas de la tradición mora que trajo en la época colonial la mujer española y que se quedó asentada en nuestra sociedad que mantenía a la mujer sin otro propósito que echar hijos al mundo y además de administrar el hogar, obedecer al marido. ¡Qué horror!

No sirvo para estar en paz, la paz debe reinar únicamente en los cementerios. Gracias a que pude elegir libremente y nadie me forzó, mi decisión fue la que necesitaba para desarrollar mi vida en un proceso de verdadera experiencia personal y con voluntad férrea me propuse derribar prejuicios y barreras y remecer esa mentalidad añeja de los hombres y la mente anquilosada de la mujer sometida. La de esa mujer que se desmayaba por estar oprimida no solo mentalmente, sino por el corsé que usaba para conseguir afinar el talle como obligaba la moda.

Entonces acudían en su ayuda las más viejas y la hacían beber desde tiempos antiguos "agüita de melisa" de las monjas Carmelitas buena para vahídos, síncopes o soponcios y luego procedían a friccionarla con agua bendita logrando que volviera en sí.

A los ruegos de "mamita" Encarnación, para que me alimentara cuando los demás dormían y a su petición de: –¡Ya déjese de ser testaruda y amorrada y no siga con esa lesera de estar muda igual que cuando era una niña chica!–, como siempre le hice caso y abandoné mi encierro silente y según "mamita" Encarnación había recobrado el juicio, porque por mi cuenta consentí pactar con Joaquín, que me tenía invadida de mensajes que pasaba por debajo de la puerta de nuestra habitación.

La propuesta de mi parte, fue que este dormitorio que habíamos compartido desde el día en que nos casamos, sería de ahora en adelante, solo para mi uso personal y Joaquín por la suya, aceptó acomodarse definitivamente en otra habitación, siempre que yo cumpliera con mis deberes conyugales, cuando él lo solicitara y yo agregué, que eso sucedería si así también yo lo deseara. Cosa que jamás creí que sería aceptada en el acuerdo, tan mansamente, por mi marido.

Feliz trasladé lo acordado al papel y Joaquín lo rubricó sin poder disimular la cara de funeral que tenía en ese momento.

Dispuse nueva decoración y mobiliario en el cuarto convirtiéndolo además, en un verdadero santuario de trabajo donde pude seguir haciendo lo que debía hacer: escribir, escribir, escribir...

Producto de cumplir con lo pactado, llegó nuestra hija Iris. Bautizamos con ese nombre a esta última niña, para dar más fuerza al seudónimo que

usaba yo, en mis crónicas para la prensa, pero, la mayoría de mis publicaciones las hacía en forma anónima porque era motivo de censura y oprobio que una mujer se atreviera a escribir, aunque los temas fuesen sosos.

La pluma no era para que la mujer escribiera, la pluma era, para que la usara en los sombreros, esos pesados que le acaloraban el seso, los que tenía que llevar encasquetados siempre y que además, por su gran volumen, no la dejaban ver más allá de su nariz.

Elegí personificar como escritora a Iris, por ser la divinidad griega, una mensajera alada intermediaria entre los mortales y los Dioses del Olimpo, que lleva manto de siete colores identificada con la luz del arco iris y por eso una iluminada consagrada a abrir conciencias.

Yo estaba en plena sintonía mental y espiritual con ella, cuando señalaba con énfasis en mis artículos periodísticos las tormentas de la sociedad, en mis afanes de transmitir iluminación a las cerrazones de las mentes de la época.

En general, no todo era tan aburrido en esa época, porque en ocasiones, se amenizaba la rutina, cuando las niñas casaderas estaban en "edad de merecer" y los salones adornados con flores traídas desde Viña del Mar, se convertían en salas de baile con orquesta, llenando el ambiente de buena música. En esas fiestas las jóvenes disfrazadas o vestidas de "Soiree" de gala, apuntaban en sus libretas la lista de galanes a los que les habían concedido una pieza de baile. Luego, cansados de dar vueltas y vueltas al compás de un vals vienés, pasada la medianoche, era hora de sacarse los guantes, porque se servía la cena-buffet caliente, acompañada de champaña y vinos franceses.

En tanto los hombres mayores habían aprovechado el tiempo haciendo conexiones comerciales o componendas políticas atingentes a las circunstancias por las que atravesaba el país y sus esposas al otro extremo del salón, habían usado el espacio para comentar las liviandades y repetir las habladurías de las malas lenguas, que se conocían de algunas señoras que, por cierto, no formaban parte de su círculo de amistades, pero creo que del mío, sí.

En una oportunidad en que me acerqué al lugar donde estaban los caballeros, se acabó la conversación al instante, se abrió el círculo que formaban y el dueño de casa galantemente me preguntó si necesitaba ayuda o si podía ofrecerme alguna golosina o un refresco. Negué con una sonrisa, me alejé y lo odié por eso.

Yo deploraba no poder participar de las conversaciones interesantes de los hombres y que además, gracias a ellas se sabía, de buena fuente, qué curso llevaban las gestiones de los conocidos y cuan exitosos podrían ser los resultados

de las elecciones y que ellos fueran favorables para realizar las propuestas y lograr avances reales en el desarrollo de la nación.

Juré esa vez, que a esos progresistas apoyaría en mis actividades periodísticas y también aun cuando se resistieran llegaría a trabajar directamente en sus proyectos. A eso vine a este mundo, a aportar mis talentos, a poner el dedo en la llaga de los ineptos y de los logreros sin alma.

En el buen tiempo los hacendados solían hacer festejos en sus campos, también con estos mismos fines, para que los jóvenes se conocieran mejor y ojalá se unieran las fortunas familiares a través de los matrimonios de sus hijos.

En una oportunidad en que fuimos invitados a uno de ellos, habían dispuesto bajo los árboles, mesas atiborradas de toda suerte de manjares, refrescos y vinos de la zona y al final ofrecían una ternera asada entera a la que le habían pintado los cachos dorados. ¡En mi vida había visto manera tan ridícula de tratar de impresionar a la concurrencia!

En esos encuentros en el campo, después de la siesta obligada, se despertaba al son de las arpas y guitarras que invitaban a bailar zamacuecas y "refalosas", se seguía brindando con gloriados y ponches y comiendo buñuelos bañados en almíbar.

Como tuve varios admiradores a lo largo de mi vida me granjeé el chismorreo de muchos, lo que nunca me importó mayormente. También fui criticada por mis artículos en la tribuna periodística, tampoco eso impidió que siguiera haciendo lo que mi conciencia social me dictaba en beneficio de aquellos sin voz.

Si de algo me puedo enorgullecer es de haber sido la primera mujer nombrada Miembro de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile y en parte de mi discurso lo expresé cuando dije:

> *...nuestro sexo se ha hecho digno de la confianza que se le empieza a otorgar y agradezco en nombre de la mujer de clase media que piensa más hondo y alto porque es más libre...*

Lo bueno y no tan bueno de lo vivido, ahora lo recuerdo con otras luces y eso reconforta el alma, lo que es conveniente para prepararse y estar lista, liviana, sin culpas para atravesar el umbral de esta tierra.

La época de mi niñez fue suave porque nací en "cuna de oro y sábanas de seda", dentro de una familia perteneciente a la alta sociedad chilena. Me demoré días en nacer y tuve madre solamente por los diez siguientes, sin recibir ni siquiera una mirada, ni menos una caricia suya.

Por falta de ese amor materno, tuve dos mamitas: la que se ocupó de mi formación, mamita Lolo, que era mi tía Dolores, hermana de mi madre y "mamita" Encarnación, la que me malcrió, como cuando en las tardes quedábamos solas en casa y yo iba a su encuentro en la cocina: ella tomaba mate y a mí me servía chocolate caliente y ambas comíamos sopaipillas pasadas por una salsa de chancaca hervida con palitos de canela, maicena para espesar y ralladura de cáscaras de limón y de naranjas.

Más tarde antes de acostarme y después de rezar, me cepillaba el pelo cuarenta veces todas las noches. Decía que los rezos daban brillo al alma y el cepillo a la cabellera.

Con "mamita" viajábamos en tranvías de dos pisos llamados "Imperial", que llevaban a mujeres por cobradoras de los pasajes, vestidas con uniforme de delantal blanco y sombrero de hule negro y con portamonedas donde guardaban el dinero y las fichas de hueso: rojas las de 1ª clase y negras las de 2ª. A mí me gustaba ir en el 2º piso, sin techo, para poder mirar muy bien y para que "mamita" Encarnación me fuera comentando todo.

Por ejemplo, me contó que las calles que iban o venían de oriente a poniente, esas, por las que bajaban las aguas, eran las de pelo entero refiriéndose además a que los dueños de esas casas eran ricos y podían comprar sombreros caros de pelo entero y las otras que venían o iban de norte a sur, eran solo de medio pelo, porque los que allí habitaban usaban sombreros de menor calidad por ser pobres. Esa era la gente de medio pelo.

Eso fue lo primero que aprendí fuera de mi casa: que había mujeres que tenían que trabajar en los tranvías para mantenerse y que existían diferencias entre las calles dependiendo de su orientación geográfica y del nivel económico de los moradores.

En nuestra casa hubo muchas mujeres que trabajaban para nosotros, como costureras, sirvientas, cocineras, lavanderas, nodrizas y también institutrices: una inglesa y la otra francesa que además me enseñaron sus idiomas. Así inicié mi "Diario de Vida" y aprendí a amar el francés por ser la lengua del amor, de poetas y de pensadores.

"Mamita" Encarnación, me enseñó a convertir, sobre telas, los hilos en flores y me hacía reír cuando en cada puntada que yo daba al bordar, decía: "la aguja pica con el piquito y tira con el potito".

Mamita Lolo me impuso el aprendizaje y práctica del catolicismo fanático oscurantista, sin ningún principio cristiano, del cual me costó muchísimo salir. Se vivía la religión del pavor con la Biblia del Jehová Castigador, que no daba paso al Cristo Redentor que es amor y perdona.

Más tarde no tuve empacho en hablar de las otras tradiciones religiosas, de temas como la creencia en la reencarnación, el adulterio o el consumo de drogas e incluí en mis críticas también al clero, culpándolo de no permitir que la mujer se ilustrara. Los aludidos, llegaron hasta pedir mi excomunión. Confieso que a mí no me importó pero, el que no quedó nada de contento fue Joaquín.

Se decía en mi juventud, que las niñas debían ser humildes, caritativas, pacientes y resignadas. ¡Qué significaba eso de ser resignadas, resignadas a qué, a nuestra condición de ser mujer, a aceptar nuestra suerte, a estar bajo la tutela de los hombres: padre, sacerdotes, hermanos mayores, tíos, tutores...!

Frente a la ley no teníamos valor alguno, éramos consideradas interdictas. Si hasta en los pasaportes figuraba que nuestra ocupación era la de "labores del sexo". Estábamos condenadas a pasar la vida en la cotidianeidad del hogar. Lo consideré una falta de respeto para con nosotras las mujeres, que somos las únicas que podemos cumplir el rol de la maternidad y por ende somos ministros de fe de la naturaleza en la sociedad.

Creo haber honrado la memoria a mi bisabuelo Andrés Bello, cuando me interesé por leer a los Enciclopedistas Franceses: Diderot y D'Alambert, a Voltaire, a Rousseau y también a los norteamericanos Jefferson y Emerson. Dudo qué tanto pude honrar su memoria, cuando por añadidura leía los periódicos anticlericales. Creo que por mi causa ese antepasado se ha dado muchas vueltas en su tumba.

Fui precursora, adelantada a mi época, al desprenderme de ataduras y prejuicios y tratar porfiadamente de traspasar esas inquietudes a mis congéneres.

Abrí los salones de mi casa para hacer tertulias culturales que fueron jornadas enriquecedoras y entretenidas donde el diálogo se respetaba plenamente, se aprendía y se podía mostrar también nuestra sapiencia.

Esa actividad fue comentada por mi marido en forma de pregunta –¿Inés, cuándo dejarás de traer gente tan rara a nuestra casa?–. Pregunta que, por cierto, nunca tuvo respuesta de mi parte.

Esos encuentros dejaron el grato recuerdo de haber contado con la amistad de mujeres y hombres interesantes como Eleodoro Yáñez Ponce de León, gran orador y sabio, a quien cuando pretendió postular a ocupar la primera magistratura de la nación, nuestra aristocracia criolla lo atacó vetándolo, por sus apellidos y por haber nacido, decían, en el vulgar barrio de la Chimba, aquel situado al lado norte del río Mapocho.

Jamás me arrepentiré, al contrario, siento orgullo de haber integrado la clase que formaron los intelectuales y artistas antirreligiosos, democráticos

y libertarios y también me complace haber podido cerrar filas en apoyo a la carrera política de Arturo Alessandri Palma, quien ostentaba todas esas ideas y que denunciaba las corrupciones de la "Canalla Dorada" como llamaba a la sociedad oligárquica, en discursos grandilocuentes, frente a la "Chusma Inconsciente" como le decía, en su cara, al pueblo que también lo llevó con su voto, a ocupar el sillón presidencial.

Hube de ser crítica implacable de mi clase social, en la que no elegí nacer, la que dilapidaba las fortunas heredadas, viviendo la mayor parte del tiempo en Europa sin importarle un comino, el problema social de nuestro país. A la misma que escuché decir que los rotos y los siúticos no tenían alma y al parecer, no habría sido extraño que consideraran también que las mujeres aun cuando eran tan piadosas, tampoco la tendrían. Y también les oí decir que para qué pretender enseñarle a leer al pueblo, cuando con ello les abrirían las mentes para tener conciencia de su pobreza e ignorancia.

Lo único que ha logrado unir a las clases sociales chilenas han sido las catástrofes. En el tiempo que sufrimos la epidemia del "Cólera Morbus" se acabaron las fiestas, se unieron ricos y pobres en cruzada solidaria, hubo orquestas que tocaban en la Quinta Normal con la idea de juntar fondos para cubrir los gastos de los tratamientos médicos esperando una eventual recuperación. La Cruz Roja se organizó para ir en auxilio de los enfermos, se instalaron lazaretos y se establecieron cordones sanitarios y de noche cuando la ciudad dormía, los jóvenes retiraban en carretones los cadáveres de las viviendas.

Los únicos que se salvaron fueron los borrachos, porque no tomaban agua.

Nosotros no tuvimos que lamentar ninguna muerte en nuestra familia, porque Joaquín nos llevó a todos a Ocoa, la hacienda que producía miel de palma y que era propiedad de mi abuelo Juan Bello.

De ese abuelo mi familia hizo muy propio el principio que fue fundamental para él:

"Más importante es la honra que el dinero".

Ese campo de Ocoa, lo heredó de su padre mamita Lolo y ella se lo dejó por testamento a una de mis hijas, pues de mi persona estaba alejada, porque rechazaba las ideas que guiaban mi conducta.

Siendo niña me favoreció la suerte cuando, mi tío Leoncio Echeverría quiso ir por un tiempo a vivir a Francia y con el permiso de mi abuelo y de mamita Lolo, me llevó junto con toda su familia a estudiar a Paris. Ese fue un tiempo de gloria para mí.

Desde que aprendí el idioma y más aun por esa vivencia, siempre me pareció que mis sentimientos los interpretaba mejor y con mayor profundidad el francés, que el español.

Con mi marido, tuvimos la oportunidad de ir en peregrinación a Tierra Santa y fue muy beneficioso para el espíritu porque pude conciliar el catolicismo con las tradiciones religiosas orientales, que estaba estudiando por ese entonces.

La segunda vez que viví en Paris fue, porque nos vimos obligados a hacerlo, pues mis compromisos partidarios, no me beneficiaban en lo absoluto. También lo hicimos y creo que principalmente, por alejar a nuestra hija mayor de un reconocido sinvergüenza que la había conquistado y que lo único que pretendían ambos, a pesar de la oposición de Joaquín, era el de poder casarse. Él, no cabía duda, por la fortuna que heredaría nuestra hija y ella porque la había trastornado el amor por ese hombre.

No perdí contacto alguno con mis amigos, pues seguí mandando periódicamente mis crónicas a los diarios y recibiendo correspondencia desde Chile y a pesar de esas informaciones, a nuestro regreso me sorprendió encontrar avances. La ciudad de Santiago había crecido en unas cuantas comunas y muchos conocidos vivían ahora en Providencia o en Ñuñoa. En lo jurídico también había novedades, con proyectos de ley que permitían el reconocimiento de los hijos naturales y que pretendían establecer la igualdad de salarios para hombres y mujeres.

Lo deplorable fue que a mi hija, en esos cinco años de ausencia, nadie ni nada pudo hacer cambiar su amor por Roberto Barceló, ese hombre que no solo era reconocido como sinvergüenza, mentiroso y estafador, sino también como vividor y desempleado. Y cuando le conseguí el trabajo como arquitecto para construir el edificio del diario *La Nación* perdió todo lo ganado en el juego y con mujeres.

Yo tampoco había cambiado mis principios, al contrario, venía con el mejor de los ánimos de seguir mi lucha por las reivindicaciones sociales, especialmente para la mujer.

Por eso con Delia Matte y otras amigas y Amanda Labarca que aportó el Club de Lectura, formamos el "Club de Señoras" como lugar de encuentro para desarrollar la independencia moral y material de la mujer. Allí dábamos charlas, cine, conciertos, clases de baile y también se hacían talleres de costura, cocina y de servicios, todo gratuitamente. La mujer ahora valdría por sus cualidades y sus conocimientos, no solo por su físico. Los maridos no tardaron en protestar, decían que en ese lugar estaban formando mujeres emancipadas.

Otros varones, con bastante ligereza, se mofaron públicamente de esta iniciativa. A pesar de ser resistida nuestra labor, el "Club de Señoras" duró quince años, lo que no fue poco y dio más que algún buen resultado.

Mi hija mayor en su porfía por casarse con Barceló, me dijo una tarde, que prefería ser desdichada con Roberto que feliz con alguien a quien no amara. Pensaba que mientras más se sufría más intensamente se vivía. Con esos argumentos logró mi empatía.

Cómo podía yo desconocer que ella había heredado mi tesón.

Hizo lo que se había propuesto y se casó solo acompañada de la familia del novio que estaba feliz de deshacerse de ese vago.

A pesar de su oposición y a instancias mías, Joaquín les mantuvo una buena mesada siempre.

Por desgracia, esos dineros también los siguió gastando en su vida licenciosa el marido, mientras a nuestra hija le daba maltrato físico y moral y la hacía llevar una vida miserable hasta pasar hambre con sus dos pequeños hijos.

Rebeca llevó sus penas manteniendo altivo silencio, tal vez por fortaleza castellana heredada de su padre, o porque las niñas que se casan contra la voluntad de sus familias, por orgullo o por no pasar humillación pública, jamás piden ayuda a nadie, para librarse del abusador y lo que es peor, callan porque creen que ese amor sublime lo justifica todo, hasta las hacen pensar que lo que les ocurre es de su responsabilidad.

Que paradoja lo que me pasó con la situación de esta mi hija mayor, a mí, que fui el adalid de la feminidad.

Desgraciadamente estuve ciega y ella siempre hizo lo imposible para inventar ingeniosas mentiras para ocultar horribles verdades, logrando impedir que descubriera su sufrimiento.

Esa tarde en que me avisaron que algo le había ocurrido a Rebeca, entré a su casa sin que nadie de su parentela política, que se encontraba allí, se acercara a recibirme.

Subí al segundo piso donde no había nadie y al bajar mi corazón endurecido por mi carácter se partió en la angustia de ver a mi niña tendida en el suelo, cubierta por una sábana manchada de rojo. Si hubiese gritado mi dolor, el alarido se habría escuchado en el universo entero.

El hombre que la mató en forma cobarde por la espalda, proclamó su inocencia diciendo que al abrazarla se había escapado la bala del arma que empuñaba su mano.

Fue verdadera paradoja que el viejo señor Barceló, Juez y Ministro de Justicia de Chile, hubiera firmado, no hacía mucho tiempo, la promulgación del Código Penal que incluía la pena de muerte.

Hice acopio de toda la fuerza, de mi arrojo y temple, adquiridos en mi vida de eterna luchadora y recurrí a Arturo Alessandri Palma y a todos los amigos poderosos para que influyeran en que las investigaciones efectuadas no dejaran dudas sobre la culpabilidad del malvado y se hiciera justicia real aplicando la pena máxima tipificada en el Código Penal promulgado con la firma del padre de este hombre asesino.

El rumor de la opinión pública cundía por las calles propalando que el culpable no sería fusilado, porque nunca había sido condenado a muerte ningún aristócrata en Chile.

En caso que Roberto Barceló hubiese sido absuelto de culpa, creo que habría hecho justicia por mis propias manos, pues mi convicción era que él había asesinado a mi hija a sangre fría y premeditadamente, sin importarle ni siquiera el destino futuro de sus propios hijos.

Ese amanecer entré a la iglesia con mis dos nietos pequeños, que ya estaban a mi cargo. Caí de rodillas en oración con los brazos en cruz y mostrando mi corazón torturado desde la muerte de Rebeca, para pedir al Altísimo el perdón divino, porque ese hombre carente de amor, no pudo obtener el perdón humano. Cómo iba a tener otro destino si su alma perversa lo mantuvo siempre sembrando dolor, hasta llegar al crimen.

Mientras yo oraba, el asesino salía de su celda acompañado del padre Alberto Hurtado que intentó llevarlo al arrepentimiento y prepararlo para recibir la muerte de mejor manera.

El oficial y los fusileros entraron al patio calzando zapatillas de goma para no cortar el silencio reinante que mantenían todos los demás que se encontraban allí, como testigos presenciales del ajusticiamiento. El pelotón recibió la orden de disparar con la bajada del sable que esgrimía el superior que los comandaba sin emitir palabra alguna y sin saber nadie cuál de los fusileros portaba el arma con balas de fogueo.

El estampido se escuchó al unísono y al instante el ajusticiado con venda en los ojos y atado al banquillo, inclinó su cabeza sobre el pecho en que llevaba prendido un disco rojo sobre el corazón, ese mismo que en cincuenta años no supo amar ni sentir misericordia, por nadie.

Desde entonces salí poco de casa y cuando lo hacía me vestía siempre de luto. En cambio en la intimidad llevaba batas coloridas, de terciopelo en

invierno y de seda natural en verano, para alentarme mientras seguía escribiendo en forma compulsiva.

El dolor ha sido mitigado en gran parte por la compañía de los nietos que han ocupado mi interés para lograr que su formación y cultura, fueran lo más importante en su vida. Mi propósito no fue otro sino el que llegaran a ser personas de bien, limpias de alma y sentimientos. Y que el trauma que pudo significar la causa y el modo en que murieron sus padres no gravitara en sus espíritus y menos que fuese un menoscabo en la búsqueda de la felicidad interior a que tiene derecho toda criatura de Dios.

Ya envejecida cuando perdí el habla, pude ver que muchos de los que me visitaban me miraban con ojos de compasión.

La actitud de esa gente revela que es de escasa inteligencia, por tanto es incapaz de controlar sus emociones y que se ha mantenido ignorante sin interesarse en comprender al que ha perdido alguna de sus facultades y si se informara podría alternar con cualquier persona inválida, naturalmente.

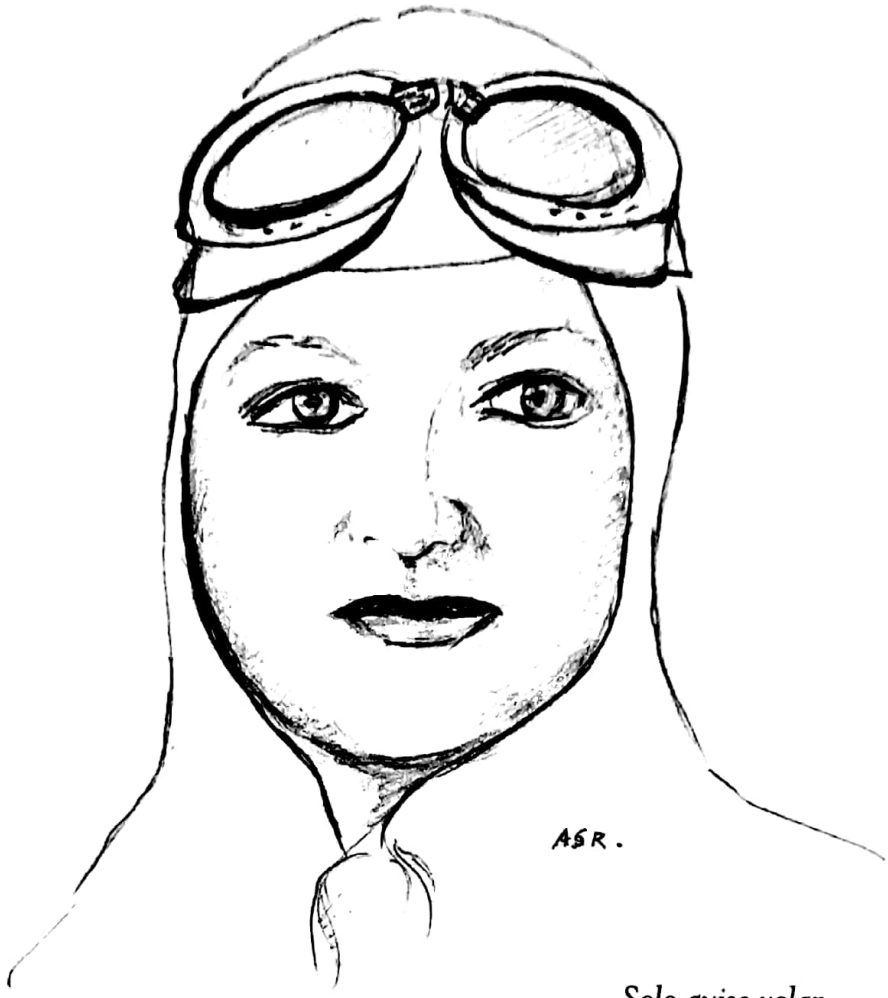
Como ven sigo siendo crítica, pero ya no soy beligerante y tolero muchas cosas, pues comprendo que los tiempos son otros y hay que caminar con ellos.

Antiguamente, la humanidad escribía y hablaba tanto sobre el amor que no le quedaba tiempo para vivirlo, parece que yo formé parte de aquel estamento. Ahora el amor pareciera ser más potente que antes, pues se practica más de lo que se idealiza, lo que es muy bueno que sea así.

Esto que he recordado en forma tan desordenada ha sido porque la mente, como siempre se ha dicho: es "la loca de la casa" y la mía nunca fue la excepción que confirmara la regla, como decía Joaquín.

Confío en que la clase media seguirá obteniendo mejoras sociales y estoy cierta que lo que he sembrado seguirá también dando buenos frutos.

Me atrevo a vaticinar que la mujer chilena se atreverá a dejar de manifiesto que disiente, cuando así lo sienta y que continuará su lucha para obtener lo que se proponga y podrá ser mirada como ciudadana respetable con los mismos derechos de todos, dentro de todas las esferas sociales futuras.



Solo quise volar

Margot, en la bóveda celeste

Nunca tantos han debido tanto a tan pocos

Winston Churchill

La primera vez que volé en un avión fue en el año 1920, lo hice muy resguardada, escondida en la primera protección que tiene el que va a convertirse en ser humano: el útero materno.

Si tuviera memoria de esa experiencia, estoy segura que estuve feliz, al experimentar la sensación de ingravidez en el líquido amniótico y al mismo tiempo suspendida en el aire junto con mi madre.

Ella, mi mamá, no paró jamás de dar hijos a la Patria, como se decía entonces. Fuimos doce hermanos y por eso siempre la vi embarazada o con un bebé en brazos dándole de mamar y pensé que ese no podía ser mi destino,

cuando me di cuenta que precisamente me estaban educando para ello, como se hacía con toda niña.

Muy por el contrario, yo era la que comandaba cualquiera clase de juegos y dominaba a todos mis hermanos, hasta al grande y con mayor razón a los más chicos. Yo no era una niña convencional y mi personalidad demasiado fuerte, era la que me hacía actuar así –decía mi padre– cuando mi madre se quejaba de mi desobediencia y de ser demasiado voluntariosa.

En mi afán de ser independiente e indómita, allá donde nací, en las tierras de mi familia en Río Bueno al sur de Chile, practiqué salto ecuestre con un profesor de equitación y cuando montaba sola lo hacía a galope tendido a campo traviesa, sin importarme que hubiese o no lluvia borrascosa y no paraba hasta que mi ropa estuviera empapada y me sintiera completamente trasminada. Feliz volvía al paso a casa, con carmín en las mejillas pintado por el frío y el pelo estilando pegado en la espalda.

Los caballos, mis compañeros de andanzas eran mis amigos y me encantaba encontrarlos nerviosos y relinchando cuando me veían llegar a sus corrales. En cambio esa pasividad de las vacas en los potreros o en las lecherías no podía ser de mi interés, ni siquiera quise tener de regalón y a cargo a un pequeño ternero, cosa que entusiasmó siempre a todos mis hermanos.

Otras veces esa chiquilla loca que era yo, corría como gacela tratando de perseguir la sombra que proyectaba, al mediodía en los potreros, el avión correo que haciendo ronronear como un gato su pequeño motor, surcaba nuestro cielo.

Todo esto me maravillaba, más aún el anhelo de poder volar, ser pionera algún día gobernando ese aparato tan liviano pero a la vez más pesado que el aire, que desafiaba la ley de gravedad y que podía cortar el viento con su hélice mientras avanzaba y que ese mismo viento podía favorecer el vuelo o entorpecerlo hasta eventualmente hacerlo capotar. A pesar de esos pensamientos, nunca perdí la ilusión de cumplir ese deseo porque allí arriba realmente, sería libre en la inmensidad de la bóveda celeste, convertida en ángel con alas de tela.

Tanto era mi interés en ver estas máquinas voladoras de la Línea Aérea Nacional, que mi padre me regaló anteojos de larga vista. Esa ayuda aunque fantástica, me pareció poca y para tener mayor cercanía aún, con esos adminículos y mientras viví en el campo, nunca dejé de treparme al techo de la casona del fondo que servía de bodega, a observar el paso de esos grandes pequeños pájaros tripulados.

Una de estas naves tuvo que aterrizar en forma forzosa en un potrero colindante. Ese día corrí como nunca lo había hecho y grande fue mi alegría cuando pude ver al llegar al lugar, que el piloto estaba sano y salvo.

–¿Se siente bien?– le pregunté, con la voz jadeante. Y sin esperar respuesta, agregué –¿Va a volar nuevamente?–.

Me miró abriendo muchísimo los ojos al mismo tiempo que sonreía y levantaba sus cejas, respondiéndome: –De todas maneras, no dejaría de hacerlo por nada. Es mi trabajo. ¡Volar es mi vida!–.

No pude resistir el deseo de tocar aquella máquina y en el mismo instante que lo hice, supe que la única razón que movería mi existencia, sería la de llegar a convertirme en mujer piloto.

Me propuse primero aprender a volar en ellas y después en el futuro estaba segura que por mi empeño conseguiría pilotar grandes naves aéreas, quien sabe si lo podría hacer hasta en el extranjero.

¿Hasta dónde se extenderá el firmamento y tendrá límites? ¿Y si los tuviera, más allá estará la morada de Dios?, me preguntaba en ese entonces.

El cielo siempre me atrajo: por su inmensidad, por la facilidad que tiene de ofrecer cambios coloridos en su paisaje, por la forma de mostrarse oscurecido de nubarrones o perturbado por las tormentas con vientos huracanados que hacen volar techos y derribar árboles, con rayos y relámpagos que lo surcan con sus luces y ruidos atronadores.

Ese último invierno, justamente un rayo partió en dos a uno de nuestros inmensos y añosos robles dejándolo semiquemado en medio de la pradera.

Cuantas veces disfruté desde el atardecer, tendida en el pasto, esperando la llegada de la noche apacible, para contemplar ese mismo cielo en toda su belleza haciendo gala de sus joyas estelares y no levantarme de allí hasta que sonara la campana, avisando que la cena estaba servida.

Entonces elegí como mío el lucero de la tarde, el más brillante de todos. Mi madre contaba que le había dicho cuando pequeña, que yo volaría a buscar para regalarle ese diamante, como le llamaba ella, mientras lo miraba allá en lo alto.

Nuestros padres decidieron trasladarse en los inviernos a la capital para que nosotros sus hijos, continuáramos los estudios. Esta nueva residencia era mi gran oportunidad que no podía desaprovechar. Así es que en cuanto cumplí los dieciséis años, después de ver el ningún interés de mi padre de acceder a mis ruegos, recurrí al llanto y a la amenaza y le advertí que si no me dejaba cumplir mis deseos era capaz de suicidarme.

Mi madre preocupada ante esta obstinación, lo convenció para que me autorizara a ingresar a la escuela de aeronáutica, del Club Aéreo de Chile.

Mi instructor fue, nada menos que el francés César Copetta, que había sido el primer piloto que surcó los cielos chilenos. Este señor fue digno de ser felicitado en esa instancia, cuando nadie quería ser monitor de una mujer y menos cuando esta, era una campesina sureña.

Lo que ellos no sabían era que nosotros, en el campo, desde los catorce años manejábamos tractores y camionetas, por potreros o caminos casi intransitables.

Para expiar mi culpa confieso que mentí al ingreso de la escuela, diciendo que tenía cumplido veinte años de edad y pude hacerlo porque fui admitida sin que se me obligara a presentar ningún documento, porque entonces la palabra dada, valía por sí misma.

Luego continué mi adiestramiento en la Escuela de Aviación, de la Fuerza Aérea de Chile y allí obtuve mi primer diploma de vuelo llamado "Alas".

Me pareció que estos logros obtenidos, con harta resistencia generalmente larvada y muchas veces explícita del ambiente masculino, eran insuficientes para alcanzar mis objetivos.

Felizmente vino desde Inglaterra el llamado a los franceses y sus descendientes esparcidos por el mundo, que hacía el General Charles de Gaulle cuando estalló la II Guerra Mundial, para integrar el Ejército Libre de Francia.

Mi abuelo Duhalde era vasco-francés, de manera que yo tenía, además de la "sangre mapuche", la francesa, por tanto me correspondía enrolarme como legítima descendiente, inscripción que me apresuré a efectuar en el Consulado Francés acreditado en Chile.

El recuerdo que tengo de mi abuelo es que era un hombre corpulento de grandes bigotes y que le gustaba hacer canciones con sus relatos. Contaban que en esas épocas, había vecinos poco honrados que, por las noches, corrían los cercos limítrofes de nuestra propiedad en su provecho y al día siguiente, mi abuelo iba a caballo y frente a su casa y sin más en su propia cara, les cantaba a voz en cuello enrostrándoles en forma melodiosa su fechoría de la noche anterior, y aprovechaba también de decirles que le devolvieran el animal que se habían robado.

Para no entorpecer mi decisión y evitar preocupaciones inútiles, a mi familia no podía confesarle que me iba a la guerra, entonces simplemente, le dije que iría de instructora de vuelo a Canadá y esa vez sin ningún sentido de culpa, me embarqué en Valparaíso con destino a Liverpool.

La travesía fue de muchas zozobras, incluidos ataques con torpedos, pero ello no impidió que me hiciera de dos buenos y grandes amigos vascos, apellidados: Cotano e Ibarra. Ellos me regalonearon lavando y planchando mi ropa, cocinando buenos platos y nada más que porque yo, no sabía hacerlo. Por todas esas atenciones les toleré que me motejaran de Taruga, por considerarme además de inútil, porfiada.

Al llegar a Liverpool salimos librados del bombardeo aéreo que sufría el puerto, pero luego, en Londres me encarcelaron por parecer sospechosa de ser espía. Mientras las autoridades cotejaban mis antecedentes pasé encerrada por cinco días, comiendo muy mal y sin poder salir ni siquiera al parque que había en ese lugar y que me habría gustado recorrer, pero nunca paró la lluvia y además en esas circunstancias no contaba con ropa de recambio. Fue la única vez que me arrepentí de haber decidido ir tan lejos de casa.

Cuando me liberaron creí que iría de inmediato a desempeñarme como piloto, pero no fue así, ¡cómo los franceses iban a considerar a esta mujer que llegó allí sin darse cuenta que su nombre estaba equivocado, haciéndoles creer que era un hombre! Por esa razón o por castigo estimaron que lo más apropiado era mandarme a servir en una casa de reposo reparador para pilotos "veteranos", agotados o enfermos, que habían sido enviados allí desde las trincheras.

En esa casa me vi obligada a hacer lo que nunca había hecho en mi vida: camas, aseos y todo lo que corresponde a las labores domésticas, asignadas a la mujer. Nada más lejos de mis pretensiones que esta destinación que me obligaba a realizar aquellos menesteres y ¡qué podía esperar si apenas me hacía entender y solamente por señas!

Cuando mi paciencia casi se acababa y algo hablaba y comprendía el idioma, conseguí mi traslado a otra unidad inglesa y entonces tuve la oportunidad de trabajar en mecánica de aviones.

De ese tema no sabía nada pero me asignaron como alumna al mejor de los mecánicos de la base aérea y él me iba indicando lo que tenía que hacer con el fin de familiarizarme con las máquinas. Ello me obligó a practicar el idioma, a aprender el lenguaje técnico y la jerga náutica.

Después de ese adiestramiento por fin pude volar como yo deseaba en aviones de guerra contra los nazis, aportando mi trabajo como voluntaria combatiente en la Air Transport Auxiliary Association.

Nadie puede escapar de los temores, sobre todo a lo desconocido. Valiente no es el que no siente miedo, sino el que lo vence. No tenía otra opción que arremeter contra él.

Más de alguna vez pensé que me hallaba donde estaba, porque había sido castigada como el Titán Atlante, a quien Zeus por ser insurrecto lo obligó a llevar sobre sus hombros la bóveda celeste y yo pasaría dentro de ella por toda la eternidad, porque además de la rebeldía de no aceptar el papel que la sociedad le tenía impuesto a la mujer, mostraba un tesón, como ningún otro mortal.

Mis camaradas de esos tiempos de guerra de los cuales ya me había ganado su respeto, me conocían por el nombre "Chile", apodo que me complacía muchísimo y me ayudaba a seguir en esa lucha que la tomaba como mía.

Estaba suspendido el tráfico aéreo civil y si se encontraba en la ruta algún avión era de guerra, no era fácil saber a qué lado pertenecía, entonces nos embargaba mucho desasosiego pues estábamos bajo amenaza de los caza enemigos.

Se volaba a ciegas sin instrumental, con climas desfavorables, a veces con prolongadas turbulencias y siempre soportando hambre y un frío que llegaba hasta los huesos por estar a varios grados bajo cero.

En uno de mis muchísimos vuelos de traslado de aviones de fábrica a las zonas de conflicto, repentinamente, fui alcanzada por dos caza norteamericanos que se apostaron a ambos costados de mi avión. Como no alcancé a ver la identificación de las naves, mi reacción natural e impensada fue acelerar para huir, situación que hizo reaccionar a los aliados con nutridos disparos.

De inmediato antes que me invadiera el pánico, disminuí la velocidad y cuando ellos se acercaron, con la más fidedigna de las demostraciones femeninas, les envié con la punta de mis dedos entumecidos, sendos besos, seguidos de la más amplia de mis sonrisas.

Eso y más nos acontecía cumpliendo estas misiones tan riesgosas, transportar aviones de la fábrica a las zonas de guerra y volver de allí, convertida en la más fiel representante de la temeridad misma.

Nadie, salvo yo, se presentaba voluntariamente a pilotar esos aviones que, por estar ya en muy malas condiciones mecánicas, los rescataban para que después de desmantelarlos, lo que quedaba fuera dado de baja, como chatarra inservible.

Más tarde fui la única mujer sudamericana piloto en los comandos de aviones de transporte de Francia Libre y pude volar más de novecientos aviones de todo tipo, haciéndome una experta y así obtuve la licencia de piloto militar francés y luego el grado de Capitán de la Real Fuerza Aérea Británica, por desempeñar esas misiones de auxilio.

Toda la experiencia de guerra, que pudimos dejar los pilotos de ese tiempo, en el campo de la aviación, fue aprovechada en acelerar la evolución de

los medios aéreos para ser usados en fines pacíficos y en beneficio del progreso de la humanidad entera. Siento orgullo de haber contribuido a ello, desde mi arriesgado trabajo.

Al término del conflicto bélico seguí trabajando como Oficial de la Fuerza Aérea Francesa en Sudamérica y cumplí otras misiones en distintas partes del mundo, como en Marruecos, África.

Cuando llegué a Chile, supe que de los ochenta chilenos que fuimos a combatir a Europa, volvimos solamente cinco sobrevivientes.

En mi país seguí haciendo lo mío. Así fui la primera mujer comandante de un avión comercial chileno, creé una escuela de vuelo y presidí la asociación de mujeres pilotas llamada "Alas Andinas" y luego me mantuve en el servicio aéreo civil hasta no hace tanto.

Ahora no pensaba como antes, siempre sentí que cualquier día iba a convertirme en una Ícaro a quien, no el sol, sino el enemigo con sus fuegos, iba a derretir la cera de mis propias alas, derribándome. Por eso ni mis ochenta años de edad impidieron que siguiera volando, pero ahora, en cielos tranquilos, en forma deportiva. Y para demostrarme a mí misma que todavía era capaz de hacerlo, quise celebrar esa fecha con algo especial y me lancé en paracaídas, desde 3.660 metros de altura a tierras melipillanas de mi país.

En esa oportunidad, ni nunca antes, me importó que más de alguien se creyera con el derecho de tildarme de loca. Esas personas que no han experimentado la sensación del clímax que produce la caída libre, jamás conocerán el placer que ha sentido esta mujer temeraria, que por propia voluntad hace muchísimo tiempo decidió que jamás, aunque cumpliera muchos años, estos, la convertirían en una anciana anquilosada.

Obtuve quizás demasiados homenajes, condecoraciones y reconocimientos por los servicios prestados a mi país y también a países amigos. Recibí la Cruz del Mérito Aeronáutico de la Fuerza Aérea Chilena, la condecoración de la Corona Británica y además fui nombrada en el rango de Comendador de la Legión de Honor de Francia y mi reseña biográfica, libros de vuelo y algunos recuerdos fotográficos y muestras de mi carrera, se encuentran en el Ala Charles de Gaulle del Museo de Los Inválidos en Paris.

Todo eso que a muchos los llenaría de orgullo para mí no pasan de ser testimonios de circunstancias vividas. Aquello lo realicé con el vigor de la juventud y por cumplir lo que siempre deseé hacer.

Más allá del amor a mi familia, más allá del cariño que pude darle a mi hijo o del que pude haber sentido por los que fueron mis maridos, más allá de

servir a la aviación de Chile, de Francia o de la Corona Británica, más allá de la alegría de salir viva de mi experiencia de guerra, simplemente:

QUISE VOLAR

Primero los niños

Fervor samaritano

Antes un otro, que yo y la eventualidad de mis sueños

Mi espíritu nunca fue dado a esa clase de ceremonias, hubiera preferido algo más sencillo. Para qué tanto bombo y preparativos si todo podía hacerse sin mayor ostentación, evitando incurrir en gastos innecesarios. Mejor sería darles otro destino a esos recursos para cubrir tantas necesidades existentes en hospitales, preventorios y dispensarios.

Me costaba meterme en ese vestido que mi madre me regaló para que lo usara en esa ocasión y ante el poco entusiasmo que demostré cuando me pidió que fuésemos a la modista a elegir el atuendo más lindo y de la tela más fina, la excusa que me dio fue, que una niña que iba a cumplir con el juramento de

Hipócrates como la primera mujer que recibiría el título de Médico Cirujano, en la historia de la medicina chilena, debía lucir hermosa y elegante ante la mirada del país entero.

Mi preocupación no era la misma que motivaba a mi madre, mi propósito era que mi participación fuera la adecuada, sin ninguna duda ni error, que mi voz sonara firme de acuerdo a mis convicciones, que concordaban con el texto del juramento que solemnemente cumpliría.

Tal vez como mi estatura física no era muy elevada, con respecto a la mayoría de mis condiscípulos varones, mi alma puso lo suyo y me sentí engrandecida por la enorme responsabilidad que adquiriría en ese momento, de llevar sobre mi conciencia la de aplicar lo aprendido en el arte de evitar el padecimiento y obtener la mejoría de la persona enferma.

Muy pronto caí en la cuenta que antes de sanar era prioritario prevenir para mantener la buena salud del ser humano y superar el alto índice de mortalidad prematura que acusaban las estadísticas vigentes.

Y ahora cómo no recordar ese día, en que empezó todo, cuando iba ilusionada y ansiosa con mis tímidos quince años, a presentarme ante la implacable y seguramente prejuiciosa comisión de admisión de la Escuela de Medicina a la calle de San Francisco, que me esperaba en esa casa de estudios cuyo frontispicio ostentaba "La Lección de Anatomía", un bajo relieve del escultor chileno Nicanor Plaza.

Por primera vez postularía una mujer al ingreso de estudios superiores en esa escuela de la universidad. Era el más grande de los desafíos que enfrentaría ante las más altas autoridades de la Universidad de Chile: don Diego Barros Arana, don Abdón Cifuentes, don Rodulfo Amando Philippi, el rector don Ignacio Domeyco y además estaría presente la curiosidad de un público expectante y crítico.

Don Miguel Luis Amunátegui había sido el ministro y catedrático que abrió las puertas de la universidad para que las mujeres pudiésemos integrar sus aulas. En agradecimiento a él y para demostrar que no estaba equivocado, di un examen de excelencia.

No niego que al término de esa prueba me erguí orgullosa, cuando el tercer examinador puso sobre la mesa del estrado, la última bola roja y escuché al presidente de la comisión examinadora decir: –doña Eloísa Díaz Insunza ha sido calificada con el máximo de "tres coloradas" por votación unánime, por tanto queda admitida como estudiante en la Facultad de Medicina en nuestra universidad–.

Junto con la felicidad de obtener tan alta calificación sentí que la comisión examinadora me entregaba además, la responsabilidad de ser siempre una alumna aventajada hasta lograr ser doctora en Medicina.

Ya en la escuela, andando los días supe que el camino no sería fácil, cuando los alumnos de mi clase ni siquiera eran capaces de mirarme de frente, menos de dirigirme la palabra.

Ante el temor de ser rechazada nada más que por ser mujer, me propuse ser la mejor y la compañera más solidaria de la cátedra.

Esa primera impresión de la posible resistencia, se transformó pronto en la agradable certeza de contar con el aprecio de parte de aquellos hombres, cuando comprobaron que esta mujer que llegaba a invadir su exclusivo campo en la medicina, era una niña estudiosa con las ideas bien claras, cuyo trabajo estaría dirigido especialmente a la mujer parturienta y a la infancia desvalida.

En esos tiempos había mucho pudor y prejuicio de los padres y maridos para que sus hijas y sus señoras consultaran a un médico. Ahora habría más confianza de parte de los varones, porque iban a ser sus mujeres, auscultadas por una congénere que podía comprender sus propias y particulares dolencias y que ayudaría a superarlas en forma simple y de mejor manera.

Una vez al término de clases en que había disertado, mis compañeros y futuros doctores se formaron en dos hileras para que yo pasase por el centro mientras ellos aplaudían. Me había ganado su respeto y su aceptación antes de lo pensado. Esa y otras demostraciones de afecto hacia mi persona hacían feliz a mi madre, que muchas veces fue testigo presencial de ellas, cuando me acompañaba y tenía la paciencia de esperarme a la salida de la universidad.

Después, en la *Revista Médica de Chile* un grupo de estudiantes me dio la bienvenida, aun cuando se suponía que la mujer no podría tener la dedicación "sacerdotal" ni el nivel "intelectual" que se requería para ser médico y menos la fuerza y entrega que exige la atención al enfermo y la causa de la higiene pública.

Ante ese delicado gesto, repliqué: Se agradece y más aún, cuando *Vedado estaba a la mujer chilena franquear el umbral sagrado del augusto templo de las ciencias.*

Era sabido que eso era por ley y también por reprobación social. Por fin se había quebrado ese prejuicio absurdo y ahí me tenían instalada en ese lugar donde nadie me había llamado.

El primer día de clases de anatomía, también tuve aprensiones por las historias terroríficas que se contaban en los ámbitos médicos. Se decía que el anfiteatro anatómico de la escuela de medicina que todavía carecía de

ventilación, en sus comienzos no contaba con agua y ni siquiera con paños para limpiarse las manos, ni para que los alumnos pudieran realizar el aseo de las cubiertas de los mesones de disección y mucho menos una bayeta para trapear el suelo. Por eso gran número de jóvenes moría contagiado por falta de la necesaria profilaxis.

Los cadáveres destinados al estudio en que se practicaban las lecciones de anatomía se mantenían sin resguardo alguno, que si lo hubiesen tenido, a lo menos, habría retrasado un tanto su natural putrefacción. Los mismos estudiantes los subían o bajaban de la mesa de cubierta de mármol y los traían y llevaban al rincón más lejano del recinto, donde quedaban apilados en el piso, después de terminada la clase.

Para qué imaginar el olor nauseabundo que allí reinaría.

Detrás estaba el galpón de las pesebreras de las mulas y donde también se guardaba el carretón que trasladaba, tarde por la noche, a la fosa común del Cementerio General, los restos de los cuerpos de personas anónimas, que habían sido usados con fines pedagógicos.

Afortunadamente en el tiempo de mi ingreso, ya se había superado en parte esa tremenda negligencia, pero aún había mucho que hacer para elevar la inmunidad en los organismos, evitar la muerte de las parturientas, derrotar la desnutrición infantil y la enfermedad del siglo: la tuberculosis.

Lo más atractivo de este pabellón, era el muñeco de cartón-piedra, que había sido traído desde Europa y que representaba a un ser humano adulto y que podía descomponerse en piezas móviles que mostraban los distintos órganos internos del cuerpo.

En esa clase conocí el bazo, que equivale a la llamada "pajarilla" en los animales y tuve que reprimir las ganas de reír, pues me acordé de una de mis abuelas que se servía solo las galletas "obleas" cuando acompañaban a los helados porque, decía que no podía tomar nada frío y el té, el mate o la sopa, los exigía muy calientes, casi hirviendo, porque si no, "se le helaba la pajarilla".

Cuando pasamos por la primera experiencia de intervenir un cadáver real, algunos muchachos se desmayaron. A mí no me pasó nada y puedo recordarlo y decirlo sin ningún pudor, que tenía clara idea de que debíamos echar mano a toda nuestra fortaleza, porque era esa la que tendríamos que emplear en nuestro aprendizaje y más aun, en el futuro desempeño profesional.

En aquellas aulas, recibimos muchas enseñanzas y sabios consejos de nuestros maestros.

Ignacio Domeyko decía que:

...el estudio debía tomarse con amor y con la noble ambición de desarrollar las facultades intelectuales y elevar el carácter moral del que lo hace, por amor al estudio mismo y por el deseo de ilustrarse y ser útil a la humanidad.

En ese tiempo se decía que Fuerza y Materia era la expresión máxima de la Ciencia.

Era innegable, que la materia tenía la fuerza para regenerarse y de esa manifestación todos éramos partícipes, pero yo pensaba que al aplicar la ciencia de la medicina, no podía quedar fuera de nuestra relación médico-paciente el espíritu y las emociones que inspiran la nobleza y la compasión del trato del médico, que redunda en la confianza y la gratitud del enfermo.

Nos contaban como anécdota que el poeta y escritor alemán Friedrich von Schiller, decía que para unos la Ciencia era una vaca lechera a la que se le sacaba utilidades y para otros, una diosa y que para nosotros debía ser una diosa y por eso teníamos que buscar lo grandioso que hay en ella.

No había más que deducir que teníamos la obligación ética de hacer un verdadero apostolado de nuestra profesión. Eso quedó tan grabado en mi espíritu, que todo mi esfuerzo fue orientado a la ayuda médica social que podía brindarse a través de la práctica de la medicina en salud pública.

En una oportunidad fui llamada por la Prosperina que trabajaba por el día como lavandera en mi casa y también en otras casas de gente pudiente.

Ella salía a trabajar muy temprano de mañana y no paraba de enjabonar, con una buena barra de jabón marca "Gringo" toda la ropa usada en la semana por la familia de aquella casa. En seguida, la restregaba con la escobilla de rama de curagüilla y si la ropa estaba muy sucia debía hervirla en un fondo con agua jabonosa y después enjuagarla muy bien en la batea. Al último enjuague de la ropa blanca le agregaba una pequeña bolsita de gasa con una pasta "azul" para que quedara más blanca y antes de irse a su casa, dejarla colgada en tendederos de alambre, para que el sol y el aire, se encargaran de secarla.

La Prosperina regresaba, a última hora de la tarde con el cansancio acumulado de su vida y con algo de dinero para dar a sus chiquillos, la única merienda del día. Vivía sola con ellos, porque el zapatero remendón, padre de sus niños, mudó el taller que tenía en la esquina próxima y nunca más se le volvió a ver por esos lados.

Aquella tarde, esta mujer muy afligida, llegó a pedirme que fuese a ver al más pequeño de sus dos hijos que deliraba abrasado por la fiebre.

En su casa conocí la realidad de un "conventillo", que era una propiedad formada por un pasillo largo y estrecho con un murallón a un costado y muchas piezas alineadas al lado contrario. Ella ocupaba una de esas habitaciones y al entrar en la casi penumbra, pude ver en el suelo de tierra apisonada: dos sillas, una mesa y en esta un cabo de vela encendido sobre un plato roto, compartía un jergón con sus pequeños y en la pared de adobe algunas láminas coloridas recortadas de revistas antiguas, además de un par de clavos en que colgaba la escasa ropa y en el rincón más apartado un brasero donde se cocinaba y también algo calentaba el ambiente.

Al final del patio de esa vivienda comunitaria estaba el retrete y un pilón para uso de todos los que allí habitaban y por el medio del pasillo escurría el agua servida hasta la calle.

En el ejercicio profesional pude ver como nuestros niños amparados en la ley de educación pública primaria, gratuita y obligatoria, instaurada por el Gobierno a lo largo del país, recibían la instrucción que los sacaba del analfabetismo y la ignorancia.

Casi todos los niños asistían a la escuela descalzos, con sus pies enrojecidos por el frío, siempre muy peinados, con su cara lavada y malamente abrigados por una chaqueta raída que les quedaba grande, heredada tal vez del hermano mayor. Me sorprendía que jamás ellos faltaran a clases, aunque lloviera a torrentes, imperara un frío bajo cero o hiciese un calor infernal. La única causal que podía justificar su eventual ausencia era que ellos estuviesen enfermos.

Aquellos encuentros con la realidad de la pobreza, que ostentaba la Prosperina y tantos otros como ella, además de la responsabilidad de aquellos estudiantes, había puesto sobre mis hombros y mi conciencia el incentivo más poderoso para que no descansara hasta que con mis propios ingresos, instalé el primer comedor en una escuelita pública, al que llamé *Cantina Escolar* con el fin de recibir a los niños con desayuno gratuito y poder superar en algo, la desnutrición y convertir esas criaturas famélicas en escolares saludables.

Que gran satisfacción fue ver, cuando inauguré la *Cantina*, la expresión del rostro de esos niños desayunando leche caliente acompañada con su correspondiente ración de buen pan, recién horneado.

Pero no solamente ese desafío me propuse vencer. Me exigí a mí misma, la mayor eficiencia en el trabajo cotidiano y al dar ese ejemplo, logré que todos mis incondicionales colaboradores, alcanzaran un desempeño de excelencia.

Se necesitaba el apoyo económico y lo conseguimos, tanto del Estado como de instituciones filantrópicas que financiaron los proyectos, lo que nos

permitió dar toda nuestra ayuda a través de policlínicos para los niños pobres, abandonados o expósitos. Gracias a ello, también se crearon para estos chicos, colonias escolares veraniegas en las playas y se realizaron durante el año innumerables paseos al campo, para conocer y aprender a disfrutar de la naturaleza.

La primera reacción de ellos era permanecer por mucho rato inmóviles con los ojos y la boca muy abiertos ante la vista del océano y la segunda era de temor, que pronto se disipaba con la alegría de correr libres bajo el sol, de bañarse y jugar con las pequeñas olas y hacer figuras de arena.

En el campo su disfrute lo tenían cuando aprendían a montar a caballo o en burro, al cosechar frutas o al morder rebanadas de sandía tomadas a dos manos y escupiendo las pepas, en medio del plantío.

Estaba convencida que toda esta actividad redundaría, a la postre, en una mejor salud.

Cuando se creó la Oficina de Vacunación, para desarrollar la inmunidad masiva, este programa aunque se ofrecía en forma gratuita, sufrió la resistencia de la población vulnerable, la que no concurrió a recibir la dosis voluntariamente, porque su desconocimiento, le impedía entender que la inoculación de la toxina producía anticuerpos en la defensa del organismo y no su enfermedad como la gente creía.

Entonces se instruyó que el personal vacunador fuese a los establecimientos estudiantiles a realizar su trabajo en forma obligada.

Con este programa de prevención se inauguraron en la ciudad, además de dos baños privados y pagados, los baños públicos en la ribera del río Mapocho, debidamente cerrados con murallas de ladrillo y diferenciados para hombres y mujeres, lo que ayudó bastante a la campaña de higiene corporal de la población de la ciudad de Santiago.

Cuando se produjo la epidemia de tifus exantemático, para evitar que aumentara la mortalidad y no se siguiera propagando el contagio endémico, se llevó en camiones fiscales a la gente del pueblo a bañarse en masa, se les desinfectó y se les rasuró por completo el cabello y junto con quemar toda su ropa, se les proporcionó vestimentas nuevas y un certificado que acreditaba que había cumplido con la obligación de baño y desinfección preventiva.

Este "papel de baño" como le llamó la gente humilde, sería exigido para hacer trámites en las oficinas públicas y era indispensable para continuar desempeñándose en cualquier trabajo.

Con todo lo recorrido faltaba aún mucho por hacer y esos nuevos proyectos poco nos permitían el descanso, si queríamos hacerlos realidad.

La tesis de grado con que recibí mi título de médico-cirujano fue la que denominé:

Breves observaciones sobre la aparición de la pubertad en la mujer chilena y las predisposiciones patológicas del sexo.

Por ello lo primero que abordé fue el control preventivo de las adolescentes, la salud de las mujeres en general, el cuidado y asistencia de las madres parturientas y de acoger a los niños huérfanos.

Para realizar ese proyecto trabajé con un muy buen equipo y lo hicimos con ahínco, no solo en el Hospital San Borja, que era exclusivo para mujeres, sino también en la Sala Maternal de la Casa de Huérfanos de Santiago.

Conseguimos que bajara el índice de mortalidad de las parturientas aumentando el cuidado en la higiene tanto de las pacientes como del personal de salud que las atendía y por ende bajó el número de huérfanos, pero junto con este avance nos tuvimos que ocupar del aumento de bebés expósitos, pues las mujeres al ingreso para dar a luz, daban domicilios falsos y al salir de la maternidad depositaban a los recién nacidos en el "torno" de recepción que tenían las monjas en la Casa de Huérfanos.

En esas entidades recibí muchas satisfacciones por el trabajo de las incansables Monjas de la Caridad que, raudas cruzaban los pasillos de los recintos hospitalarios en sus quehaceres de enfermeras o administradoras sin paga. Esas religiosas usaban unas voluminosas tocas blancas almidonadas, a las que les llamaban *cornetas* por ser muy largas hacia delante, y como ellas no les permitían ver sino de frente y las obligaban a mantener cierta distancia con las demás personas, el interlocutor lo había de tener presente cuando necesitaba darles instrucciones o recibir sus informes.

También quise abrir consulta particular y para que se supiera que había una doctora especialista para atender mujeres, cuando fue oportuno, puse un anuncio en el diario *El Ferrocarril* en el que se leía:

Eloísa Díaz, Médico 1887, Servicio Privado, San Diego Nº 62.

Finalmente tuve que abocarme a trabajar en uno de todos esos campos que me inquietaban y gracias al interés que supe transmitir a muchos, se logró la instauración del Servicio de Sanidad Médico Escolar que incluía la atención dental, que contaba con la más moderna de las instalaciones y el equipo instrumental más avanzado.

Desde ahí pude servir por treinta años como Inspectora y Médica a nivel nacional en las escuelas públicas.

También se desarrollaron en colegios privados y en escuelas públicas planes de instrucción en que se incluían temas como Higiene, medio en que debe vivir necesariamente el ser humano y Puericultura y Nutrición, conocimientos con que debe contar toda mujer bien instruida para aplicarlos en el cuidado de sus hijos y en la buena formación de una familia alimentada sanamente.

Todas las actividades que conlleven supervisión, necesariamente se encuentran con resistencia de los que son inspeccionados y por ello me granjeé fama de ser la más exigente de las profesionales. Lo que era cierto, porque cuando no se cumplía con lo debido y encontraba alguna irregularidad sanitaria, muchos conocieron la parte fuerte de mi carácter que me obligaba a mostrar mi enojo, sin ningún tapujo.

Esa fama un tanto negativa, no impidió que recibiera reconocimientos por mi labor cuando fui invitada a participar en el Congreso Científico Internacional de Medicina e Higiene, efectuado en la ciudad de Buenos Aires, en Argentina, justamente para la celebración del Centenario de nuestra Independencia.

Salí de la ciudad con la inolvidable imagen de verla totalmente embanderada y embellecida por estar por primera vez iluminada con luz eléctrica. En la fachada de la casa que ocupaba el Club de Septiembre, había un letrero luminoso en que se leía:

A los Padres de la Patria, 1810-1910

por lo que arribé al otro lado de la cordillera de Los Andes, con el espíritu nacional enaltecido.

Jamás pasó por mi mente que en esa ocasión iba a ser elegida por las delegaciones masculinas asistentes, como *Mujer Ilustre de América Latina* e iban a dar como razones para hacer este homenaje, el destacar mi eficiencia y generosidad y considerarme una verdadera santa laica consagrada al servicio de los niños pobres.

Junto con ello enumeraron todos los programas de trabajo sin omitir ninguno, en los que había dejado mis desvelos.

Siempre estaré agradecida de la generosidad de mis colegas varones internacionales, por el reconocimiento público que hicieron a mi labor médica, también en esa oportunidad y del atronador aplauso de toda la concurrencia brindado allí a mi persona.

De ese encuentro volví con nuevos conocimientos y con la satisfacción de haber intercambiado valiosas experiencias profesionales. Entonces tomé el compromiso de superar mis metas y diseñar futuras propuestas y seguir sirviendo en mi profesión con el mismo fervor samaritano de siempre.

Las mujeres médicos habíamos recorrido mucho camino en competencia, desde las machis, las meicas, las comadronas, las componedoras de huesos, las yerbateras, las brujas, que eran las que, desde antiguo, campeaban en la lid del sanador.

Cada día se sabía de más avances importantes: en medicina, mejor diagnosis; en cirugía, el uso de instrumental más adecuado; la farmacopea, permitía prescribir nuevos y eficaces medicamentos y en salud pública, se dictaban cursos de medidas higiénicas con frecuencia y se cumplían periódicamente efectivas campañas de prevención, con buenos resultados.

Con certeza la ciencia será capaz, algún día no tan lejano, de erradicar las pandemias, la tisis y el tifus.

Aunque me sentía con fuerzas de seguir haciendo muchas cosas en bien de los demás, ya era hora de dejar en manos jóvenes las responsabilidades y los esfuerzos en pro de los éxitos en la medicina pública. Me acogí a jubilación y no me importó que mis ingresos disminuyeran por esa causa, porque pensé que mi vida futura sería menos comprometida, más tranquila y austera. Pero a la persona que ha llevado un continuo trabajo extenuante, no le es fácil ni conveniente interrumpirlo en forma abrupta y por otra parte, cómo negarse si se puede dar ayuda al que la solicita.

Mi apasionada compulsión por entregarme por entero al ejercicio de la medicina no me dejó tiempo más que para dar amor y auxilio al prójimo y creo que esa fue una de las excusas que tuve para no querer formar oportunamente una familia propia. Tampoco me hice de grandes amigos y como siempre tuve una vida acomodada con mis padres, fui pródiga en desprenderme de mis recursos para ayudar a muchos y jamás pensé en ahorrar un centavo para la vejez. Cómo hacerlo si cuando se es joven, tanto la vejez como la muerte se ven muy lejanas.

No me arrepiento de nada: ni de lo que hice o de lo que no pude hacer y estoy agradecida de lo que me correspondió vivir y no me perturba el espíritu, ni menos me golpea el orgullo esta vida humilde que llevo ahora.

Vivo con mi mente poblada de recuerdos tristes como cuando auscultaba algún tórax con costillitas demasiado hundidas o a flor de piel y también regocijantes, como aquellos ojitos risueños de los pequeños o la sensación

percibida por mis manos cuando acariciaba una cabecita de pelo hirsuto o unas manitos ásperas agrietadas por el frío y también cuando podía percibir esas miradas agradecidas de los adultos por las atenciones recibidas, que aliviaban o mejoraban sus males.

Es cierto que tendría un buen pasar en esta etapa de mi vida si hubiese escuchado a mi madre cuando me rogaba que no fuera tan generosa, que no le diera todo mi tiempo al trabajo, que descansara, que me distrajera de vez en cuando, que buscara marido para que antes de que ella muriese, le diera la alegría de ser abuela.

–Tú no te morirás nunca, porque tienes mi permanente cuidado– le decía.

Y ella riendo me respondía –¿Crees que quedaré para servir de semilla?–.

Si entonces hubiese tomado en cuenta alguna de esas peticiones de mi madre, tal vez ahora no me sentiría olvidada por todos y posiblemente tendría algún descendiente que me hiciera compañía en estos, los últimos años de mi vida.

Y si ahora tuviera nietos les podría contar que, desde muy chica, jugaba "al doctor" y como los anhelos y las aptitudes, casi siempre se manifiestan desde la niñez, en mi caso, esa sentencia se había cumplido.

Como niña era ilusa –decía mi madre– porque el título de doctor en esos tiempos, era otorgado únicamente a los hombres, que eran los que podían ir a la universidad a estudiar esa profesión y luego ejercer libremente la Medicina.

Nunca tomé en cuenta esa sentencia, así era que a mis muñecas de trapo, les ponía inyecciones con un clavo que hacía las veces de aguja hipodérmica y después con ese mismo "instrumento" –que la imaginación de niña transformaba en termómetro– les tomaba la temperatura bajo los brazos. También les ponía cataplasmas de barro en la barriga y con un cordelito amarrado a un pequeño tarro, al que usaba como lavativa, les aplicaba agua jabonosa para el estreñimiento.

Mi madre me dijo un día, que si seguía agujereando, ensuciando y mojando a las muñecas de trapo, no me regalaría otra, nunca más. Yo le respondí que eso era solucionable, si las próximas muñecas que me regalara, en vez de ser de trapo, fueran de carey.

Como ven, cuando uno está más avanzada en edad, vienen con mayor frecuencia los recuerdos de los años tiernos y no tan fácilmente lo que ha ocurrido recién y eso ya ha sido comprobado por la ciencia.

Unidas en la vida

Dolor, talento y cincel

En ti, materia, dejaré la esencia de mi sentimiento

Un día no pude evitar oír a un pariente decirle a otro cercano, que mi abuela materna Rosario Reyes ha sido siempre una mujer culta, risueña, aguda y divertida y el otro acotó: *No se cómo pudo seguir siendo alegre cuando lleva encima la tremenda desdicha de que a su hija, cuando dio a luz a Rebeca, le dio fiebre puerperal altísima y por eso se volvió enajenada mental, sin recuperación.*

Nunca comenté con nadie lo que había escuchado, menos con mi abuela. Ella fue la persona que con todo cariño me prodigó sus cuidados, me enseñó a amar lo hermoso, la cultura, las artes. Decía que lo bueno y lo bello acercaban al dios que está en la interioridad de uno mismo. También me contó alguna vez, que en la India, la gente al saludar a otro, junta sus manos y dice en su idioma: "Saludo al Dios que hay en ti", eso sí que poco me contó de los tiempos sanos de mi madre, por lo que puedo decir que no la conocí y tuve que crecer con su ausencia.

Mi padre llevó a vivir a su mujer, lejos de nosotros en otra de las casas de nuestra propiedad y se ocupó de que estuviera muy cómoda y bien atendida allí, por personas de su confianza y con el control frecuente de su doctor de cabecera. Muy pocas veces fui a visitarla, la recuerdo de cuerpo y rostro armoniosos, pues no podía hacer otra cosa que observarla cuando hablaba incoherencias sin reconocernos. Sentí que en cada visita recibía un maltrato espiritual profundo, imposible de superar y eso lo mantuve inconfesado hasta ahora.

Gracias a su fortaleza mi padre asumió esta situación y pudo manejar la enfermedad de ella de muy buena forma y fue capaz de abocarse de lleno a sus ocupaciones en su bufete de abogado, atender las demandas de que era objeto como empresario, educador y político y hasta de ocuparse por la tarde, que yo hubiese cumplido con los deberes de mis estudios de filosofía, historia e idiomas y de pedirme algunos días, después de la cena que mostrara mis progresos en las clases de piano.

Siempre me esmeré en cumplir con todo lo que me pedía, pero lo que él ni nadie nunca me exigió, fue lo que más me gustó hacer cuando pequeña: modelar figuras con el barro que se formaba cuando regaban el jardín, a sabiendas que ello me acarrearía reprimendas de la ama de la casa o de mi abuela, por ensuciar mi ropa y maltratar mis manos. En esos inicios, dejaba aquellas "obras" al sol para que se secaran, pero grande era mi frustración porque ese calor natural terminaba quebrajándolas y quien podía parar mi llanto, cuando ollitas, muñecos, perros, pollos o gatos hechos de barro moldeado, eran arrojados al tacho de la basura.

Esta querida abuela, abrió un salón en su casa de la calle Miraflores, donde se hacían encuentros sociales con las más connotadas y cultas personas de la sociedad santiaguina. Me siento orgullosa de haber sido admitida a participar en ellas, desde muy temprana edad.

Gané ese merecimiento gracias a mi padre que me inculcó el entusiasmo por la lectura de los clásicos latinos y que además me llevó de su mano a la

ópera, al teatro, a visitar museos y exposiciones de arte. Así también fui conociendo las distintas disciplinas artísticas. La que más llamó mi atención fue la escultura, especialmente la greco-romana y la de los clásicos renacentistas y gracias a esas motivaciones me propuse ser una creadora audaz.

Desde siempre me embargó una mezcla de angustia y pasión cuando enfrentaba un nuevo desafío, que no dejaba descansar mi mente ni mis manos hasta verlo completamente develado y convertido en realidad.

Cuando cumplí quince años de edad mi padre fue nombrado embajador de Chile en Francia. En un comienzo él pensó ir solo para no cambiar tan bruscamente mi vida y para que terminara mis estudios del colegio. Pero luego decidió llevarme con él, pues tomó en cuenta el hecho que yo había perdido toda la alegría desde la muerte de la abuela y tal vez no sería capaz de sufrir otra ausencia.

Como sabía de mis anhelos artíticos y me encontraba talentosa, fuimos primero a Roma, allí me matriculó en el taller del maestro Giulio Monteverde, donde aprendí el trato y vaciado del bronce.

Más tarde en Paris fui a la Academia Julian, especializada en la formación de mujeres artistas europeas y latinoamericanas.

El día en que visité la Exposición Universal de Artes e Industrias en Paris descubrí a Rodin y desde entonces su genio se quedó en mí, haciendo vibrar hasta la última de mis fibras artísticas, tanto, que quise llegar a emularlo algún día. Para eso me hice conocedora de su obra y al contemplar una y otra vez sus esculturas comprendí que su alma había alcanzado a traspasar la materia.

Desde entonces, con ansias tomé lo suyo como mi referente y junto con mi inspiración de mirada femenina, pondría en mis esculturas: esfuerzo, tesón, esmero y trabajo incansable.

Por esa razón el propósito en mis creaciones fue: al modelar la greda dejar lo más sublime de la belleza en su forma, al vaciar metales hacerlos parecer hasta sutiles si el fin así lo exigía y al desbastar la piedra o el mármol hacer salir de su interior la mejor expresión de aquello que había concebido en mi mente y como me consideré una "imprimidora" apasionada, mis esculturas tenían que hablar dando mi mensaje.

Una escultora hace arte por el arte mismo y porque nació para hacerlo. Pero siempre el ego es potente en todo artista y parece ser que no estoy exceptuada de esta afirmación, cuando me pregunté si en mi empeño, llegaría a obtener algún reconocimiento de la crítica especializada.

Inspirada en los mitos griegos hice en greda, tres vasos alegóricos en que cada uno lleva adosado un desnudo de mujer, cuyas formas interpretan la sustancia de esos elementos infaltables en la vida del hombre.

El primero fue dedicado a la Tierra, que cobija y nutre, con un desnudo representando a la amada de Apolo, Dafne la ninfa estilizada y bella que como no quiso responder a su amor, él la transformó en la planta del laurel y por ende, obligada a convertirse en amante de la tierra. El segundo, fue para el Agua, elemento indispensable para el hombre y para la fertilidad, con el desnudo que representa a Ceres la diosa de la agricultura, que lleva además, una gavilla de mies madura. Y el tercero fue una alegoría del Vino, que anima a los mortales, desde tiempos remotos mostrando el efecto que produce el jugo de la uva fermentada, dentro de un cuerpo femenino, festivo y voluptuoso.

Para agradecer todo lo recibido de mi padre Augusto Matte Pérez, moldeé y vacié en bronce un busto de él. Plasmado dejé en su rostro la más intensa expresión de fortaleza que era el sello de su personalidad, para que se conociera cuan grande hombre fue.

El "Dolor" lo empecé cuando falleció mi padre en 1913 y no pude terminarlo si no después de la muerte de mi madre, en 1922. Nunca antes me pasó algo semejante con ninguno de mis trabajos y no tengo explicación del por qué lo dejé abandonado inconcluso en un rincón de mi taller, todos esos años. Quizás fue por negar su ausencia y al retomar el trabajo fui dejando en esa "pieza", el llanto silencioso de mi pena. No heredé la grandeza de alma de mi padre, ni tampoco su vigor para soportar las pérdidas, por eso el sufrimiento de su partida permanecerá incrustado en mí, mientras yo exista.

He pasado gran parte de mi vida en el taller, tratando de dejar este dolor en las calizas, porque creo que la piedra es el símbolo del ser por su unidad y su fuerza.

Todo intento hasta aquí ha sido en vano, el dolor perdura, pero seguiré pensando que con los golpes de martillo que doy al cincel, terminaré algún día con él, haciéndolo volar junto con el polvillo de la piedra herida. De cierta manera me conforma tener el convencimiento de que la energía y el mensaje que dejo en ello, serán captados por todo aquel que sepa mirar con su espíritu y pueda así descubrir la verdadera intención que lleva junto con su valor, mi trabajo.

Todos se asombran de verme tan obsesionada en mis tareas que me obliga a permanecer, dicen, en el frío ambiente de mármoles y piedras. Pero yo con

mi pasión por mi quehacer, hago que esos materiales al cobrar vida, los sienta livianos y cálidos, entre mis manos.

Tuve el honor de ser nombrada como la primera mujer latinoamericana Miembro de la Academia de Arte y Diseño de Florencia fundada en el siglo XVI, por el Duque Cosme de Medici, de la cual Miguel Ángel fue primer miembro entre los que la conformaron.

Al inicio del siglo XX, fui también la primera mujer chilena que expuso su trabajo escultórico en el Salón de París y obtuve Mención Honrosa con "Militza" y "Eco" y en 1901 en la Exposición Internacional de Búfalo, Estados Unidos de Norteamérica, gané Medalla de Bronce como única premiada, con estas mismas obras. En cualquier lugar donde se produjera eco ahí estaba yo desde pequeña jugando a cantar, para que la última sílaba de esa melodía, la reprodujera ese "ser" invisible que me escuchaba. Esa reminiscencia me inspiró "Eco" y quise dejar mi alegría infantil en el rostro de esa joven de cuerpo desnudo que en cuclillas, apoyando su mano derecha en una roca, espera escuchar mejor la respuesta del eco.

Para mi trabajo "Horacio" el poeta latino, ejemplo de equilibrio y mesura para sus contemporáneos, lo imaginé sentado con arrogante elegancia y compostura, envuelto en su toga, llamando a la humanidad al orden con su brazo derecho estirado y con su dedo indicando con firmeza el suelo donde estamos, como diciendo, que es aquí y ahora, donde debemos controlar nuestros vicios y desarrollar nuestras virtudes y así lo dejé en el bronce, como ese magnífico hombre inteligente, que acusa en su rostro plagado de surcos, la sabiduría que da la lucha, el aprendizaje y la experiencia de lo vivido.

En Chile el amor me rondaba convertido en Pedro Felipe Iñiguez Larraín. Como quise saber de ternuras me casé con él. No supe ser feliz pero Dios se compadeció de mí y me mandó a María Eleonora, mi única hija, a quien siempre llamé Lily. Toda la familia concordó en que Lily se me parecía. No era así, ella era hermosa y de alto espíritu que se mostraba a través de sus ojos y de su prestancia natural. Debo agradecer al Altísimo que me dio la misión de ser su madre colmándome de amor para brindarle y también me regaló la gracia de recibir de ella cariño a raudales.

Creo que Lily era un alma vieja y que por ello vino a cumplir el poco tiempo que le restaba en su ciclo evolutivo de este plano. Por suerte las musas me favorecieron con gran inspiración, cuando avalada por mi amor, la inmortalicé para esta tierra, sacando del mejor trozo de mármol que escogí con particular interés, la expresión dulce de su rostro y la actitud serena, que siempre caracterizó a mi niña.

Llegan peticiones del Gobierno de Chile y de algunos otros para realizar obras alegóricas que por cierto hice y en las que traté de poner todo mi talento, las técnicas y las experiencias adquiridas.

Se decía entonces, que Rebeca Matte Bello, había alcanzado su madurez artística y Chile se enorgullecía de tener una gran artista. Decires demasiado halagüeños para una mujer.

Así fueron naciendo de mi mente y de mis manos: "La guerra", conjunto monumental alegórico, que fue instalado en los jardines del Palacio de la Paz de La Haya.

El "Monumento a los Héroes de La Concepción" en homenaje a los niños-héroes chilenos inmolados en la sierra peruana, los días 9 y 10 de julio de 1882, que fue erigida en la Alameda de las Delicias, en la ciudad de Santiago de Chile. Encerrada en mi taller de Florencia trabajé en él, conmovida hasta los huesos, pues eran los tiempos de guerra en Europa, en que los soldados italianos caían por miles en los frentes de combate.

Inmersa en la vida de Santa Teresa de Ávila, la incansable carmelita española, esculpí la obra que denominé "Éxtasis", busto en que destaco la expresión mística del rostro. A esta santa la concebí con sus manos unidas en actitud de rezo, algo más abajo de su mentón, con su mirada vuelta al cielo en fervorosa súplica. También pensé que eventualmente en aquel momento levitaba.

Tantas otras obras que salieron de la fiebre incansable de mi creatividad y todo lo hice con la ilusión de encontrar el verdadero sentido de la vida, del mundo, del cosmos.

Puse mi amor en los míos. Di toda mi fuerza, voluntad y empeño en las faenas, para disipar dudas, angustias y miedos o para que la fragua y los crisoles quemaran lo viejos fantasmas que no dejaban de acosarme. Confié en que esculpir, desbastar, moldear, vaciar, bruñir, tallar, pulir, sanarían esta mirada doliente. No pudo ser así.

Cuando creí que había conciliado en mi interior el ardor de escultora, con la paz de mi espíritu, me enteré que aún el destino había elegido que recorriera el camino más áspero de mi vida. A mi hija, que florecía en juventud, le había contagiado la tisis, que yo padecía.

Buscando con desesperación una cura para este mal, me fui con ella a un sanatorio de Suiza donde se encontraba el mejor lugar del mundo que ofrecía la pureza del aire de sus montañas, lo más avanzado en medicina y los mejores especialistas, para tratar esta maldita enfermedad.

A pesar de esas nefastas circunstancias y como tenía que cumplir mis compromisos de trabajo, entré en un verdadero vértigo que me impulsó en un ir y venir frenético, entre Florencia y el Sanatorio Leysin, para brindarle a ese mi ser más querido, toda la compañía que me era posible.

Ese tiempo, fue de provecho para unirnos más y establecer la más bella relación que puede darse entre una madre amante y una hija de alma pura.

Traté de no demostrar mi aflicción y Lily nunca confesó que intuía que esa desgraciada dolencia la estaba llevando a la muerte y sin decirlo empleó esos años para prepararse y cuando le correspondió abandonar ese cuerpo sufriente, lo hizo serena y silenciosamente.

No recuerdo haber trabajado con más rigor, pesadumbre, determinación y deseo de acabar pronto el monumento que Chile le donaría a Brasil con motivo de las celebraciones de la independencia de ese país. Esta alegoría la intitulé "Ícaro y Dédalo, Unidos en la Gloria y en la Muerte", basado en el mito griego en que Dédalo acompaña a su hijo Ícaro muerto, que por volar tan alto, el sol derritió la cera con que estaban pegadas sus alas.

Suelen darse estas paradojas.

Con su partida Lily nos dejó, además de su maravilloso recuerdo, su Diario de Vida que lo publiqué en Milán y quise crear algo importante en ayuda del prójimo, en su memoria. Así nació entre otras obras de beneficencia, la "Fundación Los Nidos" para acoger a niñas desamparadas y formarlas, para ser devueltas a la sociedad, como mujeres de bien, el día de mañana.

Dejé a Lily cubierta por nuestra tierra junto a mis seres más amados: mi abuela y mi padre y regresé a Europa con el propósito de seguir una senda diferente. Esta pena profunda como un manantial apagó mi furor y también mi creatividad obligándome a abandonar el martillo y el cincel para siempre. Ahora trataré de acercarme a la eternidad a través de la prosa y el verso.

Si decido cambiar de parecer, recorreré quizás otra huella novedosa y así seguiré innovando hasta que el cansancio me obligue o encuentre la quietud que necesito.

No está, por el momento, en mis pensamientos el regreso a Chile. Volveré cuando sienta en mi pecho, su llamada.

Creo que en esta frase resumo mi vida.

Sufrirlo todo para amarlo todo.

Lo más importante es ser lo que se es

Flor de fuego

Quien es feliz de vivir puede pasar
Del andar al baile y del hablar al canto

Si mi madre hubiera sido adivina, me habría enseñado a hacer las empanadas de horno que ella hacía, aquellas que cobraron tanta fama que fueron las preferidas de la zona. Ese verdadero manjar tenía, la masa más delicada y el "pino" de relleno, compuesto de cebolla y carne picada, aliñado con huevos duros, aceitunas negras y pasas remojadas.

Como yo desde pequeña he sido interesada en todo y la acompañaba hasta en la cocina, ya adulta y muy lejos de casa, la necesidad hizo que me diera cuenta que había aprendido todo el proceso, solo mirando. Mi madre nunca

quiso que yo cocinara, porque decía que mi deber era ocuparme de estudiar y agregaba que con un título bajo el brazo, podría salir de la vida modesta que llevábamos.

Aún recuerdo el olor a humo y el apetitoso aroma que despedía el hornito de barro aledaño a nuestra casa, cuando estaba repleto de los amasijos que ella había puesto a cocer.

Pronto se llenaba el aire con el cotorreo de las vecinas cuando iban a buscar las *calduítas* recién horneadas, llamadas así porque al morderlas el jugo del pino, casi como verdadero caldo, corría por el brazo hasta el codo, cosa que cuando ocurría, era costumbre celebrarlo entre la gente de campo.

Por esa vía entraban algunos pesos adicionales que ayudaban a llevar los gastos de la casa. Eso pasaba los días domingo porque el resto de la semana, yo iba a la escuela y mi madre a realizar los trabajos domésticos en casa de la maestra y por las tardes en invierno, al reencontrarnos compartíamos la merienda: ella un mate de hierba y yo un ulpo con leche y pan amasado calientito, mientras esta mujer maravillosa me contaba anécdotas que despertaban mi imaginación y allegaban conocimientos a mi mente de niña.

Recuerdo la de un abuelo mapuche que en una oportunidad que pasaba a caballo frente a una casona, vio a un futre que estaba atrapado de una mano en el portón. Sin decir una palabra, el abuelo se arrimó al afligido hombre y sin apearse, desde el mismo caballo, destrabó la puerta y le soltó la mano y tal como se acercó, sin hablar ni mirarlo, siguió camino abajo a buen tranco de la bestia.

Luego de deglutir lo que estaba comiendo, mi madre, con cara de asombro agregaba que el beneficiado había sido nada menos que un importante señor de la capital: –¡el poeta Eusebio Lillo, el autor de la letra de la Canción Nacional de Chile!–.

Ese mismo himno cantábamos todos los lunes en la escuela, mientras se izaba con lentitud la bandera nacional, de manera que llegara al tope del mástil junto con el último acorde de la canción patria. Así se iniciaba la semana estudiantil con honores al país, en todas nuestras escuelas y el ramo de la primera hora de clases de ese día, era siempre historia de Chile.

También tengo presente aquella otra tarde en que mi madre incansable, se dedicaba a terminar los últimos detalles del día y cuando por fin vino a sentarse a mi lado, donde yo cumplía con mis deberes escolares, me sorprendió entregándome una preciosa muñeca tejida a palillos en lana, con el pelo trenzado, con ojos de botón, boca bordada en hilo rojo y vestida de percal floreado.

Acababa de darle las últimas puntadas, pues la había hecho para mí, con sus propias manos. Más tarde donde quiera que fuese, la llevé conmigo y aún la conservo.

Otra vez me contó del porqué la perdiz tiene la cola mocha y no puede posarse en rama de árbol alguno. Porque de tan gorda que estaba, no podía alzar el vuelo y para alivianarse se cortó la cola y al intentar volar de nuevo, lo hizo tan bajo que asustó a la mula que pasaba por allí. Por su parte la mula que era demasiado asustadiza al encabritarse, botó justo sobre un charco, a la Virgen Madre y al Niño Dios, que los transportaba sobre su grupa.

Desde entonces esos animales por irresponsables y haber provocado esa bochornosa situación: la perdiz siguió gorda, de cola mocha y volando bajo y la mula quedó estéril, como una piedra para siempre.

Cuando llovía y hacía frío asábamos piñones o castañas en el rescoldo para comerlos con miel y tostábamos higos en la cayana, para luego remojarlos en agua hirviendo, colarlos y beberlo bien caliente, como un verdadero café, pero antes de hacer todo eso y si el canasto de la leña estaba vacío, nos cubríamos con sendos ponchos y gorros maulinos y metíamos nuestros zapatos en la parte de cuero de los zuecos de madera, para salir al barro y atravesar hasta el cobertizo a partir troncos y luego acarrearlos para seguir alimentando el fuego que mantenía temperado el ambiente, hasta la hora de dormir.

En esas ocasiones echaba de menos a mi padre al que vi hacer esos trabajos pesados y luego entraba a casa mostrando en su rostro la fatiga del trabajo del día.

Mientras él se lavaba las manos para ir a la mesa, mi madre le servía, de la olla de hierro esa de tres patas asentada en el fuego, un par de cucharones que llenaban el cuenco de greda hasta el borde. El plato consistía en un contundente caldo aderezado con cebolla frita en manteca de cerdo, con sal y ají secado al humo, llamado *cacho´e cabra* por su tamaño y forma y luego en ese brebaje se daba cocción a papas y criadillas.

Por mi madre supe mucho después, que las criadillas son el doble apéndice reproductor del toro y que al extirpárselas, el animal queda convertido en el paciente buey de trabajo.

Este condumio preparado con las "escritas", que así también llamaban a las criadillas en jerga culinaria popular, era conocido entre los hombres de campo, como "criaturero". Existía el mito que decía, que al hombre que lo comía, lo convertía en "gallo", porque le renovaba el vigor viril.

Mi padre se merecía todas esas atenciones y más, decía mi madre, pues

fue un muy buen marido y también buen padre. Un hombre que heredó la fuerza de su raza mapuche, aquel guerrero fiero que luchó contra los *huincas*, los extranjeros incas y españoles que se atrevieron en tiempos lejanos, a invadir nuestros suelos.

Después de las cosechas en los tiempos en que mi padre tenía menos trabajo, me tomaba de la mano y salíamos a caminar a campo traviesa. Él decía: "Aquel que se siente feliz de la vida, puede pasar del caminar al baile y del hablar al canto". Mi padre sin tener más estudios que los básicos, fue un hombre sabio, con esa sabiduría que da la experiencia teniendo inteligencia innata.

De él aprendí a observar lo maravillosa que era la naturaleza que nos rodeaba, a conocer las plantas silvestres medicinales a las que se les pedía permiso para cortar sus hojas, a oír el murmullo de las aguas y el cantar de las aves, a reconocerlas por sus trinos e imitarlas con mi voz, como también a saber escuchar los silencios que permiten el encuentro de los espíritus que se complementan, como les ocurría a los nuestros.

En tiempos estivales por largo rato antes de ir a dormir nos sentábamos fuera, en el corredor de la casa y acariciados por la brisa, contemplábamos la Vía Láctea o en noches de plenilunio sin molestar a nadie, pues nuestra casa estaba a buena distancia de la del vecino, mi taita punteaba la guitarra y cantábamos a todo pulmón y con sentimiento. Con el corazón, el *piuque* como le decía a él su padre, que también cantaba.

De esas tierras campesinas ribereñas soy. Nací en el pueblo de Iloca, que en lengua mapudungún significa "comer carne", porque allí, hace mucho, los guerreros mapuches aucas, practicaron la antropofagia engullendo el corazón del enemigo vencido. Se creía que en esa ingesta ellos obtenían de esos hombres, la valía y ferocidad que habían mostrado en la lucha.

De mi estirpe heredé la paciencia y laboriosidad de mi madre y de mi padre junto con su sangre su apellido mapuche Quitral, que en español significa fuego, ese mismo fuego, que he llevado y llevaré en mi alma, mientras viva.

Así pasé mi primera juventud junto a los seres que me dieron la vida.

Al cumplir mis dieciséis años sabíamos que tenía que ir a la ciudad si es que deseaba seguir estudiando, lo que para mi madre era un problema sin solución, pues no contaba con los recursos económicos para que ello fuera realidad.

En los últimos años la maestra había descubierto que me destacaba en el coro de la escuela y me había puesto como solista de la primera voz. Fue entonces que ese verano mi madre me llevó, a pedido de la directora, a la casa de ella para que cantara en la fiesta en que se celebraba su cumpleaños.

Jamás fui tímida a la hora de cantar y esa vez lo hice simplemente como si estuviera en el patio de la escuela o en el campo con mi padre, sin sospechar que ahí se solucionaría el problema que no dejaba dormir a mi madre. Entre los invitados estaba el santiaguino don Alfredo Avaria, connotado dentista y melómano que había venido desde la capital, de vacaciones a mi pueblo.

Ese día, después que la concurrencia me escuchara y aplaudiera con entusiasmo, nuestra vida cambió en forma absoluta a diferencia del revés sufrido anteriormente, cuando quedamos solas por la prematura muerte de mi padre y mi madre hubo de salir a trabajar fuera de casa.

Ahora la decisión de ella fue terminante y nos trasladamos a la capital ante lo que el señor Avaria le había dicho: "...que el talento de su hija no puede perderse... que estoy dispuesto a ayudarlas en todo lo necesario para que ella se eduque y cultive su voz y sea una profesional del canto".

Llegamos a la casa del dentista, acabando el verano, mi madre a trabajar en labores domésticas y yo con el compromiso de estudiar.

¡Qué pretensión más ambiciosa! Pero es válido que cualquier persona con talento la tenga y si se le presenta la oportunidad y sabe aprovecharla, podrá alcanzar la meta propuesta.

Ya instaladas en Santiago el primer paso que dio el dentista, fue que me escuchara cantar su paciente y amigo, el empresario teatral don Ignacio Benítez para obtener su opinión sobre mis dotes y con su ayuda iniciar mi formación con todo lo que fuera indispensable para convertirme en una futura cantante lírica profesional. Por ello una tarde me llevó a su consulta para que su paciente me escuchara sin verme. El señor Benítez quedó tan impresionado de la belleza y potencia vocal que mostré, que se comprometió con su amigo a pulir esta flor agreste.

En la capital todo fue sorprendente: la ciudad con sus calles principales de calzadas adoquinadas que brillaban por la noche con la profusa iluminación, los tranvías, la gente, las mujeres con sombreros, manos enguantadas y zapatos puntiagudos de tacos altos.

¡Cómo sufrirían sus pies! Luego supe que esas señoras soportaban esa tortura, con tal de andar a la moda y ser consideradas elegantes.

Junto con ir al colegio, para continuar mi enseñanza, fui a clases privadas de canto con la maestra Emma Ortiz y luego con algún conocimiento de técnica y vocalización concurrí a la audición del Conservatorio Nacional de Música, para ser admitida como estudiante de canto. Pasé la prueba con mucho nerviosismo. Fue tal el entusiasmo que desperté en mis "padrinos" que

también me inscribieron en clases de piano con la profesora María Elena Blum y en clases de teoría y solfeo con el maestro Pizzi.

Fue un aprendizaje potente y duro el que tuve para lograr estar a la altura de las exigencias de mis maestros que confiaron en mí. Muchas veces lo pagué con sudor y lágrimas, pero con empeño personal y la dedicación de muchas horas al repaso de lo aprendido, logré superar todas las dificultades y fui avanzando con más confianza y rapidez que la esperada por ellos.

Cuando una persona está imbuida en lo que se ha comprometido, el tiempo pareciera detenerse y así sin darme cuenta a los veintiún años estuve preparada para debutar en el Teatro Central en una presentación organizada por el Club de Señoras, que estaba formada por la flor y nata de las mujeres de la alta sociedad chilena, que tenía entre otras actividades de beneficencia, también el compromiso de ayudar a sus demás congéneres a salir de sus casas y les daban charlas culturales y las incitaban a independizarse de la sobreprotección de sus maridos o de sus padres y a tomar decisiones por sí mismas.

También capacitaban a la mujer humilde para que se ganara su propio sustento o el de su familia y con ello también un lugar en la sociedad, aun cuando las convicciones en esos tiempos, con respecto al rol que debía cumplir toda mujer, estaban centradas solamente en el desempeño de ella en el entorno de su hogar y en la crianza de sus hijos.

Yo había salido del entorno de mi hogar, me había ganado un espacio por mí misma en la sociedad, ahora el nombre de María Georgina Quitral Espinoza, con el que fui inscrita en el Registro Civil, fue reemplazado por el artístico de Rayen Quitral en la lengua de mi padre, que en español significa flor de fuego. Desde entonces en mis presentaciones, me engalanaba con atuendos araucanos y ceñía mi frente con un *Trarilonco*, un cintillo de colgantes, y lucía con orgullo en mi pecho el *Trapelacucha*, un importante pectoral, que simboliza la potencial maternidad y el amamantar de las mujeres. Todas esas joyas de plata eran de diseño y manufactura de artesanos mapuches.

Después de mi debut fui invitada a dar un concierto de piano a Buenos Aires, la capital de Argentina y también allí grabé dos discos. Volví tan entusiasmada con esos éxitos que, desgraciadamente no pensé más que en buscar la mejor senda para seguir ganando dinero y acepté todas las ofertas de trabajo posibles: intervenciones en Radio Nacional del Perú y conciertos en Lima y en mi patria, conciertos en la ciudad de Viña del Mar y en la capital. Me sentí más que orgullosa, porque creo que nadie más ni siquiera lo ha intentado, cuando canté una vez, sin micrófono, en el Estadio Nacional de Santiago y

seguí cumpliendo los compromisos artísticos con numerosas giras al sur de Chile, en que fui ovacionada por el público que reconocía mi talento y con ello se fue agrandando mi ego.

Una magnífica ocasión se me dio cuando el músico y director de orquesta austriaco Erick Kleiber propuso mi nombre para que interpretara el rol de la "Reina de la Noche", en la ópera *Lulú o La Flauta Mágica*. Lo hice dominando la perfecta musicalidad impuesta en su obra para la cuerda tiple, por el genial compositor austriaco Wolfgan Amadeus Mozart. Fue en el Teatro Colón de Buenos Aires y como la historia se desarrolla en Egipto, el vestuario creado para los cantantes, fue espectacular, tanto, que el mío era azul-celeste lleno de estrellas que brillaban dando el máximo realce a esta, la reina de la noche.

¡Que sensación inolvidable y nunca más repetida!, aquella del momento en que alcancé con la potencia de mi voz, la más alta nota que exigía la obra, sentí como si una invasión de millones de hormigas recorrieran enteramente mi cuerpo, desde mis pies hasta erizar los pelos de mi coronilla, mientras mi corazón pretendía salirse por mi escote.

Después de finalizado el espectáculo y de escuchar los interminables aplausos del público que llenaba el teatro y de las celebraciones con mis compañeros en el mejor restaurante de la ciudad, esa noche, no pude dormir por estar plena de felicidad y orgullo por lo que fui capaz de hacer sobre el escenario.

En el Teatro Municipal de Santiago de Chile canté *Lucía de Lammermoor*, una obra reconocida por los críticos como la más rica melódicamente, del prolífero autor italiano Cayetano Donizetti, que compuso nada menos que sesenta y cinco óperas. También tuve el privilegio de presentarme en Inglaterra en el Opera House Covert Garden de Londres, cantando en inglés y también lo hice en alemán.

Esos triunfos terminaron por hacerme creer que era una verdadera diva de la ópera y mi ego me dijo que si había podido hacer esos roles de importante y alta exigencia para una cantante lírica, ya era capaz de enfrentar y salvar hasta el más grande de los desafíos, en cualquier escenario del mundo.

¡Qué inmadurez, haberlo escuchado! El éxito no me permitió tener conciencia de cuan ilusa fui.

Cuando Claudio Arrau, el pianista chileno de fama mundial, que había estudiado desde pequeño, con grandes maestros en Alemania, me escuchó cantar, quiso ser mi mentor y me acogió en su casa, donde teníamos largas horas de estudio. Él mismo practicaba su técnica siempre y en forma rigurosa

ocho horas diarias, tuviera o no alguna presentación *ad portas*. Pronto quedaría en evidencia que no seguí su ejemplo.

Arrau con su generosidad, consiguió que yo cantara en uno de los más importantes teatros del mundo: el Metropolitan Opera House de Nueva York. Mi soberbia me impidió darme cuenta que me faltaba oficio, experiencia y mayor ejercicio práctico, además de manejo escénico y fue notorio que no estaba suficientemente preparada y quedó demostrada mi falta de pulimento para participar en estos grandes espectáculos líricos mundiales.

Reconocí mi gran fracaso y no tuve el valor de seguir recibiendo la protección del señor Arrau, quien no pudo ocultar su desilusión a causa de mis incapacidades y que además, lo defraudara, dejándolo en tan mal pie ante la selecta sociedad musical del mundo, de la cual se había ganado sobrado respeto.

Para salir de esa ingrata situación me propuse tomar clases nuevamente, pero no tenía como financiarlas, ahí eché mano al recuerdo de mi infancia y me puse a hacer las empanadas que había aprendido de mi madre y también a leer el porvenir en las cartas del ancestral Tarot, que me había interesado siempre para practicarlo solo como entretención.

El fuego heredado que aún alumbraba mi alma, ayudó a dar de mí lo mejor en estos nuevos estudios. Así gané el primer premio del Conservatorio de Música de Bonn. Desafortunadamente este galardón no tuvo eco en el medio y faltó el apoyo y las oportunidades para conseguir algún papel en los círculos del *bel canto*, lo que produjo mi debacle económica, sin otra opción que iniciar la vuelta a casa.

En esos tiempos las comunicaciones no eran fáciles y yo era una perfecta desconocida en mi país, por tanto nadie me esperaba al regreso.

Después de figurar como estrella de la ópera en las carteleras de los más importantes teatros, de las más grandes ciudades europeas, no podía quedar tranquila con esta situación y con parte del escaso dinero que traía pagué un aviso destacado en el diario de mayor circulación de Santiago, que decía:

> *La gran soprano araucana Rayen Quitral está de regreso en el país después de hacer gran carrera en Europa.*

Esta inserción en la prensa no produjo el efecto que esperaba y cuando pensé que mi vida artística se había terminado, a mi vida emocional llegó el amor que hizo revivir el entusiasmo perdido y así reinicié mi carrera con mucha fuerza en mi patria y también en el extranjero.

Hay luces que se apagan en forma inesperada y la desazón que se produce es demoledora. Eso me ocurrió a mí en esta nueva empresa, en la que había puesto toda mi esperanza de lograr nuevamente el éxito y así fue con la confianza y el apoyo en el trabajo que me brindó mi marido.

Él me había acompañado y se había preocupado que las cosas fueran fáciles para mí, pero al volver de exitosas giras por los Estados Unidos de Norteamérica, un día cualquiera desapareció con todo el dinero recaudado.

Yo, la humilde provinciana incauta sentí que pagué el más alto precio por mis pretensiones, al venir a la capital de mi país y haber conquistado otras grandes ciudades del mundo, brillando como una estrella.

La vida continuó con la música que seguía siendo mi pasión, no quise echarme a morir y vinieron otras instancias sorprendentes e interesantes. Ahora podía ejercer la docencia musical en liceos y en escuelas industriales. Ello ha fortificado mi vida al alternar con jóvenes dispuestos a estudiar y a obtener resultados exitosos.

Formé y dirigí coros en el Open Door y en el Sanatorio El Peral, esas instituciones hospitalarias creadas para acoger a enfermos psiquiátricos. Nadie puede imaginar, si no ha pasado por esa experiencia, lo gratificante que es para una persona poder motivar a esos seres enajenados a trabajar sus voces, a disfrutar del canto y que además esa actividad sirva de gran ayuda en la terapia y en el avance de su posible rehabilitación.

En esas actividades continuaré mis días, sin ocultar jamás el orgullo de mi estirpe, tampoco el de mis éxitos pasados y menos de lo bien que me siento en este laudable trabajo.

Iría con gusto al lugar que me invitasen a realizarlo y aceptaría seguir siendo maestra de canto por siempre y de quienes quisieran ser mis alumnos, aun cuando tuviese que impartir mis enseñanzas *ad honorem*.

Así era cuando me conoció Chocho

Entre fusas y corcheas

Dios lo hizo

Casi ni discutía con mi madre, había descubierto que no tenía para que hacerlo, porque ella siempre imponía su voluntad aunque ello significara que quedaran varios *heridos* y *muertos* en el camino. También me incluí entre esas víctimas porque en mí, ella con ese carácter beligerante, había matado ese cariño que puede sentir naturalmente, cualquier hija por su progenitora.

Carmen Rosa Artigas Blanco, además de ser culta, fue conocida en el medio en que le correspondió desenvolverse en la vida, como una mujer déspota,

machista y controladora que llegó hasta limitar mi autoestima y a convertirme en una mujer temerosa y sin confianza en mis capacidades.

Como fue abandonada por su marido, intensificó la estrictez para con nosotros sus hijos y con esfuerzo y trabajo nos sacó adelante. Nos educamos en el Colegio Pinochet-Lebrun y yo Rosa Amelia y mi hermana Blanca Victoria nos convertimos en concertistas en piano y nuestro hermano Pedro José Juan se recibió de médico tisiólogo.

A ella no le importaba granjearse la enemistad de todo el mundo y traspasarme toda esa carga, que en mí se convertía en ira que ensuciaba el alma. Creo que nunca tuvo conciencia de eso y por ello me veía obligada a poner el equilibrio en la balanza con mi trabajo y ser la mejor, para no perder mis becas por su culpa. Mi día era duro no solamente por esa causa, sino también porque yo me exigía a mí misma, largas horas de estudio. También así aquietaba mi espíritu y transformaba la violencia en pasión al servicio de la ejecución de los ejercicios y de la música.

Lo primero que llamó mi atención, desde que tengo recuerdo, fue el piano que había en mi casa. Tanto me atrajo, contaba mi madre, que descubrí que al empujar el asiento con ruedas para el ejecutante, me permitió andar con seguridad de un lado al otro de la sala y cuando fui capaz de subirme en él y pude manotear las teclas blancas y negras gozando con este juego, soltaba el llanto si alguien intentaba interrumpir esta entretención.

Al comienzo fui autodidacta. Y como a los cuatro años de edad tocaba "de oído" los Aires de Rigoletto, a los cinco, considerando esta manifestación de talento musical tan precoz y porque debía complementar mi educación con el aprendizaje de un instrumento, mi madre decidió contratar un maestro de piano que fuera a darme clases en casa.

Por cierto, fue un aprendizaje especial pues mis pequeñas manos no alcanzaban las octavas y mis pies distaban muchísimo aún, de los pedales del piano.

Cuando alguien nos visitaba, mi madre me mandaba a mostrar mis avances en esta disciplina aunque todavía estuviera en la etapa, que para todos era aburrida, en especial para los oyentes obligados: mis hermanos, las visitas y los vecinos, pero para mí, era fiesta. Con gusto me sentaba a estudiar aprovechando de recorrer una y otra vez escalas y más escalas, ejercicios que servían para agilizar los dedos de los principiantes y por cierto para identificar las teclas y aprender a reconocer el sonido de las notas.

Con mi padre José Renard, ese catalán constructor, que al contrario de su mujer, tuvo siempre gran sentido del buen humor y desbordaba su alegría de

vivir, tuve la complicidad de tocar piano a cuatro manos, nada menos que la *Polca de los Perros* que él mismo me enseñara a espalda de mi madre. También él me enseñó que el piano era un instrumento encordado que estaba escondido dentro del cuerpo llamado caja y que cuando uno pulsaba las teclas, se movían los martilletes forrados en fieltro que hacían percusión en las cuerdas, produciendo el sonido de las notas y al decirme eso abrió la caja y me mostró los brillantes hilos metálicos y como si eso hubiese sido un milagro pude ver cómo golpeaban en ellos los martilletes.

Esos son los únicos recuerdos que tengo de mi padre, pues muy pronto abandonó nuestra casa para siempre. Creo que mi madre trató que mis hermanos y yo, olvidáramos hasta su nombre.

Con la dedicación mía y la buena enseñanza del maestro, a los siete años de edad, me era posible tocar leyendo música de Mozart y de Chopin en textos de partituras convertidas en piezas fáciles adaptadas para piano.

En una oportunidad fue comprensible que la familia entusiasmada, dijera que yo había nacido para ser pianista luego de escucharme y ver que tan pequeña fuese capaz de tocar por largo rato sin equivocarme ni una sola vez y de memoria. Pero, cuando el maestro a fin de año hizo una evaluación de mi rendimiento y en su informe aseguró que tenía talento para llegar a ser una eximia concertista de renombre, mi madre decidió matricular a su pequeña hija Rosa Amelia Renard Artigas en el Conservatorio Nacional de Música y Declamación.

En ese entonces ya podía apreciar a mi compañero alemán de todas las tardes, el que me esperaba en casa siempre junto al ventanal de la sala, para traducir los progresos de mi destreza. Era un piano vertical de estudio, de brillante acabado de barniz color canela, que descansaba las ruedas de sus patas sobre unos gruesos soportes de vidrio, que cuando un rayo de sol los iluminaba en forma oblicua, se convertían en un espectro colorido. Después descubrí que esos soportes se ponían allí, para evitar que el piano se moviera.

Al levantar la tapa en su reverso se leía Steinway & Son en letras doradas y me encantaba cuando, al sacar el paño de color verde que llevaba bordada su marca en hilo color de oro, quedaba a mi vista el teclado enchapado en marfil, en contraste con las teclas en forma de barras de color negro que sobresalían de las blancas y a disposición de mis manos para dar deleite a mis oídos, cuando al pulsar con mis dedos las teclas sacaba los sonidos armoniosos, de acuerdo con lo que iba leyendo en el pentagrama. Por disciplina al estudiar, se debía hacer leyendo música y jamás confiar en la memoria –decía mi maestro– cosa que

yo no cumplía a veces, entonces él impedía que mirara mis manos, poniendo la partitura entre mi vista y el teclado.

Al mismo tiempo entré como alumna al colegio, pero mi interés y entusiasmo siempre fue mayor por el estudio de piano por lo que las cinco líneas rectas, paralelas y equidistantes, que tenían dibujadas las notas, como bolitas negras en o entre esas líneas, las aprendí a leer, antes que pudiera juntar las letras del silabario para formar palabras.

Casi con diez años de estudios dedicados a la música y con catorce años de edad di mi primer concierto con el acompañamiento de la gran orquesta del Conservatorio Nacional de Música y Declamación.

Para satisfacción de mis maestros de piano don Roberto Duncker y de teoría el señor Reyes, de mi familia y con gran alegría de mi parte, me recibí en 1908, con la nota de más alta calificación, a votación abierta de la Comisión Examinadora. La ceremonia se hizo en presencia del Presidente de Chile Don Pedro Montt y de su señora doña Sara del Campo y otras personalidades de importancia del país. En esa ocasión fui catalogada por la prensa, como una verdadera concertista por mi sensibilidad y mi expresión técnica perfecta.

Después de ello el señor Presidente del Gobierno de Chile, me otorgó una beca por ocho años para ir a estudiar y potenciar mi talento a Alemania, al Conservatorio Stern de Berlín.

Como no disponíamos de dinero para que fuésemos todos a Europa, nuestra madre hizo los arreglos para que mis hermanos siguieran estudiando en Chile y para ello, trajo a vivir a la casa a nuestra abuela y a tía Amalia.

En junio de 1910, acompañada de mi madre y después de un viaje agotador por lo largo y mi ansiedad de conocer pronto, como sería todo lo que me esperaba vivir en ese lugar inimaginable, llegué a ese país de Europa que apenas conocía por su historia. Nos instalaron en una residencia, cercana a la Academia Stern, donde compartíamos espacios con otros becarios, de otras partes del mundo.

Al día siguiente tenía que asistir a la audición ante los maestros que evaluarían mi preparación y según la evaluación del examen que rindiese se determinaría el nivel de estudios al que me correspondería ingresar. Invadida por la incertidumbre de ese primer encuentro y de sus resultados, caminé esa mañana luminosa, junto a mi madre en completo silencio, que me hacía sentir los golpeteos del corazón y después de dos o tres cuadras de recorrer calles arboladas y de admirar casas muy altas, llegamos a nuestro destino.

El idioma alemán tuve que aprenderlo, pero el lenguaje musical lo llevaba y por eso, a pesar de mis aprensiones, gané el nivel que realmente me correspondía por mostrar buena preparación en la técnica pianística y por poseer aptitudes de excelencia en la interpretación de la música.

Me asignaron como alumna del maestro Martín Krause que fue discípulo, nada menos que del gran músico Franz Liszt.

A pesar de que en mi fuero interno siempre dudé de mis capacidades y nunca llegué a la convicción de que tenía talento como lo aseguraban muchos, en muy poco tiempo me gané el aprecio del maestro Krause, tanto por mi dedicación como por los progresos alcanzados. Gracias a eso, cuando desde Chile me suspendieron la beca gubernamental, sin explicación mayor, el maestro Martín Krause, consiguió con las autoridades pertinentes de Alemania que me becaran en calidad de alumna honoraria, por todo el tiempo que faltaba para obtener el título de graduada en la Academia Stern de la ciudad de Berlín.

Como también tenía algún grado de confianza con mi maestro, me permití un día, solicitarle que le concediera una entrevista a la madre de un pequeño niño chileno de prodigiosas manos. Su nombre era Claudio Arrau y hacía dos años que estaba becado en la ciudad y no progresaba en sus estudios porque no había podido encontrar hasta ahora un buen maestro de piano.

El señor Krause, mirándome seriamente me contestó que, como yo bien sabía, tenía muy pocas horas disponibles para recibir nuevos alumnos y ninguna si no era un postulante de excelencia. A este, lo entrevistaría nada más que porque confiaba en mi apreciación de la calidad del recomendado.

Grande fue mi contento, cuando la señora Arrau me agradeció la gestión y conmovida me contó que el maestro Krause al apreciar las aptitudes de su hijo, lo había aceptado como su alumno.

Mi madre estaba más orgullosa que yo, cuando en 1913, me otorgaron el *Diploma de Honor a la mejor alumna*. Era la segunda vez que el Conservatorio Stern daba ese reconocimiento desde su creación en el año 1890.

Nunca estudié por dar satisfacciones a mi madre, siempre lo hice por mi pasión por la música y por el deleite que sentía al interpretar a esos grandes compositores europeos. Con seguridad ellos sufrieron y también fueron felices cuando buscando en el fondo de sus espíritus, encontraron la genialidad de sus creaciones y lograron traspasarlas magistralmente a las voces del piano.

Soy una convencida que nadie ni nada como la música puede producir, tanto en el compositor, como en el intérprete, como en la audiencia, sentimientos que sean capaces de conectarlos con las grandezas del alma humana.

Todos esos años en que fui alumna, mi madre se sentaba al lado mío, de manera que el maestro quedara a cierta distancia. No tengo explicación de esa actitud suya, tan ridícula.

El tiempo no pasa sin que suceda lo que tiene preparado para cada cual y llegó el día en que me gradué en la Academia Stern con el honor de recibir el Premio Liszt y la beca Mendelssohn.

Tuvimos que regresar a casa en 1914, para proteger nuestras vidas –dijo mi madre– ante la inminencia de la Primera Guerra Mundial. Ahí tuve la oportunidad de comenzar en Buenos Aires, en el Teatro Odeón, mi carrera de conciertos, siempre en la compañía y sufriendo el carácter de mi madre. Recorrí América, dando exitosos conciertos en los lugares donde ella aceptara los contratos, sin siquiera consultar mi parecer.

En Estados Unidos de Norteamérica, la Compañía Aeolian, me contrató para que les hiciera interpretaciones de música con el fin de imprimirla en los rollos Duo-Art para sus pianos de reproducción llamados autopianos. Era sorprendente escuchar mi interpretación de la música y ver hundirse las teclas sin el concurso de mis dedos. Ese "milagro" lo producía un mecanismo similar al que tenían las conocidas cajitas de música pero al instrumento se le daba cuerda con una manija, que movía un rodillo con una huincha de papel ancho y grueso que se perforaba al grabar y luego al pasar, los orificios iban encajando, en unas agujitas que tenía el cilindro metálico, que al vibrar sacaban el sonido de las notas.

Con los años la mala disposición de mi madre había ido en aumento y no sé como había tenido yo, por tanto tiempo, la inmensa paciencia para poder tolerar sus caprichosas explosiones iracundas, por causas pueriles.

En el día a día siempre, estuve abocada al estudio y a la música y ese quehacer no me dejó tiempo para nada más, y el celo de mi madre se encargó de espantar a los eventuales pretendientes, que alguna vez intentaron conquistar mi cariño.

De antiguo se ha dicho que ningún mal dura cien años ni hay cuerpo que lo resista.

Cuando en 1921, habíamos vuelto a Berlín y vivíamos en un céntrico edificio de departamentos, ahí con las ventanas abiertas todas las tardes, como cualquier artista que se precie de tal y aun cuando el teclado del piano no tenga secretos mayores para una pianista como yo, seguí perfeccionando la técnica, manteniendo la agilidad de las manos e incursionando en el aprendizaje de obras de otros autores y preparándome para futuros recitales.

Un día en que estaba, estudia que te estudia, en medio de la práctica y a pesar del sonido de mi música escuché una voz varonil, que vocalizaba en

otro piso del mismo edificio y como esa voz no era de las mejores, me olvidé de la interrupción acústica.

Otro día me propuse salir sola y escaparme del clima denso de mi casa y para no perderme, anoté el nombre del negocio contiguo. Después de recorrer algunas calles y bastante trecho, me percaté que había otros locales con el mismo nombre, pues pertenecían a una cadena de venta de abarrotes. Esa circunstancia me tomó tiempo para encontrar el camino de regreso y me costó además un buen reproche de mi pertinaz "celadora". Ese episodio me hizo pensar que algún día, no tan lejano, saldría para no volver.

Al poco tiempo, una tarde llegó a mi departamento el señor que cantaba, con la intención de contratarme para que lo acompañara al piano, mientras él cantara. Algo en mi interior, que no sé explicar que sentimiento fue, me hizo aceptar la propuesta de este hombrecito gordo, simpático y pobre como ratón de iglesia pero, con una amplia riqueza de virtudes personales y con un inmenso amor hacia mí. Esto último, claramente, lo pude apreciar mucho después.

Su nombre era Otto Stern Alt, judío checoslovaco.

Mi madre, como de costumbre, se opuso tajantemente a esta relación, pero creo que en vez de aminorar el entusiasmo del inicio, potenció fuertemente el interés que yo demostraba sin disimulo alguno en este señor.

Sin importarme que él no profesara mi religión católica y después de meditar muchísimo, llegué a la conclusión que Dios, siendo amor, con su infinita bondad y omnipotencia no podría oponerse a que un hombre y una mujer a quienes les ha permitido enamorarse, unan sus vidas para siempre. Con mayor razón si se considera, que los distintos credos tienen el mismo génesis.

Esa ruindad, la inventaron los hombres.

Por suerte Chocho abandonó con gran facilidad y por su propia decisión sus pretensiones de ser barítono famoso y se me ocurre que él ya me había visto y en aquella oportunidad que se puso a cantar en su piso, a voz en cuello, lo hizo para tener una buena excusa para ir a mi departamento y conocerme.

Nunca tuve la oportunidad de hablar sobre aquello, si realmente fue así o lo malpensé.

Tal vez por eso tuve la fuerza y osadía de huir del lado de esa madre castradora y refugiarme en la residencia llamada "Our Lady of Peace" del Convento de Jesus-Marie, en Nueva York, donde anteriormente había dado conciertos, ganándome la amistad de su priora.

Lo pude hacer con la connivencia de mi hermana que invitó a nuestra

madre a ir de compras con ella, mientras yo salía de casa en dirección contraria. Me había fugado para casarme con dispensas de la Iglesia Católica, con mi novio Otto Stern, quien me había confesado, que se sentía chocho que yo aceptara ser su mujer.

Esa tarde en que le acepté casarme con él, sus ojos sonrieron achicándose y esa alegría fue bajando hasta su boca, que profirió a todo pulmón un grito que se debe haber escuchado hasta en Alaska y como si hubiésemos estado solos en el mundo: ¡Me siento más que feliz, me siento chocho, que seas mi mujer para siempre!

Desde entonces nunca más le llamé de otra manera, sino *Chocho* a este checoslovaco, que me había enloquecido de amor.

Así por fin pudimos consolidar el compromiso que habíamos mantenido en secreto, por mucho tiempo. Al parecer me había pasado eso que se dice: *A la vejez viruela.*

Sentí nostalgias de mi tierra y con Chocho decidimos venirnos de Europa a instalarnos definitivamente en Chile.

Con los ahorros que trajimos nos compramos una parcela muy cerca de la capital, en el pueblo de Pirque, en la ribera del río Maipo. Allí fuimos doblemente felices, rodeados de la tranquilidad que ofrece el paisaje de los faldeos cordilleranos y el sonar acompasado del bajar de las aguas del río.

Empezamos construyendo una pequeña casita de madera con techo de fonolita y piso de tierra y alumbrada por humildes lámparas a parafina. Protegimos con forros de sacos harineros, hechos por mí, el piano Schiedemayer de un cuarto de cola y no desembalamos nuestros "tesoros" de plata, hasta cuando tuvimos muebles donde ponerlos.

Paulatinamente, con el tiempo que fue necesario y con mucho esfuerzo personal y económico, fuimos construyendo nuestro refugio rural con la pretensión de terminarlo con todas las comodidades que puede otorgar una residencia en la ciudad.

Así nació una casona de grandes recibos con buena sala de estudio y habitaciones espaciosas: fresca en verano y con el calor de una buena chimenea en invierno.

Como Dios no premió nuestro amor con darnos descendencia, a cambio tuvimos muy buenos amigos que con mucha generosidad, permitieron que consideráramos a sus hijos como si fueran nuestros.

Allí recibíamos visitas con frecuencia que al llegar por la mañana, Chocho, los acompañaba a recorrer la parcela para que admiraran mi jardín

cultivado por mis propias manos y a conocer los adelantos en la huerta o las nuevas plantaciones hechas por el dueño de casa.

Al mediodía los agasajábamos con platos de mi buena cocina y por la tarde después de bajar el almuerzo haciendo siesta bajo los almendros, los deleitaba, dependiendo del ánimo con que se despertasen, con música de jazz, de baile o de concierto, en tanto se servían frutas y té con buñuelos preparados, por estas mismas manos virtuosas.

La Universidad de Chile ya había creado la Facultad de Bellas Artes y ahí encontré el trabajo más noble que podía desear una mujer como yo. Y fui al Conservatorio de la Facultad Universitaria, rigurosamente todos los días a impartir clases de piano, a entregar con generosidad todos los conocimientos adquiridos y la completa técnica pianística perfeccionada por mí.

Había que usar una hora de viaje, desde mi casa a la capital. De Pirque, cruzando el endeble puente de madera del río Maipo, hasta la estación de ferrocarriles en Puente Alto me transportaba si estaba disponible, una carretela con caballos o en su reemplazo una carreta con bueyes que conducía nuestro trabajador de la huerta y luego subía al tren que me dejaba en la Plaza Italia de Santiago, cerca de la Facultad.

El trayecto diario de ida, era vivificante al respirar el aire fresco de la hora temprana y más al contemplar la luminosidad intensa del cielo azul en contraste con los cerros y el camino aún oscuros, pues la montaña no permitía que lo iluminaran los rayos del sol hasta después de entrada la mañana.

De regreso por la tarde, al término de la jornada, cuando ya cansada me bajaba del pequeño tren, en primavera percibía la brisa fragante de los árboles floridos y en tiempo frío me recibían la pureza del aire montañés y siempre el cariño de Chocho que tenía la virtud de trocar el cansancio que traía, en una sensación de dulzura, cuando lo veía que estaba allí, esperándome como siempre.

Luego subíamos a la carreta para regresar abrazados, abrigadas nuestras piernas con una manta si estaba muy fresco, comentando las novedades del día.

Ya en casa, Chocho se daba maña para sorprenderme con algo especial casi todos los días antes de la cena, lo que se transformó con el tiempo, en el ritual esperado e indispensable. Que grato era el compartir en nuestro refugio un aperitivo delicioso, un refresco, una golosina, recibir un pequeño regalo, encontrar un arreglo de flores recién cortadas puesto en el jarrón de cristal de la sala. Y a la hora de los postres, servirnos las primicias de nuestros durazneros que habían lucido antes su colorida belleza y esparcido su fragancia desde el frutero de la mesa del comedor.

Algunas de esas noches después de la cena, como sabía que Chocho siempre me escuchaba complacido y muchas veces emocionado, me sentaba al piano y tocaba algo gratificante de mi repertorio para disipar la tensión e impaciencia que me habían producido algunos alumnos principiantes.

Esos eran los momentos en que al incorporarme después de tocar el piano, mi marido me abrazaba y me decía que daba gracias al cielo por tener mi amor, porque pensaba que no lo merecía. Aseguraba que era imposible que hubiera otro hombre en el mundo que recibiera caricias de las manos de una artista maravillosa como yo.

Al firmar el contrato con el Conservatorio se estableció que tendría derecho a dos pasajes a Nueva York al año y cuando estuviera arriba de los escenarios dando conciertos, tenía licencia para dejar a alguien que me reemplazara.

Esa granjería también la aproveché cuando vino a finalizar su gira en Santiago el director de orquesta austríaco el Maestro Erick Kleiber quien me invitó a interpretar con él el concierto N° 26 de la Coronación, del gran genio creador Wolfgan Amadeus Mozart.

Fue tal el entusiasmo del Maestro Kleiber con el éxito que obtuvimos, que la invitación se extendió para continuar juntos la gira, ahora por Europa.

Había dejado hacía mucho tiempo, la timidez, el temor y la falta de seguridad que tenía ante toda presentación que hiciera, en cualquier auditorio y aun cuando fuese ante los más humildes y neófitos oyentes. Debo reconocer que con estas experiencias había adquirido confianza en mi talento y en la destreza de mi técnica, pero aún sentía mariposas en el estómago mientras estaba en mi camarín, esperando el minuto en que tenía que enfrentar al público.

Una vez dados los primeros acordes, mi espíritu se transportaba y sentía el máximo disfrute como si estuviese flotando, en el mismísimo firmamento, solo envuelta con mi música. Al finalizar la interpretación, el estruendo de los aplausos me sacaba bruscamente de ese éxtasis y me hacía bajar a tierra. No me envanecía por eso, sí, me sentía agradecida de ese ruido de palmas con que es costumbre de validar los méritos de alguien.

A partir de entonces, fui reconocida como intérprete de primer nivel internacional para lucir mi arte pianístico, con obras como las *Partitas* de Bach, las *Sonatas* de Mozart, los *Estudios* de Chopin, las *Variaciones Serias* de Mendelssohn y obras de Liszt, Ravel, Debussy, Strauss... en presentaciones realizadas en las salas más exigentes de las ciudades de Viena, Berlín, Milán, Londres, Paris y Zurich y también en Norteamérica, en el Carnegie Hall de Nueva York, en 1949.

Gocé de la admiración de los principales músicos y pianistas alemanes de la época, por mi sensibilidad interpretativa y mi técnica completa y perfecta, como lo habían expresado.

La crítica dijo, entre otras loas, que fui por mucho tiempo una joya oculta y talentosa, pero que había sabido caminar derecho al estrellato. Nunca pensé alcanzar la gloria, pero este comentario lo sentí como pago a mi dedicación al arte.

Por fin había podido dejar en parte la austeridad y por eso no me causó asombro el día en que me encontré en Francia, en una de las mejores tiendas de Paris, comprando en forma dispendiosa nuevos atuendos para mí: calzado fino, perfumes, pañuelos de seda y muchos otros accesorios tal vez innecesarios.

De vuelta en mi patria retomé la docencia en el Conservatorio y tuve la suerte de conseguir los mejores resultados en aventajadas alumnas chilenas como Elvira Savi y Flora Guerra que llegaron por sus méritos, a ser famosas y grandes concertistas y más tarde, también prestigiadas maestras de piano.

Las radioemisoras me invitaron a participar en vivo en programas de música docta y con agrado fui a la *Radio Cooperativa*, a *Radio Chilena*, a la *Radio Pacífico* y también a las emisoras de los diarios *El Mercurio* y *El Ilustrado*. Me encantó hacer esa difusión musical masiva para todo público. Fue una grande y buena iniciativa invitarme a cooperar en espacios radiales que permitían al pueblo escuchar música selecta.

Seguí recibiendo muchas otras invitaciones para ir a dar conciertos al extranjero, pero ninguna me había provocado tanto entusiasmo como para aceptarla, hasta que llegó una de Centroamérica que ofrecía actividades muy atrayentes que pudieron convencerme para ir a ese lugar a mostrar mi arte pianístico y compartir con nóveles futuros músicos, mis conocimientos y mi vasta experiencia, dando charlas instructivas.

De vuelta de Centroamérica, no me he sentido bien de salud, he tenido que guardar reposo obligado pues mi cuerpo no obedece mis órdenes y sufro la mayor parte del tiempo, una somnolencia profunda, además de perdurar mi estado febril.

Siempre hay muchas ideas para convertirlas en realidad y también resolver algo que ha quedado postergado, porque surgieron otras prioridades que cumplir y esta desafortunada situación me tiene aquí sin poder hacer mi trabajo y todo lo demás que requiere mi presencia.

Aun cuando me han hecho muchísimos exámenes, los médicos no han podido descubrir que mal es el que me aqueja realmente.

No me puedo mover y siempre parezco dormida, por eso las visitas son cortas y silenciosas pero mi oído fino escucha perfectamente todo, hasta lo que se habla en voz baja en la habitación contigua.

El único que permanece a mi lado, es Chocho, hasta que la enfermera del turno de la noche, le recuerda que ya terminó la hora de visitas. En esos espacios cuando quedamos solos, aprovecha de contarme lo que pasa en estos días, las novedades de la casa y de los arreglos que está haciendo para sorprenderme a mi vuelta.

Por él supe, que el Ministerio de Educación me condecoraría en una ceremonia el día 17 de mayo, pero que la había postergado, hasta que yo me recuperara. También me contó, que Claudio Arrau daría un concierto de beneficio el día 24, sabiendo que a ninguno de estos eventos podría asistir, porque después de salir de esta cama, tendría que aprender hasta a andar de nuevo.

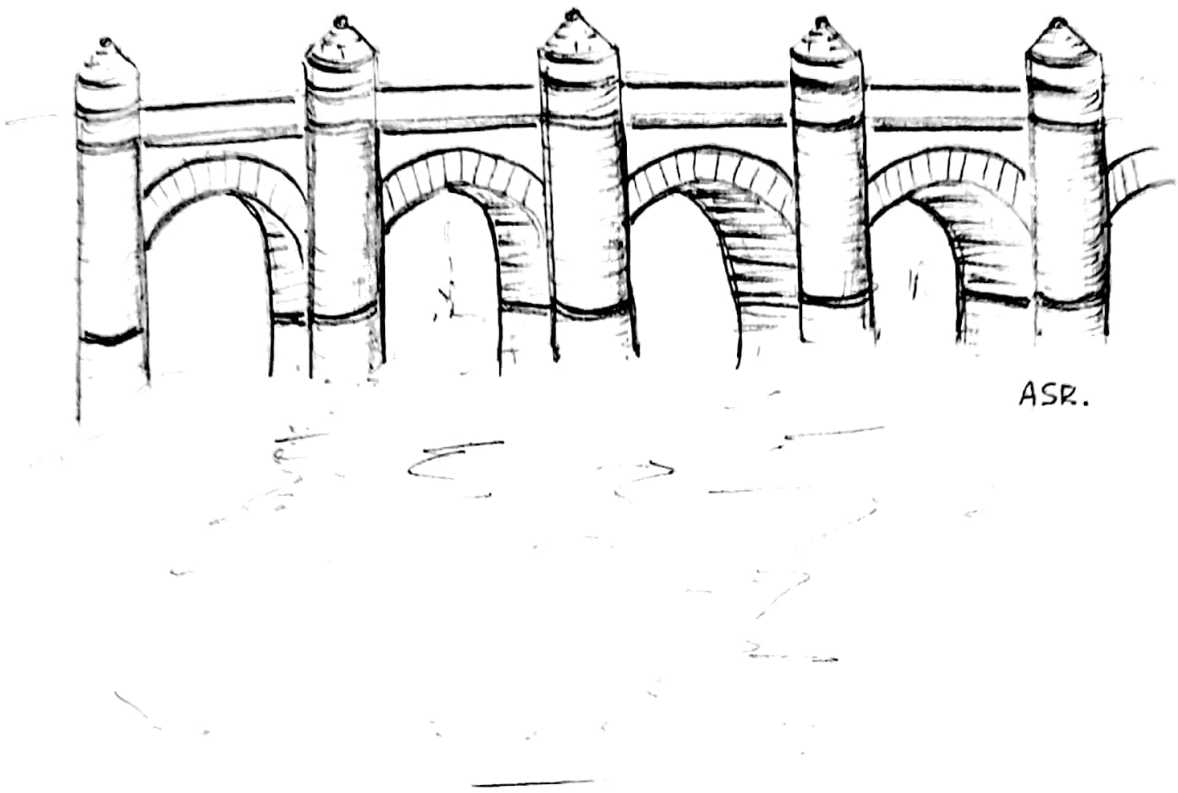
Uno de los doctores, tiene la teoría que tal vez pude haber sido picada por un mosquito caribeño transmisor de un virus y eso me ha producido encefalitis letárgica. Pero como todo, por malo que sea tiene su lado bueno, en los momentos sin dolor y de breve vigilia que suelo tener, me ha traído todos estos recuerdos a la mente y he podido reflexionar sobre lo que me ha deparado la vida y qué tan bien he sabido enfrentar tantos desafíos y sobrepasar los obstáculos del camino recorrido.

Espero que la diagnosis de este doctor esté equivocada y sea una enfermedad más benigna y que con las defensas naturales de mi organismo y las ganas de seguir viviendo que jamás me han abandonado, pronto supere este calvario.

Deseo retomar pronto mi vida al lado de Chocho y de todos los demás que sé que me extrañan. Pero si no es así y por causa de este mal llega al fin mi paso por la tierra, mi marido sabe, y lo hemos hablado muchas veces, que cualquiera que sea el que cruce el umbral para partir primero, estará, sin falta esperando al otro en el lugar que esté determinado por el Creador.

Y con respecto a nuestros bienes, Chocho también tiene claro que hacer. Cuando cualquiera de los dos falte en esta parcela-refugio, que bautizamos como *Díolufay*, que, quiere decir: "Dios lo hizo", ya no será el mismo lugar porque se habrá truncado el cariño inmenso con que pasamos felices la mejor época de nuestras vidas. Por lo que hace tiempo, dispusimos de común acuerdo, que el que sobreviva, donará *Díolufay*, cuando lo crea necesario, a la Obra del Padre Hurtado, llamada Hogar de Cristo, para que cumpla otro buen fin y sea el hogar-refugio de personas ancianas, solas y de poco o ningún recurso económico.

DIOS LO HIZO



Desde el Puente de Cal y Canto: la burla

Tadea, la ilustrada

¡Que confuso laberinto!

Primer verso de la endecha, de Tadea

Mi padre fue de las pocas personas que se atrevían a tener pensamientos nada usuales en la sociedad chilena de esos tiempos y por eso se vanagloriaba ante sus amigos, de tener una hija que, además de ser la más bella era talentosa y que con él, muy pronto, había aprendido a leer con excelente pronunciación y a escribir correctamente, con buena letra.

Esas afirmaciones de mi padre me molestaban muchísimo cuando nadie deseaba que sus niñas aprendieran a leer o a escribir, por el contrario, había que tomar los resguardos para que ellas jamás pudieran transgredir los preceptos tradicionales, contaminando sus espíritus con libros que las incitaran a pecar y menos, que pudieran enviar cartas de amor a un joven, manchando su reputación y la de su familia.

En ese tiempo había algunos colegios y la Universidad de San Felipe, para que estudiaran los hombres y la única instancia de educación fuera de casa para las hijas de familia era ir a la escuela de las Monjas Agustinas.

Allí se tenía que ser piadosa y en forma somera se enseñaba administración de los negocios familiares, para poder resguardar los bienes, cuando el padre o el marido faltaran en el hogar.

Principalmente se nos educaba para comportarnos en forma adecuada en los salones y lucir nuestra gracia recitando alguna poesía, interpretando melopeyas, una pieza de música en clavecín o en arpa y poder bailar con elegancia en la presentación en sociedad, todo, con el objetivo de conseguir un buen partido.

No existía otro futuro para las jóvenes que la posibilidad de casarse y ser madres prolíferas, quedar "solteronas para vestir santos", ser criadas o, por último, ser monjas consagradas de por vida a la adoración del Señor, como esposas de Jesús.

El día en que fuimos con mi madre a la entrevista con la Superiora del colegio de las Monjas Agustinas, iba con temor, porque si era aceptada significaba separarme de mi "mama" y de la familia que me regaloneaban y protegían de los peligros que acechaban fuera del hogar.

A mi "mama" le tenía especial cariño, ella era la que se ocupaba de todo, incluso de administrarnos remedios cuando estábamos con alguna dolencia, cosa a la que me resistía, porque no era muy agradable lo que nos daba. Ella, era la que traía de la Botica Jesuita toda suerte de menjunjes para tenerlos a mano cuando se necesitaran, como: bálsamo de calabaza, ojos de cangrejo, aceite de alacrán, ranas calcinadas, espíritu de lombrices, agua de capón y otros más, que nunca supe ni me interesó saberlo, qué enfermedades podía sanar aquel montón de vomitivos.

Lo único que tomé alguna vez de buen grado, fue el Agua de las Carmelitas, porque se decía que era buena para calmar los nervios alterados, de las mujeres en general y de las niñas púberes en particular.

Las tardes las pasaba leyendo en las dependencias del patio trasero, junto al fogón de la cocina, mientras mi "mama" calentaba las planchas de fierro para estirar la ropa y la cocinera revolvía el dulce de leche hasta que subiera de color y espesara, en tanto horneaba las hojarascas y los biscochuelos para poder rellenarlos fríos, al día siguiente.

Cuando el libro no era tan entretenido, escuchaba lo que contaban y eso me había vuelto muy temerosa. Decían que en las afueras era común encontrar

matarifes que a vista y paciencia de todos, carneaban animales dejando la calle regada de sangre y después de vender la carne se iban, sin ocuparse de recoger los desperdicios. Eso se sumaba a las basuras que botaban los comerciantes, los vecinos y los transeúntes, sin consideración alguna por la limpieza de la ciudad y para colmo de todo, desde dentro de las viviendas, mucha gente, junto con decir "¡agua va!" lanzaba a la calle líquidos servidos, de cualquier procedencia, sin importarles si mojaban al que iba pasando.

Se murmuraba que fuera de sus casas, después del almuerzo, solamente andaban los perros y los ingleses, porque toda la gente decente que se preciara de tal, dormía su siesta como era costumbre y de buen tono hacerlo. También se afirmaba que por los callejones, deambulaban vagos y asaltantes facinerosos, llamados "los pelacaras", porque arrancaban la piel del rostro de sus víctimas para que no pudieran identificarlas.

Eso causó que sufriera de pesadillas recurrentes, que me hacían despertar llorando por la noche.

Menos mal que había sido nombrado por S. M. el Rey, Corregidor del Municipio de Santiago, el señor Luis Manuel de Zañartu y como era reconocida su capacidad de trabajo, el Gobernador le había encargado varias obras públicas y que propusiera un modo de acabar con la vagancia y el delinquimiento.

Como era hombre de personalidad de acero, de gran creatividad y poder de resolución, encarceló a los malhechores y los empleó, engrillados de a dos, como obreros en trabajo forzado hasta cumplir su condena. Así "mató dos pájaros de un tiro".

El trabajo no paraba y cumplió con todo lo encomendado: construyó un acueducto desde la vertiente de la quebrada de San Ramón hasta la ciudad, intervino el río Mapocho levantando en su ribera los Tajamares para contener las salidas del cause que eran frecuentes en invierno por las lluvias y en la primavera por los deshielos de la nieve cordillerana.

El Corregidor Zañartu culminó sus obras públicas con la construcción del gran Puente de Cal y Canto, cuyos ladrillos fueron pegados con argamasa compuesta de arena, algo de agua y principalmente, de claras de huevo.

El puente unió el barrio La Chimba con el centro de la ciudad y los santiaguinos podían concurrir ahora, sin temor a los asaltos, a un lugar de paseo con amplia vista a la cordillera y a la ciudad.

Como la obediencia a los padres era sagrada y ninguna niña podía atreverse a decir cual era su pensamiento ni menos su deseo, con respecto a lo que se le estaba imponiendo, fui como alumna al colegio de las Agustinas. Al

comienzo no hallaba quietud ni resignación para aceptar esta nueva vida, recé incansablemente todas las noches para que se me hiciera liviano el estudio y rápido cada año. Llegó el minuto en que casi no rezaba y me vencía el sueño, porque allí se madrugaba y no parábamos en todo el día cumpliendo las exigencias que nos demandaban los estudios, sumados a las actividades religiosas.

Cumplí con aprender todos los programas establecidos y volví a casa ilusionada con mis nuevos conocimientos y me sentí empapada de la mística absorbida en esos tres años. Nadie podía creer que extrañaba el colegio. Me gustó esa vida sin sobresaltos y de paz interior que daba la cercanía con Dios.

Ahora me costaba insertarme en esta sociedad que veía tan distendida en las costumbres.

¡Cómo las mujeres habían llegado a vestirse sin decoro alguno, dejando cada vez más pantorrillas y brazos expuestos a la mirada insolente de cualquiera!

Descubrí que no era para mí esta vida banal que llevaban las jóvenes de mi edad, hablando siempre de los únicos temas que eran de interés para ellas: de las próximas fiestas, de trajes nuevos y de cómo sería perder la virginidad y de los jóvenes con los que les gustaría casarse. No algún día cuando las pretendieran, sino pronto al dejarles ellas entrever, sus sentimientos.

¡Qué desvergüenza!

Ahora que era ya una señorita, no compartía con las empleadas de la casa. La mayor parte del día, prefería pasarla leyendo o escribiendo en mi alcoba. Por las tardes después de un paseo por el jardín, tenía que asistir, no de muy buen grado a las tertulias familiares donde me pedían que tocara el clavecín, como si mi obligación fuese entretener a los demás.

Me incomodaba sobremanera que desde que yo había vuelto, casi todos los días antes de la cena, llegaba a mi habitación el anuncio que había gritado el portero, a la entrada del zaguán: "¡Paró calesa!". Y empezaba el movimiento en la casa, la familia mejorando su presencia para recibir a las visitas y el personal del servicio, para atenderlas.

Pronto, cuando ya se habían dado los saludos de rigor, asistíamos al salón donde estaba nuestro padre reunido con algún amigo acompañado de su esposa y de un hijo al que parecía que le habían encomendado que no me quitara los ojos de encima.

Cuando aparecían las bandejas de "atenciones", debíamos dar ejemplo de buena enseñanza, probando todo lo que se servía, dulces de huevomol o papilla de camote, de membrillo o de manzana, puestos entre el hojaldre; también debíamos besar las copas de mistela, poniendo cara de aprobación.

¡Qué aburrimiento! Tener que escuchar conversaciones que no me interesaban, como los chismes comentados con cierta discreción por las señoras –como decía mi madre– o el parloteo de los caballeros sobre la política partidista, que jamás llegaría a arreglar los problemas generales y necesarios para el país –como decía mi padre–.

Esa vida era insufrible para mí y después de mucho meditar cómo y cuándo lo haría, una de esas tardes de tertulia en que por fortuna no había visitas, confesé ante mi familia con el mayor de los respetos y voz entera, que mi voluntad y deseo eran tomar los hábitos en El Carmen Bajo de la Cañadilla.

¿¡Cómo, yo ingresar a ese convento de clausura!? Ese que había sido construido por el Corregidor Zañartu, pero con dineros de su propio bolsillo, con cripta para enterrar a las monjas y un mausoleo doble especial para doña María del Carmen de Errázuriz, su difunta mujer y para él, cuando fuera la hora en que el Señor lo llamara a ocupar un lugar en su Santo Reino. Y que para librarse de preocupaciones de familia, sin más dejara allí, a sus dos pequeñas hijas enclaustradas, de por vida, desde la muerte de su señora esposa.

Mis padres, pasado el asombro tuvieron una dura actitud de rechazo. Mi padre dijo, que para él era impensable que su hija que, era la mejor poeta, la más estudiosa, culta, creativa e ingeniosa de la familia, quisiera renunciar al mundo e ingresar a un lugar donde sus conocimientos no iban a servir a nadie, al sepultarlos junto con ella en una celda, hasta su muerte.

Ese argumento fue definitivo para que yo no abandonara mi propósito. No deseaba otra cosa que huir de esa ciudad sucia y peligrosa y de la sociedad mundana. Y con mayor razón de gente cuyo interés era acumular fortuna a como diera lugar, sin importar si con ello, producían la ruina de otros y no tener que alternar con aquellos que provocaban el incremento de la miseria y propugnaban el analfabetismo del pueblo. Nadie me obligaría a llevar una vida que no deseaba.

Sin importarme que fuera pecado, di rienda suelta a la ira que me invadía y entre lágrimas, rompí todo lo que había escrito y regalé mis vestidos a las primas y desde ese instante entré en un porfiado mutismo hasta que conseguí el beneplácito que esperaba.

Ingresé al convento junto con otras jóvenes que no conocía y allí encontré a las niñas que había oído nombrar, llamadas Teresa de Jesús y María de los Dolores Zañartu Errázuriz, que eran adorables y risueñas, que únicamente cuando alguien traía a cuento la memoria de su madre, se les llenaban sus

ojos de lágrimas. Me sorprendió que ellas no abrigaran en su espíritu ningún resentimiento por la decisión de su padre de desentenderse de ellas y tal vez por ser pequeñas y no conocer otra forma de vida, preferían la quietud y disciplina del claustro a la dura autoridad que él les imponía.

Di gracias al Altísimo por ser bien recibida en el Carmelo, en plenitud de mi conciencia y por mi propia decisión y poder cumplir allí, la voluntad de Dios.

El noviciado fue breve por contar con instrucción y con la edad reglamentaria.

La felicidad estaba conmigo desde que fui llamada Sor Tadea y le hice presente a nuestra Madre Superiora que estaba dispuesta a prestar ayuda en los estudios o en lo que fuera a quien lo necesitara, según sus órdenes y parecer.

Como la gran mayoría de las monjas y novicias estaban aprendiendo a leer, unas de mis primeras tareas fueron repasar las lecciones, rezar las jaculatorias y leer en voz alta vidas de santos en el refectorio.

Las actividades se repartían en el día desde muy temprano: los maitines, escuchar misa y hacer oración por la paz y la bienaventuranza de las almas del mundo.

En la guarda del silencio, hacíamos los trabajos de la huerta para nuestro sustento, las costuras y bordados de los atuendos religiosos y las creaciones de repostería para contar con dinero para la manutención de nuestra casa.

El padre confesor, nos daba charlas para seguir de buena forma el camino indicado por Dios para ser mejores intercesoras con la oración y que el bien fuera superior al mal entre los hombres en el mundo terreno.

Poco tardó el padre recoletano nuestro confesor, en darse cuenta que yo era estudiosa, que me gustaba la lectura y que tenía facilidad para escribir; por ello empezó a prestarme libros y junto con eso me daba tareas con pie forzado o me pedía que me inspirara y compusiera poemas o algún relato, porque decía que también a través de la creación literaria se podía elevar el espíritu y alcanzar la santidad.

Quedó demostrado que mi progenitor estaba equivocado en sus apreciaciones. Mis conocimientos serían aprovechados en más de algo.

Como el padre confesor decía que yo había demostrado muchas veces que contaba con vivísimo ingenio para la poesía y para las improvisaciones, me exigió escribir una endecha, cuando Nuestro Señor nos hizo pasar por la experiencia más extrema que puede sufrir un ser humano y peor si esa persona era una humilde carmelita, como nosotras. Cuando el padre vio que yo me resistía a hacer el trabajo porque lo juzgaba superior a mis capacidades literarias,

me ordenó hacer la narración del suceso en romance, en versos octosílabos y en plazo breve, y lo peor: bajo precepto de obediencia.

Después supe por nuestra Madre Superiora, que él quería que esta composición quedara como testimonio para demostrar en el futuro, el insuperable talento que poseía una mujer y aún más meritorio si se tenía en cuenta, que la autora había sido una monja del claustro carmelitano.

Y cuando la hube terminado, la Madre me dijo, que el padre confesor había agregado:

"Nadie que lea esta obra podrá negar, en ninguna época venidera, que Tadea García de la Huerta fue la primera mujer literata de Chile".

Si hubiese sabido la intención que motivaba al padre confesor para obligarme a componer la endecha, tal vez me habría hecho caer en la desobediencia, aunque me hubiese arrepentido después.

No tuve más que ponerme a escribir y cumplir con la composición en el breve plazo ordenado.

La titulé:

"Relación de la Inundación que hizo el río Mapocho en la Ciudad de Santiago de Chile en el Monasterio de las Carmelitas, llamado San Rafael, el 16 de junio de 1783".

Comienza así:

¡Que confuso laberinto!
Que Babilonia
Que océano de congojas
Que tormento de tormentos...

No seguiré recitando, pues son 516 versos.

Para mejor entender,. más vale que les narre esta desgraciada situación.

Llegó a nuestros oídos algo de lo que dijeron los curiosos que fueron, ese día, a presenciar el desastre y la frase que me quedó grabada fue: ¡Si hubiesen visto como las aguas haciendo estruendoso ruido con el arrastre de piedras, se estrellaban con fuerza en los muros del convento!

Todo fue como para huir de carrera y sin descanso, hasta alcanzar la cima del cerro pero, nuestro destino no era otro que permanecer en este encierro, prestas a morir encomendando nuestras almas al cielo.

Nosotras no nos dimos cuenta de nada pues esa hora es instancia de recogimiento, luego de la merienda del mediodía. Solo cuando vimos entrar

el agua a nuestras celdas y sentimos los tañidos de campana, corrimos a congregarnos en la capilla a rogar misericordia para el pueblo de Dios.

Pedíamos a voces que se calmara la furia de la naturaleza mostrada con extremo rigor en ese viento huracanado, que haciendo batalla parecía romper los montes e intentaba sacar de sus ejes al globo. Del cielo bajaban océanos en incremento del caudal del río y este en su venida hacía tal sonido aterrante arrastrando peñascos y cuanto estaba en su camino, que pronto iría en detrimento de muros y cimientos del convento.

No hubo respeto ni de la Casa de Dios.

El claustro estaba hecho laguna de cieno y fue tal la turbulencia del agua, que nos arrasó sacándonos al huerto ya convertido en barrizal.

Desde la torre de la capilla, la hermana que subió a tocar las campanas primero a plegaria y al momento a rebato, vio como el torrente arrancaba de asiento los tajamares del río y las aguas liberadas se derramaban por la Cañadilla y seguían veloces por las calles de San Pablo, por la de Rosas y Santo Domingo inundando gran parte de la ciudad hasta la misma Alameda de las Delicias.

El puente de Cal y Canto, que se había terminado de construir el año anterior, como había resistido el alud, estaba repleto con más de cinco mil personas expectantes que hacían clamor y lamento, pidiendo socorro para nosotras.

Hubo alguien que se echó al agua, para tratar de prestarnos ayuda y como desapareciera un momento bajo la corriente al creerlo muerto, muchos rompieron a coro en llantos y con ello causaban más confusión al tormento. Otros que acudieron a caballo, a golpes de hacha rompieron el torno y luego luchando con las aguas, abrieron un forado en el lugar donde nos encontrábamos y por el boquete estrecho, estos verdaderos héroes nos hicieron salir a la fuerza, junto con las sucias aguas y prensadas más que aceitunas para obtener óleo.

A nosotras que jamás nos había tocado un hombre, los ganapanes y desconocidos que entraron a salvarnos ya a la hora del ángelus, cuando habíamos perdido toda esperanza, nos agarraron como pudieron y sin fijarse por qué parte de nuestro cuerpo lo hacían.

Ya a salvo nos dimos cuenta que habíamos perdido muchas de nuestras prendas, las tocas y hasta las alpargatas, convirtiéndonos en verdaderas carmelitas descalzas. ¡Jesús Santo!

La Madre Superiora salvó el Crucifijo de Nuestro Dulce Dueño y Señor, que nos daba ejemplo de sufrimiento y dolor y que en esos momentos hacía sentir menos fuerte el de nosotras.

Los mismos que antes pedían que nos libraran de morir ahogadas, rompieron con estruendo en risas e hicieron mofa con aspaviento, al vernos salir en tan deplorable facha, embarradas hasta el pelo, a medio vestir con verdaderos harapos y en brazos de peones y menesterosos.

Para mayor abundamiento, los hombres sin tiento alguno, nos dejaban caer al suelo en lugar seco y seguro y nosotras pobres religiosas, tratábamos de incorporarnos y caminar completamente desorientadas, después de haber sufrido aquel vejamen.

Por añadidura hubo pillaje, nos robaron muchos implementos religiosos. Un cura recoleto, con el agua a la cintura, logró salvar al Santísimo con Viril y Custodia y las preservó en su convento.

Después de mucho, apareció un carruaje en donde cupimos todas y nos pudimos ir de ese lugar donde estábamos siendo motivo de verdadero escarnio público.

Apenas repuestas de lo acontecido, acostumbradas a la guarda de silencio, ninguna preguntó a donde íbamos.

Quién hubiera podido hacerlo si estábamos como almas en pena de Purgatorio.

En la oscuridad de la noche ni siquiera podíamos ver el camino y si hubiese sido de día, ¡qué digo!, cómo íbamos a reconocer la ciudad, nosotras que éramos religiosas de claustro.

El carricoche se empantanó varias veces y a fuerza de los que empujaban las ruedas y de los hombres a caballo que reforzaban a las mulas, lograron por fin, llevarnos vivas a destino.

Gracias a Dios el temporal algo había amainado.

Qué otra cosa podíamos pensar en esos momentos sino que se hiciera la voluntad divina y a coro dijimos: ¡Bendito sea Dios!, cuando nos comunicaron que se abrían las puertas de la Casa de Belén, la Casa de Observación Domínica e ingresaba el carricoche haciendo ruido en el empedrado de huevillo del zaguán.

Nos dispusieron en trece celdas de a cinco en cada aposento. Por fin pudimos quitarnos el barro que traíamos hasta en las orejas y nos abrigamos con ropa seca.

Tuvimos que acostumbrarnos a caminar quebrando el silencio de los corredores, con los zapatones que nos prestaron los padres y que además de duros, nos quedaban bastante grandes.

Ellos guardaron la clausura para nosotras. Tocaban campanilla de Oración, de Coro y de Silencio y asistíamos a la misa diaria que se oficiaba en el Oratorio.

Al día subsiguiente nos enteramos que estábamos todas menos una de las criadas que se la había llevado la corriente y que nuestro Convento de San Rafael se destruyó por completo.

Y que la avalancha tampoco había respetado el Mausoleo del Corregidor, llevándose los huesos de su señora esposa y también los de él, que había fallecido recién el año anterior.

Rezamos por estas buenas almas que ya estaban en la paz del cielo y seguramente gozando de la Gloria de Dios.

Nos habíamos acostumbrado en la Casa de Belén y cuando ya la considerábamos como nuestra verdadera residencia, nos comunicó la Madre Superiora que había llegado carta del Obispo informando, que nuestro nuevo convento estaba terminado y tenía las puertas abiertas para recibirnos.

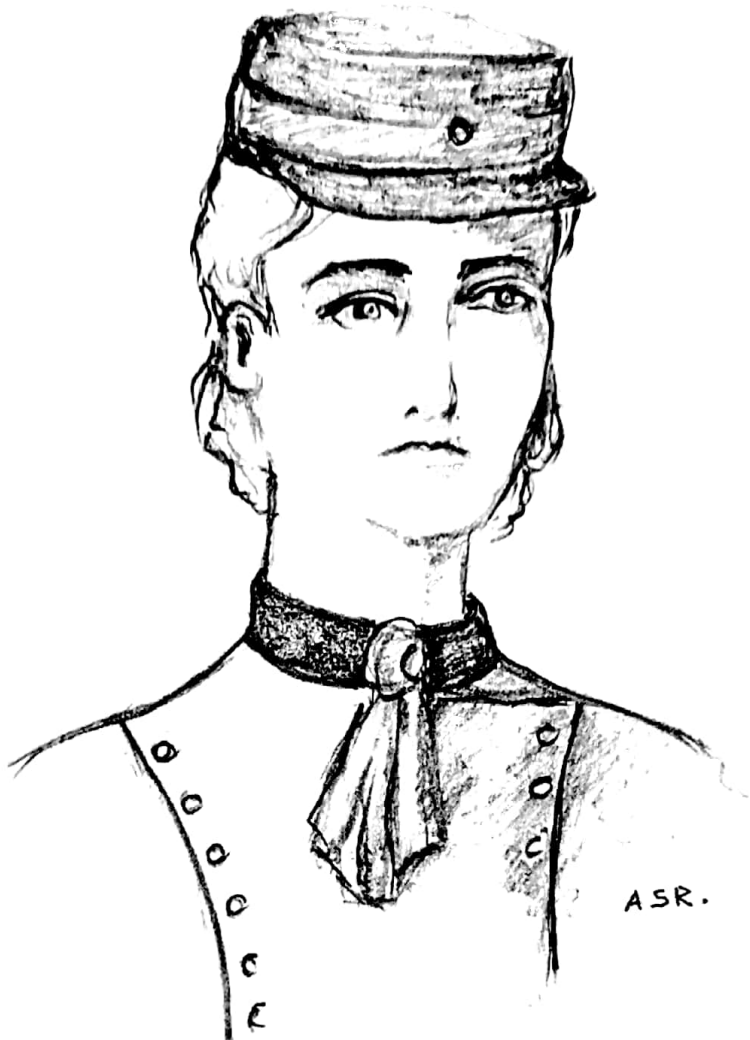
Por cierto que después de nuestro ingreso, volverían a cerrarse para no abrirse nunca más.

Agradecidas de la hospitalidad de los Padres Domínicos nos fuimos a este nuevo convento, que para su mejor resguardo se construyó en cal y ladrillo y en un sitio a buena distancia del río.

Y finalicé la endecha con estos versos:

El Señor lo determine
Si es su voluntad hacerlo
Y de no, se cumpla en todo
Su beneplácito eterno

Sor Tadea García de la Huerta
Carmelita Descalza



Amor y Patria

Candelaria en el Pan de Azúcar

...Llanto a sus penas y a su nombre gloria

Último verso de la estrofa escrita en su tumba

Como no sabía leer ni escribir, lo que era natural para una mujer del pueblo como yo y había llegado el momento en que tenía que ganarme la vida, debía encontrar un trabajo en otra actividad que no fuera la artesanía, que era en lo que se ganaban el pan mis padres y si hubiese seguido sus pasos habría sido como anclarme para siempre en casa, sin poder salir jamás del barrio La Chimba y mi aspiración era conocer otra gente de un mundo distinto al mío.

Para cumplir mis anhelos la única opción que tenía, era intentar que alguna familia pudiente, me contratara como sirvienta.

Logré lo deseado y me fui con una familia a Valparaíso y cuando ya había adquirido experiencia y esas labores domésticas se habían transformado en aburrida rutina, se dio la suerte que otra familia, de nacionalidad holandesa que se trasladaba al Perú, me pidiera que fuera a trabajar con ella, ofreciéndome además, una mejor paga. Sin pensarlo mayormente, ni consultarlo con nadie, acepté este nuevo desafío. Decisión de la cual jamás me arrepentiría.

Esta inquietud, el interés de progresar y de aprender más en la vida me impulsó otra vez, a dejar el trabajo en que estaba y emprender nuevas actividades, pero ahora, en forma independiente.

Así con mis ahorros y la ayuda monetaria de un amigo inglés, con el cual aprendí a hablar su idioma, lo que fue muy conveniente, instalé un pequeño café en el mismo puerto de la ciudad del Callao. Luego fue conocido como la "Fonda de la Chilena", porque en realidad eso era y fue punto de reunión de inmigrantes chilenos y de marineros de todas las latitudes. Y por las noches, yo hacía alarde de mi nacionalidad, cantando acompañada de la guitarra, cuecas y tonadas criollas para amenizar los encuentros y evocar el terruño.

Fue tal el entusiasmo que provocaron mis canciones en la concurrencia, que se corrió la voz y se llenaba el negocio de parroquianos, que pedían y pedían que prolongara mi presentación hasta que, cantando todos juntos, veíamos aclarar el cielo por la madrugada.

Trabajé allí con tesón sin pensar en el más tarde y mi negocio creció y pude dar ocupación a más de una mesera y gané fama de dar buena atención y ofrecer todos los días los mejores platos de la cocina tradicional chilena.

Por eso todo paisano que pisaba tierra peruana cuando recalaba su buque en el puerto del Callao, no podía decir que lo había hecho, si no probaba las viandas de la "Fonda de la Chilena".

Era cierto que a los compatriotas los atendía siempre con mayor esmero y en particular a un Capitán del Ejército chileno llamado Guillermo Nieto, que había llegado recientemente al Callao. No podía ocultar que me inquietaban los ojos, la sonrisa y el hablar quedo de ese militar.

Se rumoreaba entre los parroquianos, que frecuentaban mi café, que entre Perú y Chile habían empeorado las negociaciones diplomáticas. Algunos exagerados se atrevieron a decir que soplaban vientos de guerra.

El Perú había desconocido las deudas contraídas con Chile desde el tiempo de la intervención en su favor, del "Ejército Libertador" que había venido

desde Chile, comandado por el general José de San Martín.

Ahora el general boliviano Andrés Santa Cruz, se había autodenominado "Protector" y pretendía fundar una gran nación conformada entre Perú y Bolivia, considerando además anexar suelos chilenos.

El día en que salí más temprano de casa, primero me sorprendió y luego no dejó de inquietarme ver surtos en la bahía varios barcos en cuyo palo mayor, ondeaba la bandera chilena. Llegué al café sintiéndome ansiosa después de cruzar las calles en medio de inusual movimiento de carruajes y de muchas personas que transitaban con premura.

Las noticias siempre viajan y a mi café llegaban rápidamente, por lo que no tardé en enterarme que el Callao estaba bloqueado por la escuadrilla chilena, que comandaba el contralmirante Simpson y que la jefatura militar peruana había prohibido toda comunicación con esas naves.

No me había negado nunca a ayudar a mis compatriotas y menos ahora que se trataba de hacerlo en favor de la patria. La marinería extranjera me conocía y por eso fui la persona indicada, para quebrar esa perentoria prohibición. Antes del alba, disfrazada de marinero extranjero y con maña para burlar la vigilancia, me embarcaba en botes amigos que me llevaban hasta alguno de nuestros buques para entregar la información que había recogido por la noche, de las maniobras peruanas y de las estrategias chilenas a seguir en tierra.

Me sentía contenta haciendo estos enlaces, como una mujer que cumplía una misión de importancia, en esta situación difícil y nada promisoria de obtener siempre buenos resultados. No tenía miedo de ser una verdadera espía, pues contaba con el apoyo del amor a la patria y del que me profesaba Guillermo Nieto. Jamás claudicaría en cumplir estas proezas, aún corriendo en cada una, un peligro personal inminente. Eso sería como traicionar a la patria y también al que consideraba el hombre de mi vida.

Como la felicidad, no es duradera, la sirviente, que había sido mi mano derecha, a la que le di albergue en mi propia casa, recordando lo que yo recibí en tiempos de necesidad ¡ella, de la que jamás habría esperado eso! me delató.

Los esbirros peruanos destruyeron mi negocio, me martirizaron sin compasión y esposada me encarcelaron en una de las casamatas, siguiendo allí con suplicios horrorosos e inconfesables.

No sentí el dolor pues lo superaba la rabia y la única idea que alimentaba mi pensamiento era que me liberarían pronto y entonces podría vengarme de estos enemigos, que jamás habría elegido.

Tal como lo deseara en el calabozo, al sentir los lejanos tiros de cañón, el ejército chileno ya era dueño de la Ciudad de los Reyes y había sitiado el puerto del Callao.

Al salir libre, me esperaba Guillermo. Me bastó verlo, para que pudiera recuperar las fuerzas perdidas en el cautiverio.

Para seguir sirviendo a mi patria me enrolé en el ejército chileno, como cantinera, enfermera o soldado con la voluntad dispuesta para cualquiera misión que me fuera dada. Fui asignada al Batallón Carampangue y como conocía el campo de batalla y las localidades aledañas, estuve en todos los asaltos, al lado de mi comandante Jerónimo Valenzuela y la mayoría de las veces junto a mi capitán Guillermo Nieto. Eso sí más de una vez, por propia iniciativa me adelanté en las incursiones.

Cuando me ordenaron ocuparme de dotar de vituallas al batallón, para ello, con mi fusil y dos soldados, salía a los campos preguntando: ¿Hay tortillas, huevos, gallinas o pavos? Si la respuesta era negativa, simplemente a los lugareños consultados, los apuntaba con mi fusil, mientras mis acompañantes cargaban las mulas con el botín, que llevábamos triunfantes, al lugar del campamento. ¿Era la guerra, no? En ella todo estaba permitido, igual que en el amor.

Otra vez hube de ir a una iglesia a recoger menestras o lo que hubiera, pues eso era el único sitio habitado más cercano a nuestras posiciones y cuando, por consideración a su ministerio le quise pagar al cura, el muy canalla no aceptó mi dinero, seguramente para dejarme con remordimiento de conciencia y en pecado para siempre. Pero eso no fue nada en verdad, porque muy pronto empecé a acumular bravura, cuando maté a más de algún enemigo, arrojé salitre en los pozos y urdí estratagemas con astucia.

De eso jamás me podría arrepentir, porque esos eran nuestros enemigos de guerra.

Mis camaradas reconocieron que yo mostraba inteligencia y osadía superior a lo que me correspondía por mi sexo. ¡Qué discriminante! Pero a pesar de eso gané el grado de sargento y desde entonces no fui interpelada sino, como Sargento Candelaria Pérez.

En una oportunidad junto con un oficial y el corneta, nos adelantamos hasta llegar frente a la fortaleza enemiga y como el miedo se había borrado de mi ánimo hacía mucho, principié a dirigir los movimientos militares arengando a los soldados y a dar ejemplo de valor para que nos siguieran.

En la tregua nocturna, antes de retirarnos a dormir a nuestras cuadras, cuando nos reuníamos junto a la fogata para espantar el frío y comentar las

experiencias de batalla, mis compañeros aludían a mi coraje y a que después de la brega aún me sobraba energía para curar heridos, disponer el rancho y ocuparme hasta del forraje, para los animales.

–¡Cómo esta mujer tan menuda puede ser más aguerrida que nosotros!– exclamó uno de ellos, lo que terminó por convencerme de que así era. Lo que ellos ignoraban era que me animaba la fuerza del amor a mi tierra y a mi hombre, como ya he dicho y creo que no me cansaré nunca de repetirlo.

Siempre tuve la mente en alto y el mejor entusiasmo en las tareas cotidianas y una de esas tardes en que nos preparábamos para una eventual nueva campaña, me fijé que el joven teniente Urízar estaba muy triste y para animarlo le dije: –"Mi teniente, no esté triste, mire aquel tronco, parece ser un hombre arrodillado pidiendo perdón. Así mismo vamos a tener al enemigo mañana pidiéndonos perdón de rodillas"– y agregué –¡Se va a acordar de lo que le digo!–.

Cómo iba a pensar siquiera, en ser algo semejante a una bruja agorera pero, por desgracia el teniente Urízar fue la primera baja que tuvimos en la batalla del día siguiente.

Nunca me olvidaré de aquel teniente niño, porque ¡no era más que un niño precioso aprendiendo a ser soldado!

Mi general Bulnes, incorporó nuestro pelotón a sus fuerzas para atacar al ejército del "Protector". Era una arremetida fuerte la que teníamos ad portas, pero ahí estábamos prestos.

Se sabía que las huestes peruano-bolivianas se habían apostado en la sierra Yungay, en el Callejón de Huaylas en las cercanías del río Santa y que el "Ejército Protectoral" del general Andrés Santa Cruz, estaba en el cerro Pan de Azúcar.

Iniciamos la marcha al encuentro del enemigo, transportando cañones, artillería de montaña, fusilería y bayonetas, más todo lo necesario para cumplir con el objetivo.

Acampamos frente a la Hacienda San Miguel y mi general Bulnes nos hizo formar esa noche del 19 de enero para arengarnos, diciendo:

El general Santa Cruz prometió a Lima volver vencedor el próximo día 24. Mañana lo pondremos en situación de cumplir su promesa.

A las cinco de la mañana empezamos el recorrido hasta llegar a las cercanías del cerro y ahí también arengué a mis hombres infundiéndoles fuerza, pues el desafío era emprender la subida al cerro para poder atacar al enemigo que estaba atrincherado en la cima.

El cerro se veía como una gran fortaleza inexpugnable. Por estrategia, para no ser vistos y asegurar el buen término de la empresa, lo abordaríamos a pleno sol, por el lado más alto y empinado. Desconocíamos que el terreno nos ofrecería una ruta pedregosa y resbaladiza, interrumpida por peñascos cortados y filudos.

A las nueve de la mañana mi general Bulnes dio la orden de asalto.

Seguido de tres Compañías de Cazadores, al mando del capitán Guillermo Nieto, el Batallón Carampangue fue el primero en acometer el cerro baluarte de los peruanos y la primera en romper fuego y arremeter la ascensión fui yo y principié a subir agarrándome de las piedras, enterrando las uñas entre los cascajos y seguir a gatas cuando fue necesario, y de tanto en tanto dándonos la mano para ayudarnos con mi capitán Nieto, pues iba a su lado.

El avance no fue fácil, pues nos lanzaban peñascos desde lo alto y recibíamos profusas descargas de fusil, a las que contestábamos como podíamos con nuestras armas, que ardían entre las manos por el calor reinante.

A más de algún soldado el aire enrarecido de la sierra, le hacía respirar con dificultad o le causaba ahogos y por ende mayor cansancio, pero aún así, seguía en la senda.

A pesar de que el sudor de la frente y el polvo de la tierra nublaba un tanto mi vista, pude ver de reojo a unos que rodaban cerro abajo, pues allí era muy fácil perder el equilibrio o caer atravesado por una bala enemiga e ir a parar a los pies del promontorio, donde yacían los muchos hombres ya abatidos, de ambos bandos.

A mitad del camino al alcanzar una pequeña planicie, cuando ya las fuerzas parecían abandonarnos, la mano de Guillermo soltó la mía y se derrumbó como un muñeco de trapo en el terreno de cascajos. Me arrodillé junto a él y acomodé su cabeza en mi regazo, solo entonces me di cuenta que sus ojos estaban fijos en lo alto. ¡Qué más podía hacer, pobre de mí!

Como un gesto de amor, lo recosté en ese suelo que no era el nuestro, bajé sus párpados, tomé sus manos para cruzarlas sobre su pecho y dejé en su frente ensangrentada, todo mi amor en ese último beso.

Esta desgracia que jamás esperé que sucediera, destruyó mi corazón, pero a cambio enardeció mi mente e hizo desaparecer el agotamiento que me estaba embargando. Sentí hervir la sangre y mis sienes ya reventaban cuando me sequé la nariz y las lágrimas, con el dorso de mis manos. Me incorporé y sin mirar atrás empuñé con fuerza mi fusil y seguí subiendo a la cabeza de los sobrevivientes.

No había tiempo que perder y con una verdadera ebriedad de arrojo alcancé la cumbre del cerro, abriendo brecha en las pircas y matando a unos cuantos peruanos y bolivianos, arrebaté el estandarte del Ejército Protectoral que estaba en lo más alto del Pan de Azúcar y el sargento José Segundo Alegría que iba a mi zaga, ahí mismo clavó nuestra bandera chilena, gritando a todo pulmón: ¡Viva Chile!

Nuestras bajas y las de los enemigos fueron numerosas. Esa batalla fue una de las más sangrientas de las que se tenga memoria, en América.

El general Santa Cruz al ver desde su puesto estratégico, que nuestras fuerzas avanzaban y estaban prontas a alcanzar la cima y cumplir con su objetivo, había huido apresuradamente del lugar.

La Gran Confederación Perú Boliviana estaba definitivamente vencida.

Se habían iniciado los preparativos para el regreso a Chile, cuando una tarde pasó frente a nuestro campamento un piquete que llevaba a un grupo numeroso de prisioneros. Entre ellos iba un hombre extranjero que había conocido en la casamata en que habíamos estado ambos presos, en el Callao. Me acerqué y le grité en inglés –¿Te acuerdas que me dijiste que te ibas a enrolar en el ejército peruano para matar chilenos?– y sin tomar aliento proseguí –¡Como ves, pertenezco al ejército chileno y maté a unos cuantos soldados peruanos y bolivianos, y sin darme cuenta, a lo mejor más de algún "gringo" intruso, compatriota tuyo!–. Sentí que había sacado una espina olvidada de mi corazón, cuando mis camaradas, aplaudieron mi ocurrencia.

Llegamos a nuestra patria a fines del año 1839, después de cumplida la Campaña del Ejército Restaurador en el Perú. Veníamos embanderados y cargados de hechos gloriosos que culminaron con el triunfo de Chile y que quedará escrito en la historia de nuestra nación.

Fuimos recibidos en ceremonia solemne y marchamos sobre alfombra de flores.

Encabezaba la columna mi general don Manuel Bulnes y el Presidente de la República don Joaquín Prieto. Mucho más distante iba yo la sargento Candelaria Pérez, al frente de mi unidad, marchando con buen paso marcial al compás de las bandas militares, por la Alameda de las Delicias de la ciudad de Santiago, la capital de Chile, con el orgullo a flor de piel de ser una militar chilena.

La población quedó al principio muda al verme tan menuda y avanzar altiva con la gallardía que me caracterizaba, vistiendo mi chaquetilla de galón en la manga, bien puesta la gorra militar y mi fusil al hombro. Pasada la

primera impresión, la multitud irrumpió en la ovación más alboroza, nunca antes brindada a una mujer perteneciente a un ejército triunfante, en ninguna parte del mundo.

Nadie pudo saber que mi corazón portaba al mismo tiempo la alegría de haber contribuido a obtener la victoria para Chile y el crespón del profundo dolor que jamás me abandonaría, por la pérdida de mi amado.

La muerte despiadada, no tiene miramientos y menos respeto por nadie que se cruce en su camino. Aprovecha la beligerancia humana y va especialmente a los lugares de conflictos bélicos donde se le proporciona en forma gratuita los instrumentos de su trabajo como los guerreros, esos que a la postre no defienden a la Nación, sino más bien sirven a los líderes que son los que provocan la guerra, con fines que realmente nadie más que ellos conocen.

Eso se me vino a la cabeza, en el instante en que saludé a las autoridades llevando la mano con los dedos muy juntos y firmes, al borde de la visera de mi gorra y el recuerdo apareció más vívido que nunca, de la dolorosa proeza del Pan de Azúcar y me di cuenta que todavía no he sido capaz de superar ni mi pena, ni tampoco mi rencor.

Fuimos aplaudidos por el pueblo emocionado hasta las lágrimas, por los alumnos de las escuelas, por la gente que se había vestido de fiesta y todos cantando a coro *La Canción de Yungay,* compuesta para la ocasión, por el músico don José Zapiola, con versos de don Ramón Rengifo:

Cantemos la gloria del triunfo marcial
Que el pueblo chileno obtuvo en Yungay…

Sí, había ganado el pueblo. Quien fue el héroe de esas jornadas victoriosas en el Perú, sino el "roto chileno". El mismo que se dio por entero a la causa y logró dejar en alto el orgullo nacional e hizo flamear nuestra bandera en muchos lugares, hasta en Lima, la ciudad capital del Perú y la dejó clavada en la sierra, en el cerro Pan de Azúcar en Yungay, cerca del río Santa, como testimonio de la hazaña que tuvo como colofón, la victoria de Chile, sobre la Confederación Perú-Boliviana.

Ese día después de la salva y los discursos y entre todos aquellos que hasta casi dejamos el alma en Perú, fui condecorada con la Medalla de los Vencedores de Yungay.

Algunos días después en mi cuartel, en mérito a los servicios prestados a la Nación, fui ascendida en el Escalafón del Ejército de Chile, a subteniente y

hasta ahí llegó mi carrera, pues no me dieron más grado. Pienso que eso pudo ser precisamente, por ser mujer.

Ya había pasado tiempo de estas fiestas de recibimiento, cuando fui invitada al Teatro de la República a ver una obra titulada *La Mujer de Yungay* basada en mi vida militar. Traté de pasar desapercibida entre la gente, pero no faltó la persona que me descubrió y el público entero rompió en estruendosos aplausos, los que agradecí conmovida.

Me reconozco como una modesta y auténtica mujer del pueblo: fuerte, osada, intrépida, con ambiciones y de corazón bien puesto.

Esa fui yo Candelaria Pérez en la plenitud de mi vida y ahora conocida como "La Sargento Candelaria".

Sola: Cuando Magdalena estaba en Italia

Medalla de oro-Medalla de plata

El numen que te enamora
Luz en las almas reparte

Nugen Scot, poeta

No les voy a hablar de todos los que vivíamos en aquella casona, pues fuimos una familia numerosa: ocho hermanos y nuestros padres, varios tíos y primos y la servidumbre que integraban la cocinera, las niñas de mano, el jardinero, el cochero y más de uno que venía a trabajar el campo.

Mi abuelo Juan José Mira fue descendiente de familias tradicionales, armadores del norte de España, y de él, mi padre heredó principalmente su fuerza de trabajo y este caserón en que vivimos.

Y el abuelo materno, Pedro Nolasco de Mena, fue ministro de Hacienda del Presidente Ramón Freire. Cuando el presidente le ofreció el cargo, en un principio lo había rechazado, porque había dicho que no se encontraba capacitado para ello. Sin embargo, como el presidente le exigiera que aceptara, lo asumió con la condición de servirlo ad honorem y lo desempeñó en forma cabal. De él nuestra madre heredó su sencillez y su nobleza de espíritu, por eso a nosotros sus hijos, nos enseñó, algo que nunca olvidamos y lo dejamos como consigna de vida:

Vinimos a este mundo a conocer, a amar y a servir.

En nuestra casa no faltaban las visitas por lo que en las horas de ágape nos reuníamos en torno a una mesa en que siempre abundaban además de un rico menú: mixturas, buen vino, refrescos, horchatas, limonadas con menta, para terminar con la repostería de buena cocina.

Mi hermana Magdalena fue la mejor de todas mis hermanas, fuimos unidas pues nos interesaban casi las mismas cosas, pero ella era más grande, más estudiosa, más ponderada y seria que yo.

La primogénita de los ocho, mi hermana Rosa, era ejemplo para todos nosotros, porque además de buenísima persona, era inteligente y sabia, tocaba violín, piano, bandolín y cítara y hablaba seis idiomas fuera del materno incluyendo vascuence, griego y árabe. Nos ayudaba en los deberes de estudio y a mí especialmente me tenía paciencia porque me gustaba hacerlas reír casi siempre, cuando no era oportuno, situación que me valía un suave pellizco de Magdalena, pero que era un castigo al fin. A pesar de que nunca me acostumbré a que me reprendieran por estas impertinencias divertidas no podía evitarlas, mi alegría de vivir me traicionaba.

Nuestro padre Gregorio Mira Iñiguez gustaba de la pintura y había sido alumno del maestro Raymond-Auguste Quinsac, más conocido como Monvoisin, que es una palabra formada por dos unidas, que si las separamos, como sabemos significa "mi vecino" en castellano.

Curiosamente, este francés había llegado a América huyendo de su patria, para salir de una atmósfera irrespirable, por las malas relaciones que tenía con sus pares y a Chile llegó muy enojado, pero pronto superó su ira, pues fue bien acogido en el medio artístico, tanto, que lo esperaban para darle todo

lo necesario para que instalara la primera academia de pintura de Santiago y además, fuese su director y maestro.

Mi padre contaba que Monvoisin era un muy buen retratista y que sus mayores aciertos pictóricos, los logró haciendo retratos de la gente más connotada de Santiago. Todo el mundo quería que su imagen quedara colgada para siempre, en alguna pared del salón de su casa, en un retrato firmado por el pintor Monvoisin. Por esta alta demanda de trabajo prefirió pintar solamente cabezas y cuando le pedían que incluyera manos, el precio era más alto y además, si la vestimenta del retratado, llevaba encajes, estos eran verdaderos e iban pegados en la tela con óleo en el mismo tono.

Después que se iba la persona que posaba, más de un buen alumno suyo intervenía pintando los detalles de las vestimentas, de los que ya había tomado nota, para adelantar el término de la obra y así se alcanzara a cumplir con los plazos exigidos al maestro.

Del aprendizaje de mi padre en la academia de Monvoisin daba testimonio la medalla de plata que ganó en la primera exposición de pintura que hubo en Santiago, como también lo afirmaban los cuadros que adornaban las paredes de la galería iluminada por ventanales abiertos al parque de nuestra casa.

Don Gregorio también tenía un oído privilegiado para la música y por ello nosotros desde pequeños, fuimos partícipes del entusiasmo que demostraba en las tardes de solaz, en que mis hermanos y él compartían la interpretación de bellas piezas musicales.

Otras veces entonaban algunas de las romanzas en boga y entonces, participábamos todos, hasta los dejados de la mano de Dios en lo melódico o como decía una prima: incluidos los que tenían "oído de tarro", como ella.

Nuestra familia era tan permisiva que no muy lejos de nuestra propiedad se instalaron unos gitanos en carpas y cuando sus necesidades les llevaron a sustraer más de una vez, alguno de nuestros corderos, mi padre dijo que no haría nada en contra de esas personas porque comprendía sus carencias y que además esas "viviendas" coloridas alegraban y hacían pintoresco el paisaje.

Desgraciadamente la atención de sus quehaceres entre la agricultura y el comercio no le dejaron tiempo, nada más que para trabajar y poder mostrar su generosidad para mantener este familión que el Señor le había dado y hacer la vida social en el nivel que correspondía a su clase.

A pesar de ello no le faltaron ni la voluntad ni el dinero para ser benefactor de muchas obras y de colaborar para la construcción del templo para la

parroquia de la comuna de San Miguel, llamada *Iglesia de San Miguel Arcángel*, a la que asistimos más tarde a escuchar misa domingo a domingo.

Otra de las actitudes que mostraban la personalidad de nuestro padre fue cuando en una oportunidad entró un ladrón a nuestra casa y fue sorprendido y retenido por uno de los gañanes y al llegar la policía, don Gregorio lo hizo esconder porque "le había bajado la pena", le dijo a nuestra madre, a modo de explicación de la absurda "bondad" que vimos en su proceder.

El tiempo en que en nuestro Chile republicano, se respiraba tranquilidad y estabilidad política, fue propicio para el progreso cultural y económico del país.

Entonces fue, que el Gobierno contrató a muchos científicos, maestros, académicos y artistas extranjeros, que colaboraron al mejoramiento en el sistema educacional, a producir mayor apertura intelectual y provocar con ello un despertar creciente en el ámbito artístico.

Desde que tengo uso de razón, en nuestra casa florecían las artes y se cultivaba la virtud. Creo que por eso nuestro padre quiso que nosotras fuéramos a la academia de pintura del maestro Giovanni Mochi, cuando se dio cuenta que desde pequeñas fuimos atraídas por el arte. Características innegables: gusto y talento heredados de él.

Íbamos a ser las únicas alumnas, de este artista italiano y primera vez que admitían señoritas en esta particular escuela y por eso fuimos motivo de crítica sorda de la sociedad entera y víctimas de ser miradas con desdén por los compañeros.

Quedó muy claro que por esas razones y por los absurdos escrúpulos imperantes, no pudimos estar en el gran taller donde se trabajaba con modelo vivo desnudo. Así lo comprobamos el primer día, al sentirnos discriminadas por ser mujeres, cuando nos instalaron solas en una sala contigua, que tenía solamente modelos de yeso.

Demostrando que éramos mujeres con personalidad, sin importarnos su actitud, pasamos frente a los jóvenes, con nuestros delantales de pintoras y nuestras grandes cajas llenas de pomos de óleo de todos los colores y matices, traídos desde Francia.

También hicimos el ridículo llevando tantos útiles porque no los pudimos usar hasta mucho más adelante en nuestras clases. Principiamos, como todo alumno de pintura, con dibujo a carboncillo de palo de sauce, hasta captar volumen y luz de los distintos modelos que nos ofrecía cada vez, el maestro Mochi.

El aprendizaje fue intenso e insistimos hasta comprender la anatomía pictórica, llegando a resolver los escorzos, las perspectivas y las proporciones

ideales del cuerpo humano. Se decía que la dimensión de la cabeza, debía caber siete veces en la medida correspondiente al total del cuerpo y el largo de la mano, tenía que ser el mismo que hay entre el borde del mentón hasta la raíz del pelo en la frente y los brazos estirados incluidas las manos, debía alcanzar hasta la mitad de los muslos.

En cuanto a que tan estilizado u obeso, joven o viejo y bello podía ser el personaje, eso, quedaba al sentido estético y al compromiso de amistad del retratista.

Mi hermana Rosa, decía con respecto a esto, que en un retrato exhibido en el Museo del Louvre, de uno de los Luises, los reyes de Francia, las fuertes piernas que pintó el artista no guardan relación alguna, con la avanzada edad de aquel soberano.

Ella también nos había contado que, Leonardo da Vinci, cuando trabajaba figuras humanas de cuerpo entero, primero hacía bocetos de ellas desnudas y después sobre estos, pintaba las vestimentas con lo que obtenía la perfección de movimientos y de proporciones.

Luego en óleo aprendimos a manejar los claroscuros y el lenguaje de luz y sombra, logramos dar realidad a las distintas texturas y encontrar finalmente la propia armonía aplicando la teoría cromática, hasta lograr oficio en la práctica de este arte.

Nadie puede enseñar a expresar intenciones ni transmitir emociones, en un lienzo. Tampoco es fácil captar las del modelo, por tanto el que pinta lo observará hasta conseguir atrapar por propia inspiración la esencia del personaje.

Nosotras llegamos a ser insuperables en esos logros, según el decir de los maestros de arte.

La imaginación faculta al espíritu para encontrar en lo profundo de cada cual lo natural y lo verdadero y cuando se trabaja en soledad, el silencio da la medida de la grandeza humana, como lo demostró mi hermana Magdalena, en sus magníficos aciertos. Por eso fue considerada como una artista estudiosa de alta escuela inspirada en los clásicos y como una mujer sesuda, concentrada, rupturista de los cánones establecidos, escueta pues obviaba detalles.

Eso sí que la seda, tenía que convertirse en seda en la tela en que estaba trabajando y una piel rugosa no podía ser otra cosa, que una piel rugosa, dejada por su pincel. Ella buscaba la perfección y decía que el espíritu es el todo, que la imagen cuando es poderosa perdura en la memoria y que las palabras si no se escriben se las lleva el viento.

Por eso se abocó principalmente al retrato. Insigne es su *Retrato de una Desconocida*, que representa a una mujer pensativa, con el mentón apoyado en su mano izquierda, cuyos ojos expresan al mismo tiempo preocupación y desesperanza, quién sabe si causada por alguna ilusión frustrada.

Quedé encantada cuando dio por terminada *La Bordadora*. En este cuadro mi hermana, pintó a una mujer prolija, concentrada en lo que está haciendo, vestida en matices claros, sentada cerca de una ventana que la ilumina mientras deja ver sobre su regazo, parte del bordado colorido en que está trabajando.

También me impresionó vivamente *Agripina Metella*, una composición que imagina a la madre de *Nerón*, el emperador romano, recluida en una celda, mostrando todo el abandono de su cuerpo que ha dejado caer en el banco de piedra.

Por esa obra Magdalena ganó medalla de oro en 1884.

Ella veía más allá de lo que ven los demás y dejaba ese testimonio usando la gama de verdes para las sombras y tonos rojos para la luz y con simpleza obtenía el maravilloso resultado de hacer vivir a los retratados salidos de la tela y de los marcos.

Casi toda nuestra familia fue inmortalizada por el talento de Magdalena: mis padres, mis hermanas, expresando con maestría sus distintas personalidades y destacando especialmente sus miradas inteligentes, dulces, incisivas o penetrantes.

Nunca nadie pudo comparar nuestro trabajo, pues teníamos caracteres opuestos y forma de expresarnos en estilos muy distintos y como nos quisimos tanto, jamás entramos en competencias personales ni menos en las artísticas.

Ambas aceptábamos de buena forma las opiniones ayudadoras que libremente, nos dábamos. Y no nos ofendíamos si no las tomábamos en cuenta.

En cuanto a mí se refiere además de alegre, de risa fácil y contagiosa, he sido eufórica, tanto, que aún ahora cuando estoy frente al caballete, con mi paleta cargada de colores, dejo salir mi inspiración y mi sensualidad en forma voluptuosa sin pudor alguno.

Casi nunca antaño, me detuve a planificar mi obra, todavía lo hago de la misma manera: echo mano a las técnicas aprendidas y me dejo llevar por las musas que siempre señalan el mejor camino.

Recuerdo una de las tantas enseñanzas del maestro Mochi.

Una tarde al llegar a la academia, empecé a cargar mi paleta al ver que el modelo que estaba preparado para mí, era un ramo de calas: esas flores de

tallo grueso y verde, de un solo cuerpo blanco y que de su interior brota un gran pistilo o estambre de color amarillo.

Cuando ya había apretado los pomos dejando salir la pintura de los colores: blanco, verde y amarillo, el maestro se acercó a mí y me preguntó: ¿Por qué tiene solamente tres colores en su paleta? Y yo le respondí: –Porque esos son los colores de las calas, maestro–. Y él me retrucó: –En la naturaleza están todos los colores y si usted quiere pintar, en su paleta también tiene que estar toda su gama de colores–. Y agregó: –No olvide este consejo. Observe su modelo y procure observarlo bien–.

Desde entonces no me cansé jamás de hacerlo y así pude descubrir que en todo, realmente está toda la gama y más si la imaginación creadora aconseja entrar en las locuras de la innovación rupturista.

Hice algunos temas con mujeres, también una *Agripina Metella* en prisión, pero muy distinta a la de mi hermana. La mía fue patética, tanto, que inspiró al poeta Nugen Scot, cantar:

El numen que te enamora
Luz en las almas reparte

Así sucede cuando la inspiración artística es buena: ilumina las almas. Por esta obra también yo gané medalla de oro, pero al año siguiente, en 1885. Y por mi cuadro *Monja de Caridad*, esa religiosa que lleva a una pequeña criatura en sus brazos y que cautiva por la ternura de su mirada, obtuve medalla de plata.

Por sugerencia de mi madre, hice mi autorretrato, donde parece que me añadí algunos años de edad. Reconozco que el retrato no fue mi fuerte.

Después pinté algunas otras damas y damitas sin mayor connotación. Todas o casi todas las demás féminas que pinté, tenían talante de desenfado y estaban envueltas por sugerentes velos o por brillantes cendales y engalanadas o rodeadas de guirnaldas de flores.

Me hacía sentido crear atmósferas tibias o en penumbra y me conmovía el colorido del entorno y atrapar detalles como la textura de los troncos, de las flores y el de sus hojas.

Quise recrear la uva madura, aquel durazno rojiamarillo que parecía reventar pidiendo que lo mondaran, provocar la evocación del aroma de las flores, especialmente, el de jazmines y rosas y hacer gozar la vista con la transparencia de los cristales y hacer imaginar el sentir al tacto las texturas de los terciopelos y de los encajes.

Traté de transmitir el placer que yo sentía al pintar, creo que lo logré y por ello me gané un lugar entre los artistas de mi época.

El cielo raso de mi habitación estaba pintado al igual que todos los muros desde ese mismo cielo hasta el borde del suelo, con flores y más flores, que reflejaban la frescura de estar recién cortadas.

Las flores pintadas, no se marchitan ni se mueren y no siguen la luz como lo hacen las que aún están vivas, puestas en un florero, posando de modelos en un taller, haciendo rabiar al pintor.

Mis temas preferentes fueron las flores, el paisaje y los bodegones. Por eso quise dejar condensados en la pequeñez de un lienzo, la hermosura de las flores, la belleza de nuestro campo y temas con utensilios e insumos culinarios y productos agrícolas, que se encuentran en bodegas y despensas de muchas casas grandes, como la de mi familia.

Teníamos la suerte de contar con telas preparadas con buen apresto y enmarcadas en bastidores hechos por un artesano conocido y trabajar siempre con material importado, tanto las pinturas al óleo, como los pinceles de pelo de marta, con los que lográbamos un trabajo fino.

El día de Santa Rosa se hacía la fiesta más importante del año porque con gusto, todos queríamos demostrar en el festejo, el inmenso cariño que sentíamos por nuestra hermana mayor, de la que ya les he hablado, la que realmente le daba mayor lustre a la familia.

Le pedimos a un primo que la invitara a pasear un día de su santo, para que cuando volviera por la tarde disfrutara de la fiesta y de lo que habíamos preparado como sorpresa.

Las encargadas del ornato de la casa fuimos como siempre, Magdalena y yo.

Después de redistribuir los muebles de manera tal que quedase espacio para todo, hasta para el baile, nos dimos cuenta que la alfombra iba a entorpecer los desplazamientos y entonces con "nuestra imaginación desbordante", la hicimos retirar y con toda la paciencia y agrado que nos causara esa actividad, la pintamos en suelo, de colores más brillantes, algo más grande y más hermosa que la original, que por lo demás, estaba bastante gastada.

Mi madre Mercedes Mena Alviz, que tenía paciencia de santa y jamás criticaba a nadie, comentó nuestra jangada diciendo, que cada día estábamos más locas, que seguramente la idea había sido mía y que esa hermosura iba a *durar lo que un gusano en el pico del pavo*.

Así no más fue, pero que importaba eso, si nos dejó felices ver como la festejada, los invitados y todos los de la casa, coincidieron en que la idea fue

genial y que, además, comentaran que era una pena que se fuera a perder esta obra digna de "estas grandes maestras".

Frente al pórtico de entrada a nuestra casa, tildada de señorial y llamada *Lo Mira*, nuestro padre había hecho poner un pilón de agua con seis vasitos enlosados para dar de beber al sediento peregrino y un abrevadero de piedra de cantería para las bestias cansadas.

Dentro de la casa, se hacía muy grato a la vista, los salones alhajados con el buen gusto de mi madre como también la hermosura que ofrecían los bien cuidados jardines. Así lo consideraban los amigos que asistían a los encuentros sociales que se volvieron muy frecuentes en la época de nuestra juventud.

Sin duda estas tertulias, organizadas por nuestra madre y celebradas con frecuencia en nuestro hogar, fueron muy beneficiosas para este grupo cosmopolita de contertulios, sobre todo por los interesantes aportes que se daban y recibían con entusiasmo allí.

Había que reconocer que fue un tiempo de avance cultural en un Chile que se volvió bastante afrancesado, hasta en su arquitectura que incluía parqué para los pisos, y manillas, cerraduras y cristales biselados para las puertas de mampara, importados de Francia.

Lo Mira estaba alejada del centro de la ciudad, en pleno Llano Subercasaux, pero en coche o usando después el servicio de transportes de los tranvías eléctricos, esa distancia no era nada, ni para los amigos ni para nosotras que transitábamos muchas veces solas y sin ningún tropiezo, hasta la academia, para asistir a las clases de pintura.

Esa permitida independencia nuestra, fue causa de envidia del resto de las mujeres que: como madres, hijas o esposas, permanecían recluidas en sus hogares bordando, rezando y cocinando y sus salidas eran concurrir a la parroquia cercana a cumplir con los deberes píos y con las obras de caridad. Con suerte de vez en cuando, podían ir más lejos a visitar a las abuelas viudas o a tomar té con las tías solteronas, viejas y pechoñas.

Muy pronto empezamos a recibir los elogios de nuestro maestro que reconocía que nosotras le habíamos superado como buenas discípulas de talento innato, hasta que un día nos dijo que ya podíamos seguir pintando sin su apoyo, porque de él no tendríamos nada más que aprender.

Con ocasión de la primera exposición internacional de pintura que se haría en la inauguración de los Salones del Palacio de Bellas Artes, se llamó a los artistas a postular para participar en ella. Nuestro maestro Giovanni Mochi,

fue el primero en hacer todo lo necesario para presentar allí a sus exalumnas: las hermanas Mira.

El trabajo de mi hermana Magdalena, fue considerado serio e intenso y un excelente producto de concentración y estudio y del mío se dijo que era un mensaje lírico, fresco de gracia aérea y de lujo colorista que traspasaba la naturaleza.

En varios salones de exposición nuestro trabajo estuvo entre los de los pintores Alberto Orrego Luco, Ramón Subercaseaux, Pedro Lira, Juan Francisco González, Alberto Valenzuela Llanos y Alfredo Valenzuela Puelma. Mi hermana Magdalena con la presentación de varios retratos y yo con mis Flores, Rocas, Naturalezas Muertas y mis Bodegones.

Curiosamente nosotras no vivimos ansiosas por casarnos como las demás niñas de nuestro tiempo y sin buscarlo llegaron los pretendientes a *Lo Mira*.

Magdalena se casó muy a gusto de mis padres, con el jurisconsulto Ramón Cousiño López y su ocupación de ser esposa y madre le impidió seguir pintando profesionalmente. Eso no fue traba para que llegara llena de inspiración y de ideas nuevas, cuando volvió después de vivir tres años en Italia. Nunca me acostumbré a estar sin ella y jamás le confesé que me dolió su ausencia.

Yo me casé muy enamorada con José Luis Vergara Silva, viudo y con tres hijos, con la duda nunca disipada, de pensar que mis padres hubieran preferido que me casara con un joven soltero.

El amor es así y doblega hasta las fuertes voluntades y si Dios no me dio hijos y me mandó estos hijastros, ha sido para que los quiera como si fueran propios y les dé lo mejor de mi persona.

Consagraré el resto de mi vida a ellos porque me necesitan, aun cuando me dejan poco espacio para hacer lo que más me gusta: empuñar un pincel para dar vida a una tela.

Algunos dijeron que era una lástima que a causa de haber contraído matrimonio, el futuro artístico de las hermanas Mira quedara trunco. No ha sido así, pues la vena artística sigue viva, pero reconozco que ha ido a ritmo más lento.

Fuimos valoradas como mujeres chilenas pintoras valientes, atrevidas, de avanzada, pioneras en Chile y en América Latina en contribuir con el aporte femenino al arte pictórico, en una época en que imperaba un molde social severo.

Por ello habíamos pagado un alto precio en nuestros comienzos y estoy segura que de todas formas ello tuvo el valor de abrir mentes anquilosadas, hacer camino y marcar líneas a seguir, para que generaciones venideras sin

prejuicios añejos, se sintieran libres en sus acciones y proliferara esta disciplina, que es el arte de pintar.

Yo Aurora Mira Mena no puedo pedirle más a la vida, al haber podido hacer con disfrute, lo que más me ha apasionado y haber sido consagrada y premiada, como pintora chilena, en las exposiciones de los salones oficiales, junto con mi talentosa e inseparable hermana Magdalena.

Mis flores hasta el fin

BIBLIOGRAFÍA

Agonía de una Irreverente - Mónica Echeverría.

Antología para el Sesquicentenario 1810-1910.

Archivo del Escritor, Biblioteca Nacional - Pedro Pablo Zegers.

Autorretrato de Chile, 1817-1843 - Notas de Nicomedes Guzmán.

Belle Époque Chilena, La - Manuel Vicuña.

Cien Mil Años de Vida Cotidiana - Plaza & Janés Editores S.A.

Contando a Chile - Guillermo Blanco-Renzo Pequenino (Lukas).

Chile a la Vista - Eduardo Blanco Amor.

Chile Ilustrado - Recaredo S. Tornero, Ed. Bilioteca Nacional de Chile.

Diccionario Bibliográfico de Mujeres Chilenas - Haydée Correa Sánchez.

Diccionario Enciclopédico de los Santos - Herder.

Diccionario Enciclopédico Larousse.

Diccionario Harvard de Música - Don Michael Randel, Editorial Diana, México.

Diccionario de Símbolos Tradicionales - Juan Eduardo Cirlot.

Enciclopedia Monitor Salvat - Pamplona.

Gabriela Mistral, Biografía de - Magdalena Petit.

Gabriela Mistral, Antología y Poesía, Selección y Prólogo - Jaime Quezada.

Gabriela Mistral, Poesías Completas - Margot Bates, Aguilar S.A.

Historia de Chile Ilustrada - Osvaldo Silva Galdames, Ediciones Guías y Rutas.

Historia de la Pintura Chilena - Antonio Romera.

Libro de la Ópera - Juan Ríos Sarmiento, Barcelona 1948.

Monasterio de las Carmelitas 1862 - Microfilm Biblioteca Nacional de Chile.

Mujer Chilena, Aporte Femenino al Progreso de Chile, La - Felicitas Klimpel.

Mujer y su Sombra, La - Julián Marías 1980, Alianza Editorial.

Mujeres - Archivo Fotográfico Chilectra.

Mujeres Chilenas- María Elba Miranda, Nascimento 1940.

Nuevos Antecedentes para una Historia de los Judíos en el Chile Colonial - Günter Böhn.

Por Él - Inés Echeverría de Larraín.

Primeras Modernas Mujeres Chilenas, Las, entre 1910-1960 - Miguel Laborde, Trust IM.

Raíces del Sentido - Rafael Echeverría.

Recuerdo Personal de Ventura Blanco 1925, Sargento Candelaria.

Resumen de la Historia de Chile de Francisco Encina, Leopoldo Castedo, Zigzag.

Rosita Renard Pianista Chilena - Samuel ClaroValdés, Ed. Andrés Bello 1992.

Santiago que se fue, El - Oreste Plath.

Teresa de los Andes, la 1ª. en los Altares - Jesús Ginés Ortega, Edebé.

Viajeros en Chile 1817-1847 - Samuel Haigh - Alejandro Caldeleugh - Max Radiguel.

En portada: *Carta de Amor* de Pedro Lira. Pintor chileno, de comienzos del siglo XX, que en su período de romanticismo pinta a la mujer con delicadeza envuelta en cendales misteriosos en actitudes que sugieren su interioridad.

"Para la Fundación para la Promoción y Desarrollo de la Mujer PRODEMU, constituye una oportunidad apoyar el trabajo de Adriana, ya que releva esas historias de mujeres que se encuentran en el trasfondo de la historia oficial y que son desconocidas para muchos, pues no se enseñan en los establecimientos educacionales, pero que laboriosamente han ido dejando huellas sobre las cuales las mujeres de hoy pueden pararse, para seguir –según nos dice la propia autora–: *…brindando sus talentos hasta conseguir el lugar que realmente le corresponde en la humanidad.*

Agradecemos a Adriana Soto Rivera el hacernos parte de esta propuesta".

Pamela Farías Antognini

Directora Ejecutiva Nacional
Fundación para la Promoción y Desarrollo de la Mujer
PRODEMU

"La mujer en el mundo entero ha llegado a sitiales impensados y hoy, a nosotras, siendo fieles al legado que recibimos de las que fueron incomprendidas y catalogadas de transgresoras, nos hace sentido tomar la responsabilidad de ser parte de un modelo basado en las características propias de nuestro género: mujeres íntegras e integrales que aportamos al desarrollo de la sociedad.

Un libro como el de Adriana Soto es un valioso documento que avala iniciativas, como las que promueve nuestra empresa".

Carmen Gloria Gorigoitía

Directora Ejecutiva
MUNDO MUJER

ISBN 978-956-353-904-2
9 789563 539042